

Islam, el Otro Rostro

Conversaciones con Rachel y Jean Pierre Cartier
Eva de Vitray-Meyerovitch

Cuando penetramos en su despacho para comenzar estas conversaciones, inmediatamente atrajo nuestra mirada un gran libro atado y colocado bien a la vista, en medio mismo de su mesa de trabajo, uno de esos libros cuya cubierta apetece acariciar largamente, antes de sumergirse en él.

“Me llegó esta mañana”, nos dijo ella, y bajo la neutralidad del tono, nos pareció adivinar un cierto orgullo. Orgullo sin lugar a dudas legítimo, pues se trataba de una obra a la cual Eva de Vitray-Meyerovitch había consagrado, durante 10 años, todas sus fuerzas y todo su talento: el Mathnawî de Djalâl-ud-Din Rûmi. 50.000 versos de una singular belleza que no habían sido nunca traducidos al francés, un inmenso canto de amor, el corazón a corazón de uno de los más puros místicos de la humanidad y de su Dios.

Prólogo

Tan solo unas breves palabras antes de que el lector se sumerja en la lectura de este libro que tan buenos momentos me ha hecho pasar y que me ha hecho descubrir la vida excepcional de un personaje que como yo, mujer de cultura europea optó por el Islam como su Vía.

A Traduttore, traditore dice el refrán, aunque no soy traductora profesional, he intentado ser lo mas fiel posible al espíritu de Eva de Vitray y al de los periodistas que la entrevistaron, por ello pido disculpas si quizá mi traducción no ha sido todo lo correcta que se pueda esperar, pues fallos habrán, pero bueno, como se dice, todo es mejorable.

Por último, deseo hacer manifiesto mi agradecimiento a dos personas que de forma directa e indirecta respectivamente, han hecho posible esta traducción a la lengua castellana:

A mi amigo Jalil Gómez Bárcena, quien cuando supo que había elegido el nombre de Hawwa para este nuevo ciclo de mi vida, me entregó este libro sobre Aotra Hawwa de quien podemos tomar ejemplo por su tenacidad y valor ante la vida, y sobre todo por (como decía ella): no hacer trampa nunca.

A Abdelmumin Aya, que no por ser segundo es menos importante, porque gracias a él volví a recordar aquello en lo que yo creí en mi adolescencia y que había dejado en la nebulosa del olvido a fuerza de tanto correr en esta sociedad competitiva y superficial. Me hizo recordarme y digo bien, recordarme, porque volví a reconocer en mí lo que realmente había sido siempre o como él suele decir, lo único que he podido y que hemos podido ser siempre, pues es lo único que nos queda si nos lo quitan todo: ser Musulmana.

Y gracias a todos los que habéis facilitado la publicación de esta traducción a fin de que muchos más tuvieran la oportunidad de conocer a esta gran mujer y junto con ella a ese gran genio de la espiritualidad universal que fue y sigue siendo, Djalâl-ud-Din Rûmi.

Que disfrutéis de estas páginas y que Allah os bendiga con Su baraka,

Introducción

Cuando penetramos en su despacho para comenzar estas conversaciones, inmediatamente atrajo nuestra mirada un gran libro atado y colocado bien a la vista, en medio mismo de su mesa de trabajo, uno de esos libros cuya cubierta apetece acariciar largamente, antes de sumergirse en él.

“Me llegó esta mañana”, nos dijo ella, y bajo la neutralidad del tono, nos pareció adivinar un cierto orgullo. Orgullo sin lugar a dudas legítimo, pues se trataba de una obra a la cual Eva de Vitray-Meyerovitch había consagrado, durante 10 años, todas sus fuerzas y todo su talento: el *Mathnawî* de Djalâl-ud-Din Rûmi. 50.000 versos de una singular belleza que no habían sido nunca traducidos al francés, un inmenso canto de amor, el corazón a corazón de uno de los más puros místicos de la humanidad y de su Dios. Más que un libro, una verdadera pista de despegue, lo que Rûmi mismo nos sugiere diciendo:

“Yo no he cantado el *Mathnawî* para que uno lo lleve consigo, para que lo repita, sino para que uno lo ponga bajo sus pies y vuele con él”.

Hace ya varios años, que el astuto azar pareció querer ponernos en el camino de Eva de Vitray-Meyerovitch. Ese famoso azar en el que, Rachel y yo, vemos de buen grado, a la Providencia. La conocimos en casa del Sheij Ben Tounès cuando escribíamos *Profetas hoy en día*. Esto nos dio la idea de sumergirnos en sus obras y de descubrir, a través de ella y con un intenso entusiasmo, los tesoros de la literatura mística musulmana. Descubrimiento que, aún hoy, es una de las fuentes de nuestra alegría.

Sencillamente, cuando escribimos *Mujeres de Luz*, quisimos preguntar a Eva de Vitray-Meyerovitch lo que pensaba del tema de nuestro libro. Y con igual sencillez, la conversación que tuvimos con ella dejó en nosotros ansia de más. Descubrimos en esta mujer tan sabia tal calidad de corazón, tal ardor en la búsqueda, tal amor por los místicos musulmanes y evidentemente, por su querido Rûmî que, poco a poco, la idea del presente libro se fue imponiendo en nosotros.

La guerra del Golfo estaba entonces a punto de entrar en su fase militar, el aire que respirábamos estaba cargado de miedos y de malestar y también, en algunos, de una extraña exaltación guerrera. Rachel y yo, estábamos entonces desamparados sintiendo aumentar a nuestro alrededor una ola de desconfianza y de odio hacia el Islam. Los períodos de tensión, como los que conocimos entonces, son propicios a simplificaciones groseras y a amalgamas dudosas. Incluso de algunos de nuestros amigos nos llegaban razonamientos que nos helaban el alma: “Sois realmente demasiado inocentes. En vuestros dos últimos libros, habéis hecho hablar gentes que presentan el Islam como la religión de la tolerancia y de la mística pura. Abrid por fin los ojos; el verdadero Islam, aquel que vosotros no queréis ver, es el de los ayatollahs o de Saddam Hussein, el Islam del odio, de la guerra santa, una amenaza constante que tenemos que combatir si no queremos dejarnos devorar”.

Cuanto más avanzábamos en la crisis, más teníamos el sentimiento de vivir un insoportable malentendido. Imagino que numerosos cristianos han vivido tal sufrimiento. Todos aquellos que, maravillados, conmovidos por el mensaje de amor de Jesús, vieron a sus “hermanos” perseguir a los judíos, quemar a los herejes, predicar las cruzadas o reducir a la esclavitud, en nombre del Cristo, poblaciones sin defensa.

Nosotros, cuyo corazón se abrasaba leyendo los cantos admirables de Rûmî, de Al Hallaj o de Ibn ‘Arabî, sabíamos bien que el Islam, en su profundidad, no podía ser aquel de los integristas. Ni tampoco que, el verdadero cristianismo, podía ser aquel de los grandes inquisidores de otro tiempo o de los integristas de hoy en día. Sabíamos, utilizando las palabras de Carlo Carretto, que si la teología divide, la mística une a los hombres de todas las tradiciones y que a un cierto nivel del ser, todos los “creyentes” viven la misma experiencia.

Estas conversaciones con Eva de Vitray-Meyerovitch han sido para nosotros, momentos realmente privilegiados. Para nosotros, que somos cristianos y que nos sentimos cómodos en nuestra tradición, fue una fortuna conocer, a través de esta mujer excepcional, este Islam que amamos, el Islam de los místicos. El Islam de la ternura.

Capítulo 1

Antes incluso de haber tenido el tiempo de reflexionar, la primera pregunta que se nos ha ocurrido, Eva de Vitray-Meyerovitch, es la siguiente: ¿Cómo una mujer joven nacida en la aristocracia francesa y educada entre religiosas ha podido hacerse musulmana? ¿Qué pasó y por qué?

No soy la única en haber hecho este periplo. Tengo varios amigos y amigas que, educados como yo en el más tradicional catolicismo, fueron atraídos por el Islam. Mi camino no es, por ello, tan extraordinario como parecen pensar.

Creo que influyó mucho en mí una de mis abuelas que era de origen escocés y de religión anglicana. Ella se convirtió al catolicismo para casarse con mi abuelo. A menudo me decía que, en su opinión, pasar de la “high church” al catolicismo había consistido simplemente en aceptar al Papa, lo que no era muy importante.

¿Ella se convirtió entonces para casarse?

Mi abuelo insistía en casarse por la iglesia. Lo que me ha sorprendido siempre de mi abuela, es que ella era de una honestidad innata. Había en ella ese rigor que yo a veces tuve la ocasión de admirar en otros. La idea era jamás hacer trampas. Al punto que en ella, la mentira más inocente era considerada como algo muy grave. Creo que esto me influyó mucho.

He vivido una infancia muy católica. Asistía al mes de María con mi abuela, hice mi primera comunión. Creo poder decir que fui una pequeña muy piadosa. No imaginaba entonces que se podía ser de otra forma.

¿Ud. fue educada con las religiosas?

En parte. Con religiosas de carácter laico tras la ley de 1905 sobre las congregaciones. Debo decir que eran bastante aburridas.

¿En París?

Primero en Bolonia, en un pensionado para jóvenes de todo el mundo. Mas tarde, mi madre se volvió a casar y se instaló en París. Continué entonces mis estudios en un colegio situado cerca de Nôtre-Dame. Una cantera de jóvenes de buena familia donde la atmósfera era muy tradicional.

¿Sufrió?

No realmente. De hecho, no me molestaba mucho porque, para mí, la fe iba más allá de ese conformismo, de ese molde donde se nos quería fundir. Se iba a misa y, saliendo, íbamos a comprar pasteles en la pastelería. Cosas de este género, pero yo, yo vivía otra cosa. A los 18 años me imaginaba que quería ser carmelita. Pienso que hoy habría sido una muy mala carmelita.

Continué mis estudios, empecé latín-griego, después hice una licenciatura de Derecho. Comencé enseguida un doctorado de filosofía, aunque estoy anticipando el futuro...

¿Y durante sus estudios, fue siempre una buena joven católica?

No, porque el catolicismo que me habían enseñado me planteaba muchos problemas.

¿En qué época más o menos?

En los años 25 a 30. Debía soportar el conformismo que me envolvía y cuando hablaba de mis problemas con los sacerdotes, ellos me respondían invariablemente que no estaba bien tener dudas y que me faltaba rezar al Señor para que me las quitara. De hecho, no me respondían nada satisfactoriamente. Su autoritarismo me hacía sentir más incómoda con ese deseo mío de no hacer trampa, me era imposible poner entre paréntesis todas las cosas que me molestaban, pues tenía el sentimiento de no poder ser verdaderamente fiel a mi tradición.

Cuando tuve 18 años y empecé a hacer filosofía, ese malestar que sentía se hizo insoportable. Tenía el sentimiento de que, para satisfacer una necesidad de experiencia religiosa me hacía falta poner de lado todo lo que me molestaba. Había allí algo impuro. Un poco el equivalente de un amor físico sin amor, así de simple.

¿Qué ponía entonces entre paréntesis?

Todo el dogmatismo de la Iglesia católica. Había estudiado, no obstante, bastante historia para leer la de los concilios y para saber, por ejemplo, que los primeros textos de los Evangelios que poseíamos databan del siglo IV y de que se trataban de traducciones de traducciones. Conocía bastante griego para saber que puede haber una gran diferencia entre una expresión helenística y una expresión de origen semítico.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo ese término tan importante de “Hijo de Dios”. En griego el término utilizado significa realmente el verdadero hijo, el niño, mientras que en Isaías, significa el servidor. No es ni mucho menos la misma cosa. Había allí algo muy vago que había sido endurecido por las declaraciones conciliares y que dolía admitir.

Para permanecer en mi “comunidad” habría hecho falta, como ya os he dicho, poner todo eso entre paréntesis y realmente, yo no podía hacerlo. Conocí no hace mucho a un joven sacerdote muy simpático que me hizo una extraña declaración: “Me siento profundamente cristiano pero cuando digo la misa, no creo en la transubstanciación”. Yo, si fuese sacerdote, preferiría lanzarme por la ventana antes que decir la misa sin creer en la transubstanciación.

¿Se puede decir entonces, que le molestaba principalmente los dogmas?

Se puede decir. Me hacía daño soportar el autoritarismo de la Iglesia y tenía que plantear preguntas de este tipo: “¿Con qué derecho la Iglesia proclama en 1943, creo, el dogma de la Asunción?”

En mi opinión, la Iglesia tiene el derecho de hacer juicios de valor pero no juicios de hecho. Para darles un ejemplo ¿Cuándo se equivocó? ¿Cuándo condenó a Galileo ó cuando lo rehabilitó? Todo esto me molestaba atrocemente y me decía cada vez más a menudo: “Si permanezco porque deseo ir a comulgar el domingo por la mañana, es mentir. Es perfectamente impuro”.

Pero al mismo tiempo cuando Ud. iba a comulgar ¿Vivía algo profundo?

Me es difícil recordar cuales eran mis sentimientos en aquella época, pero temo no haberlo sentido demasiado. Era perfectamente sincera, pero sin saberlo realmente. Experimentaba sobre todo la necesidad de una experiencia religiosa.

Era una joven que se planteaba muchas preguntas.

No cesaba de hacerlo.

¿Tenía un director de conciencia?

No especialmente. Me iba a confesar sin importarme mucho donde, pero cada vez me entristecían esas continuas restricciones mentales, todas las cosas que no podía decir. Aún hoy... Tuve ocasión recientemente, de tener una conversación con un teólogo importante. Ud. me dirá que cincuenta años han pasado desde mis dudas de joven y que ha habido un Vaticano II, pero aún así, me sorprendió muchísimo oír a este sacerdote decirme, en respuesta a una de mis preguntas: “¿Pero quién cree aún realmente en el purgatorio, en el infierno o en el pecado original? Para mí, estas son invenciones de teólogos para explicar las lagunas de la naturaleza humana.”

Sin embargo, de cara a este hombre brillante y que no es criticado por su Iglesia, no pude abstenerme de preguntarme: “¿Pero que queda si él quita todo esto? El se desembaraza de todo lo que le molesta”. Y yo, yo no podía desembarazarme de todo lo que me molestaba.

¿Ud. habría visto esto como una deshonestidad intelectual?

Quizá no, pero ciertamente habría tenido la impresión de hacer algo parecido. Ir a comulgar en estas condiciones me habría parecido impuro. Es por ello que preferí dejarlo estar. Corté radicalmente.

No obstante, esa necesidad de experiencia religiosa permanecía aún en el fondo de Ud.

Es sin duda por ello que engañaba mi apetito leyendo los místicos. Estudié también un poco de sánscrito y mucha filosofía hindú, pero esto tampoco me colmaba. Sentí sin embargo un poco más de libertad porque al menos, no había un clero, una jerarquía para decirme: “Fuera de la Iglesia, no hay salvación”.

Insistí, me sumergí por ejemplo en la Bhagavad Gíta que se convirtió en uno de mis libros de cabecera. También estudié el budismo, pero todo ello queda sin embargo un poco fuera de mí. Un poco libresco. Tenía gran admiración por el budismo, por su compasión universal, por el amor a los animales, por la ausencia de dogmas, pero todo ello quedaba un poco lejos. Tanto más considerando que si bien había hecho un poco de sánscrito, no conocía nada del pali o del tibetano. Para hacer las cosas seriamente, habría hecho falta ir al Tíbet para estudiar con los maestros, lo que me era para entonces completamente imposible.

¿Puede ser que no era su llamada?

No era en todo caso mi destino. Tengo una amiga que es budista y que es una mujer del todo excepcional, pero ella ha vivido en el Nepal, ella ha ido al Tíbet y ha tenido eminentes maestros tibetanos. Ello me era del todo difícil ya que me había casado cuando no tenía más que 22 años, bastante antes de la guerra.

Mi marido tenía mi misma edad y éramos los dos estudiantes, los dos apasionados por los estudios. El preparaba un diploma de ingeniero y yo un doctorado del cual el tema de la tesis era: “Lo simbólico en Platón”. Además tuve que hacer 3 años de estudios de psiquiatría para intentar establecer una discriminación entre el pensamiento simbólico normal y el pensamiento simbólico patológico. Era un hermoso tema que finalmente abandoné para tratar la filosofía musulmana.

Volveremos a ello. Lo que nos sorprende en Ud. es que fue durante toda su vida una estudiante consagrada. Parece haber nacido para estudiar.

Lo adoro. Creo que el más bello regalo que una buena hada pudiese hacer a un niño, es concederle la curiosidad. Todo me interesa y yo, que soy ya muy anciana, pienso que la vejez, es decirse a uno mismo: jamás aprendería el chino o la física nuclear. Incluso el aprendizaje de las cosas manuales me apasiona. Habría querido hacer alfarería o ebanistería.

¿No aprendería no obstante física nuclear ahora?

¡Ciertamente que no! ¡Y no lo haría porque nunca he sido capaz de resolver la más mínima ecuación! Digo esto para explicarle que la vejez, en mi opinión, comienza cuando se pierde la curiosidad. Todavía tengo una apasionada curiosidad.

Además si bien no soy físico, he conocido de cerca eminentes físicos nucleares. Antes de la guerra, trabajé como administrativa principiante en el laboratorio de Frédéric Joliot-Curie quien, con su mujer Irene habían obtenido el premio Nobel en 1935 por su descubrimiento de la radioactividad artificial. Viví allí un periodo extraordinario.

¿Sin embargo, Ud. no era científico?

En absoluto. Por otra parte, Joliot me pinchaba siempre diciéndome: “¡Ah! ¡Uds. los pobres literarios! Puedo leer Shakespeare tan bien como Uds., pero Uds. no pueden comprender el cálculo diferencial”. Yo bajaba la nariz diciendo: “Es verdad, señor”.

Éramos buenos compañeros. Su mujer y él eran adorables. Estaban en el Collège de France, cerca de mi casa pues yo vivía ya aquí, en este apartamento que siempre me ha servido al menos de apeadero y donde han estado siempre mis libros. En aquella época, Frederic Joliot estaba trabajando en la bomba atómica. Recuerdo que no cesaba de reclamar al ministerio de la Guerra un perímetro en el Sahara para hacer los primeros ensayos. Pero el ministerio siempre lo enviaba a paseo.

El 11 de mayo de 1940, me telefoneó aquí diciéndome: “No puedo decirle nada. Los alemanes están a las puertas de París. Coja a su hijo, su dinero, sus joyas si tiene y venga pronto. Hay un coche que la llevará lejos de París”. En este coche, había la única botella de agua pesada que existía en la época. Supe más tarde que la consigna era suicidarse antes que decir lo que era. A mí, me hubieran podido preguntar pues no sabía nada.

El coche me dejó en Le Loiret, en casa de una de mis amigas de la infancia que fue posteriormente la suegra de mi hijo mayor.

Capítulo 2

Entonces la tenemos en plena guerra, huyendo y con un bebé en los brazos. ¿Su marido estaba en el frente?

Estaba haciendo su servicio militar cuando se declaró la guerra. Tras la derrota se alistó en las Fuerzas Francesas Libres y estuve cuatro años sin noticias suyas. Joliot estaba en América y yo ya no tenía trabajo en París. Viví sola con mi bebé en Corrèze, cerca de Brive. Allí me quedé toda la guerra, vi pasar la división que masacró a la gente de Oradour.

Hacia el principio, a mitad de la noche, tuve la visita de la Gestapo. Buscaban a mi marido porque, justo después del armisticio, se había quedado en Brive algún tiempo antes de partir para España y Londres. Tenía entonces una cartilla de racionamiento, lo que permitió a los alemanes volver a encontrar su pista.

La gente me pregunta a menudo si creo en los milagros. ¡Pues bien! Sí, creo en ellos porque aquella noche, viví uno. Eran las tres de la mañana cuando la Gestapo llegó. La valerosa gente con la que yo vivía había partido para una boda. Estaba sola en la villa con mi hijo pequeño de tres años.

Cuando abrí la puerta, me encontré de cara con un tipo que parecía Frankenstein. No tenía ni siquiera un aire maligno, era peor. Llevaba el uniforme con la calavera y tenía un aspecto perfectamente limpio, correcto y los ojos tan vacíos como los de un drogado. Tenía la impresión de que si se le hubiera dicho: “Ve a cortar a tu madre a trocitos”, habría partido al punto a hacerlo después de haber gritado “Heil Hitler!”. Su compañero era un soldado de la Wehrmacht con aire de estar aburrido de sí mismo. Me preguntaron dónde estaba mi marido. En aquel momento, me desdoblé. Había una parte de mí que se moría de miedo. Me decía: “Si me capturan y si me torturan, podría ser capaz de denunciar a los compañeros de la resistencia. No se sabe nunca lo que se puede hacer y decir bajo la tortura. Si me deportan, el pequeño morirá y mi marido no encontrará a nadie al regresar de la guerra.” Estaba aterrorizada pero, al mismo tiempo, otra parte de mí me escuchaba hablar en una especie de argot berlinés que ignoraba totalmente. Recuerdo haber pronunciado esta frase: “Mi marido, ha debido partir con una fulana cualquiera, pero tanto me da”.

¿Pero Ud. sabía alemán?

Un poco, pero el de Kant y el de Hegel. En absoluto el de los bajos fondos berlineses. En este extraño desdoblamiento, me escuchaba hablar con estupor y al mismo tiempo había algo en mi corazón que pedía perdón a mi marido de acusarlo así. Vi entonces, asomar en el rostro impasible de este oficial alemán, una pequeña chispa de humanidad y me dijo que hablaba bien el alemán. “Natürlich”, me sentía exclamar. Tras lo cual él le dio un golpe de codo a su compañero y le dijo: “Esta bromeando, no tiene nada que esconder”. Se fueron y me encontré jadeante. Tuve tal crisis de temblor que reduje a trizas un paquete de cigarrillos, valioso por cierto, pues lo cambiaba por pan. Nunca comprendí lo que me pasó. Es por ello que creo en el milagro.

¿Y desde entonces no volvió nunca más a hablar en argot berlinés?

Nunca. ¡Por otra parte aún hoy en día, no se como se dice la palabra “fulana” !

Había numerosos maquis en Corrèze. ¿No la contactó la resistencia?

Sí, naturalmente. Escondíamos gente... Pero Uds. saben bien que no me gusta mucho hablar de mí. He podido ver de bastante cerca los horrores de la guerra. He visto, ya les dije, pasar la división Das Reich, responsable de los ahorcamientos de Tulle y de la masacre del Oradour y la villa donde yo vivía estaba muy cerca de la Kommandantur donde gritaba la gente que torturaban.

Así mismo encontré el medio de salvar a un oficial alemán porque realmente se lo merecía. Yo no tenía mucho dinero en aquella época. Pertenecía a la Educación Nacional, pero no había una delegación de Educación Nacional en Brive. Tuve la suerte de poder entrar en Philips como documentalista y como no tenía un gran salario, había puesto un anuncio en un periódico para proponer lecciones de latín, griego, inglés o de francés. Inmediatamente, un oficial alemán se presentó para perfeccionar su francés. Quería rechazarlo pero me pareció que se lo hubiera tomado mal. "Su anuncio es de esta mañana" me dijo. Estaba muy turbada porque la gente con los que vivía no querían saber nada de recibir en su casa un oficial alemán. Cortó rápidamente mis dudas diciéndome: "Tendría que venir a mi hotel porque, estando en transmisiones, debo quedarme cerca de mi teléfono."

Me veo llegando al hotel. Era joven, tímida. En la recepción cuando pronuncié el nombre del oficial alemán, la patrona me miró como si no fuese nada. Le expliqué lo que me pasaba, le dije que me moría de miedo y añadí: "Si llamo, venga pronto".

Finalmente, todo fue bien. El oficial se mostró muy amable, muy cortes. Tenía un hermano que acababa de ser muerto en el frente ruso. Cierto que no teníamos relaciones amistosas pero siempre fue muy correcto. Era de origen yugoslavo.

En el momento de la liberación, vi que le hacían subir a un camión y me hice garante por él. Es así como le salvé. Pensé que había que hacerlo.

Ud. estaba entonces bien introducida en la resistencia.

Un poco. Lo suficiente en todo caso para obtener el primer bono de transporte para irme a París. Había recibido, en efecto, una tarjeta de mi marido diciéndome que acababa de llegar. Es así como nos volvimos a encontrar tras cuatro años de separación. Había sido herido durante la campaña de Francia. Habíamos perdido absolutamente todo, nuestro apartamento estaba vacío y tuvimos que partir de cero. Muy pronto, tuvimos un segundo hijo. Conocí un período absolutamente duro pues durante la guerra me reventé haciendo todos los días diez kilómetros a pie para ir a mi trabajo. Tuve una anemia muy severa y estuve enferma durante cuatro años.

Por supuesto, esto no bastó para apagar en mi la sed del estudio. Encontré el medio de pasar un concurso que era más o menos el equivalente al E.N.A. de hoy, lo que me permitió elegir uno de los grandes cuerpos del Estado como administrador civil. Elegí el C.N.R.S. donde, continuando con la preparación de mi tesis sobre el simbolismo en Platón, dirigí el servicio de ciencias humanas. Más tarde, a fin de disponer de más tiempo para mi tesis, solicité mi traslado al cuadro de investigadores.

Las ciencias humanas, como profanos este campo nos resulta vago. ¿Podría decirnos que hacía exactamente en el C.N.R.S.?

Organizaba coloquios, conocía gente, hacía un primer examen de sus candidaturas para dirigirlos hacia las comisiones competentes. Toda mi vida, tuve la suerte de conocer gente apasionante.

Ya les he hablado de Joliot-Curie. Le volví a encontrar tras la guerra cuando fue nombrado alto-comisario de la energía atómica. Es en ese momento cuando se decidió que, para remplazarlo en el C.N.R.S., hubieran dos directores, uno para las ciencias exactas y otro para las ciencias humanas.

Fui la adjunta al director de ciencias humanas y, cuando murió en 1954, lo remplaceé a la cabeza de este servicio. Asumí esta dirección de una manera un poco rara pues era un puesto al que, administrativamente, no tenía derecho. Ocupaba la oficina del director, ejercía la función de ... Era demasiado absorbente. Tanto que no tenía mas tiempo para mi tesis. Fue cuando me di cuenta de esto que pedí ser ingresada en el cuadro de investigadores.

¿Ser una mujer nunca le ha supuesto problemas en este tipo de medios?

Para nada. Era mucho menos difícil con los funcionarios que en lo privado. En primer lugar, teníamos el mismo salario que los hombres. Hay que decir que en aquella época, no había muchas mujeres que hacían lo que yo. Cuando pasé mi licenciatura en derecho, fui la primera de mi promoción. Evidentemente, esto me disponía un poco de cara a los chicos pero hay que decir que siempre trabajé mucho.

¿Se quedó mucho tiempo en la C.N.R.S.?

Hasta el final de mi carrera. Pero no me quedé siempre en mi oficina, he tenido sucesivos destinos.

¿Por ejemplo?

En el 69, por ejemplo, como conocía bien el mundo árabe, fui destinada por cinco años como profesora en la universidad de Al Azhar en El Cairo. Enseñé allí filosofía comparada. Tomaba un tema, la noción del tiempo por ejemplo y lo examinaba como debía ser tratado por la filosofía occidental y por la filosofía oriental. Era apasionante.

Egipto, en aquel entonces, era un paraíso. No pueden imaginarse lo que era el Cairo hace veinte años. Vivía en casa de amigos egipcios, traducía Rûmî y bajo mis ventanas, veía el Nilo y los barcos que tenían todavía las mismas velas que en tiempo de los Faraones. Desde entonces, se construyeron los infames rascacielos.

Era la dulzura de vivir. Se podía callejear. Y además, estaba la gentileza egipcia. Todavía existe pero ahora, los egipcios tienen demasiados problemas económicos, una demografía galopante, embotellamientos insoportables. La vida se ha vuelto demasiado difícil. Algunos de mis alumnos de entonces siguen siendo mis amigos.

Volví a Francia en el 73 y a partir de entonces, he tenido cantidad de misiones en el extranjero. En Libia, Kuwait, Arabia Saudita y nuevamente en Egipto.

¿En qué consistían estas misiones?

La mayor parte del tiempo, estaba encargada de hacer conferencias en esos países.

¿Conferencias sobre qué?

Eso dependía. En Kuwait, me pidieron hacer conferencias sobre el Islam, en Libia sobre el sufismo, o bien comparar las filosofías occidental y oriental. Fui a Irán en tiempos del Shah, a Sudán, al Magreb y a Turquía cantidad de veces.

Turquía, además, siempre ha sido para mí, mi país predilecto. Fui al menos diez veces a Konya. Pero también he ido diez veces a Marruecos y quince veces a Argelia. Al mismo tiempo, escribía o traducía libros. Creo que debo haber salido al menos unas cuarenta veces.

Háblenos un poco de sus libros. ¿Cuál fue el primero?

Traducciones del inglés que eran, hay que decirlo, traducciones alimentarias. Tras la guerra, mi marido era todavía estudiante y, como les dije, no teníamos nada. No teníamos tan siquiera cuenta en el banco. Intentaba no aceptar cualquier cosa, solamente cosas que me interesaban. Libros de sociología, un libro sobre la China que había aparecido en Payot. Trabajaba todo el día y por la noche me ponía a traducir.

También escribí personalmente un libro sobre Enrique VIII que me había sido encargado por Julliard porque él sabía que era anglicista e interesada por la historia de Inglaterra. Este libro se inscribía en una colección dirigida por Georges Pernoud y que se llamaba: “Hay siempre un reportero”. Fue traducido al alemán y al finlandés.

¿Se interesaba particularmente en Enrique VIII?

No. Fue Georges Pernoud quién me lo había propuesto. Buscaba un buen anglicista. Ya saben, el inglés de la época de Enrique VIII es un poco como el francés de la época de Carlos V. Puedo decirlo porque también escribí un libro sobre Christine de Pisan, lo que me ha permitido compararlo. Me nutrí de literatura inglesa. Con mi querida abuela de la que les he hablado tanto, aprendí el inglés antes que el francés.

Pero Enrique VIII era más bien todo un personaje...

Que va!. Era un Barba Azul. Un villano, pero la época era apasionante. Estaba Thomas More. Y además, bajo Elizabeth, esa tradición del hermetismo, los alquimistas. Y también ese extraordinario personaje que fue el cardenal de Cues. Ese cardenal alemán que, desde 1437, preconizaba la reunión de un concilio entre judíos, cristianos y musulmanes. Leía el Corán en árabe y había escrito páginas absolutamente asombrosas. Por ejemplo estas:

“Cuando el Corán dice que no hay que decir Hijo de Dios, tiene razón porque esto presta a confusión. Cuando el Corán dice: “Cuando habléis de Dios, no habléis de la Trinidad”, tiene razón porque la gente cree que él es tres Dioses.”

Hay miles de desgraciados que fueron quemados por mucho menos que eso.

Estaban también Marsile Ficin, Arnaud de Villeneuve y ciertos alquimistas que se encontraban muy cerca de los principios del Islam. Todo este movimiento fue completamente asfixiado en el siglo XV por el horrible Papa Borgia.

A pesar de todo, esta corriente hermética continuó, a lo largo de los siglos, avanzando subterráneamente para resurgir a finales del Siglo de las Luces y para desarrollarse en el romanticismo alemán.

Esto me recuerda que hace cierto tiempo, el superior de una abadía benedictina vino a verme. Había escrito una amable carta, de una bella y fuerte escritura, diciéndome que hacía falta un libro sobre la mística musulmana y que él quería hablar conmigo. Me sentí de lo más halagada ya que venía a París expresamente para verme. Vi llegar a un benedictino bastante frío al principio, muy instruido y rápidamente, discutimos muy fraternalmente. Al final, le dije: “Padre, no cree que es una lastima que tantos encuentros hayan faltado en la Historia? Estaban los Templarios, los Elisabetianos, los precursores de Shakespeare con todo ese universalismo que se ha ocultado”. Sonrió y me dijo: “La única cosa que me consuela, señora, es pensar que decimos todos la misma cosa”.

Todos los Benedictinos no dirían lo mismo. Conocemos algunos que son muy oscurantistas.

Eso depende del Padre Abad. Personalmente, tengo un montón de amigos benedictinos. Son en general muy abiertos.

Hemos hablado un poco de su vida personal y, estando en ello, nos hemos anticipado mucho. Me gustaría que volviéramos un poco hacia atrás y que nos hablase de su encuentro con el Islam.

Capítulo 3

Para hablar claramente de mi encuentro con el Islam, tendría que remontarme hasta la inmediata post-guerra. Había visto muchas cosas terribles durante la guerra y ello me llevó a plantearme muchas preguntas sin nunca encontrar respuestas. Por las razones que ya les expliqué, volver a mi catolicismo de origen habría sido para mí una huida.

No me encontraba menos sedienta y me sentía muy mal en mi piel. No puedo decir que oraba puesto que no creía en gran cosa. Fue mas bien como el S.O.S. que un barco lanza en la noche preguntándose si alguien le escucha.

Mi petición fue escuchada cuando estaba ya en la C.N.R.S. Estaba en mi despacho de dirección - falsamente de dirección, pero lo era de todos modos - cuando vi llegar a uno de mis buenos amigos que no había visto desde hacía quince años. Era un musulmán muy conocido con quien había estudiado sánscrito hacía tiempo. Entre paréntesis, guardo un recuerdo extraordinario de esa época en el curso de la cual tuve el privilegio de cenar al lado de Gandhi y de conocer cantidad de gente apasionante. Entre ellos, estaba este amigo hindú que era por entonces un estudiante, un hombre maravilloso antiguo alumno de Einstein.

Después de su vuelta a la India, continuamos escribiéndonos de vez en cuando. Supe que era ahora rector de la universidad de Islamabad y que tenía cuatro niños. Y he aquí que, de repente, después de tantos, le veo llegar a mi despacho. Le había costado mucho encontrarme.

Hablamos durante largo tiempo. Tenía que equipar sus laboratorios y, como guardadaba un buen recuerdo de Francia, quiso darle la preferencia al hacer sus pedidos. Al partir, me pasó un pequeño libro diciéndome: “Sé que Ud. siempre ha estado interesada en las cuestiones religiosas. Lea entonces este libro, es la gran obra de nuestro gran maestro Iqbal”. Yo dije: “Muchas gracias, querido amigo” y dejé el libro sobre mi mesa donde fue cubierto rápidamente por papeles. Estaba realmente muy ocupada entonces.

Un poco más tarde, abría finalmente este famoso libro. Vi que se titulaba: *Reconstruir el pensamiento religioso del Islam* y que estaba en inglés. Quería tan solo hojearlo pero desde las primeras páginas me apasionó. Tuve de repente el sentimiento de que respondía a todas mis preguntas. Encontré en él ese universalismo tan deseado, esta idea de que, fundamentalmente, la Revelación no puede ser mas que una, que dos y dos son cuatro en todas partes y que estas cifras comprenden siempre una sola y única verdad, ya sea en caracteres aztecas, chinos o árabes. Si, una sola verdad. El Corán no dice otra cosa.

Me gustó tanto este libro que enseguida me puse a traducirlo. De la misma manera amé a Iqbal y a cierto Rûmî del cual hablaba sin cesar.

Ud. lo dice tan sencillamente, pero es sin embargo extraordinario. Se diría que el solo hecho de haber leído este libro de Iqbal hizo bascular su vida de golpe. Nos gustaría saber un poco más sobre ese Iqbal y sobre su libro.

Ya saben, hay que estar ya preparado para que un encuentro o un libro puedan hacer bascular la vida de uno. Yo ya estaba sobre una vía de libre examen, de interpretación personal, de búsqueda individual y encontré todo ello concretizado en este gran pensador. Además, me hizo feliz constatar que no estaba sola, perdida en un atajo, sino que me encontraba situada, sin saberlo, en una gran tradición. Y ello sin tener que renegar de nada. No reniego ni de la Torah, ni del Evangelio. Dejé simplemente de lado lo que siempre me había irritado, las decisiones conciliares, dogmáticas de señores reunidos en Roma para decidir que Dios es así o es asá.

Hasta aquí, me había sentido incómoda. Me preguntaba por qué me arrogaba el derecho de criticar así las cosas establecidas durante tanto tiempo. Cuando comprendí que un cuarto de la humanidad pensaba como yo, me sentí de golpe menos extravagante. De hecho, encontré una respuesta clara a todas las preguntas que me planteaba. O si lo prefieren, este libro fue un empujón. No tenía ninguna idea de lo que podía ser el Islam. Había escuchado a Garaudy decir un día que se podía hacer un doctorado de filosofía sin jamás haber oído hablar de los pensadores árabes. Es absolutamente cierto y ello es un poco escandaloso. En esa época, se estudiaba muchísimo a Kant, Hegel y a otro montón de filósofos, pero para nada a los árabes. Es por ello que mi descubrimiento del Islam a través del libro de Iqbal fue para mí un acontecimiento. De repente ya no tuve nada que poner entre paréntesis. No habría nadie mas que me dijera: “Si no crees esto, no estás en la línea” ¡Qué alivio!

Nos gustaría conocer mas sobre Iqbal.

Podría hablarles de él durante horas. Es uno de los fundadores espirituales del Pakistán, un gran filósofo, un gran pensador, un jurista y un poeta que escribió con igual éxito en persa, en inglés y en urdú. Se le considera como uno de los grandes reformadores del Islam. Presentó en Munich una tesis sobre la metafísica persa. Tesis que traduje, así como casi toda su obra inglesa y persa. Acabo también de terminar una antología de un número de textos importantes que me solicitó la embajada de Pakistán.

¿Conoció Occidente?

Aquí vivió y estudió mucho. Fue un gran amigo de Bergson y de Massignon que fue mi maestro. Estuvo en Cambridge y formó parte de la mesa redonda que fundó Pakistán. Su libro *Reconstruir el pensamiento religioso del Islam* presenta una visión completamente moderna del Islam, siendo siempre muy ortodoxo.

¿Le conoció?

No, puesto que murió en 1938, pero conozco muy bien a su hijo quien me dio, en 1950, el permiso para traducir las obras de su padre. Me lo encuentro a menudo en congresos o coloquios. Es un hombre muy notable, es actualmente presidente del Tribunal Supremo de su país. Es un gran placer para mí poder hablar con hombres de esta calidad porque son personas que poseen una doble cultura: la cultura occidental en lo que de mejor tiene y su profunda convicción religiosa. No hay contradicción.

Lo que me sorprende en Iqbal, es una constante búsqueda de la unidad en su visión del mundo. Un deseo permanente de conciliar los principios fundamentales del Corán y los descubrimientos de la ciencia. Su amigo Bergson decía que hacía falta aportar un suplemento del alma a la cultura occidental. Es exactamente lo que él quería hacer.

Estaba obsesionado por el desasosiego del hombre del siglo XX, sintiéndose perdido en el seno del universo, por esta angustia metafísica de la que habla Teilhard.

¿Es entonces un pensador pesimista?

En absoluto, pues él cree en el hombre y, en cierta manera, en el progreso. Este puede ser bueno a condición de que el hombre sobrepase el geocentrismo y el antropomorfismo medievales que lo tienen aún prisionero.

“Ninguna forma de la realidad, proclama, es tan poderosa, tan vivificante, tan magnífica como el espíritu del hombre”. Este hombre, le ve llegar, al término de la evolución, es el hombre perfecto del que hablan los sufíes, es decir, el hombre completo que sabe utilizar la plenitud que ha adquirido para ayudar a los hombres en su marcha hacia adelante.

Al término de la evolución... eso quiere decir sin duda que el tiempo es para él una noción muy importante.

Naturalmente. El mismo lo dice, el problema del tiempo, como además el del espacio, es una cuestión de vida y muerte. “El tiempo, escribe en una de sus últimas cartas, es una gran bendición. Si de una parte trae la muerte y la destrucción, por otra parte es la fuente de la creación y de la fecundidad. Es el tiempo el que desvela las posibilidades ocultas de toda cosa. La posibilidad de cambiar las condiciones presentes es el mayor valor y la mayor riqueza del hombre”.

En esta perspectiva, no puede haber ni racismo ni nacionalismo.

Es justo eso. Me gusta citar esta frase suya: “No hay ni afgano, ni turco, ni hijo de Tartaria. Somos todos los frutos de un mismo jardín, de un mismo tronco. Somos la floración de una misma primavera.”

Es esta apertura de espíritu, esta tolerancia innata al mismo tiempo que la profundidad de su abandono a lo Divino que hacen de él un auténtico sufí.

Ud. habla de él como cuando habla de su querido Rûmî.

Porque encuentro entre ellos una correspondencia sobrecogedora. Dije un día que Rûmî le sirvió de iniciador y de guía como Virgilio hizo recorrer a Dante los espacios de su viaje celeste. Los dos son poetas, son filósofos, son místicos. Los dos, tienen una misma visión de la evolución donde el fruto supremo debe ser el hombre perfecto. Los dos se apasionan por la ciencia y los dos, afirman que el amor es la única fuerza que mueve el universo. Solo el amor es eterno.

Este pensador, fue toda su vida, un eterno estudiante y un hombre de acción. Hizo una tesis de doctorado en Munich, enseñó filosofía y literatura inglesas en India y literatura árabe en Inglaterra. Todos estos contactos con los dos mundos hicieron de él un mediador y le dieron muy rápidamente la estatura de un hombre de estado. Porque era igualmente jurista, fue presidente de la liga árabe creada en 1906 y miembro de la conferencia de la mesa redonda que se reunió en Londres en 1931 en vistas a elaborar una constitución para la India. Mas tarde, su obra jugó un papel importante en la creación del estado pakistaní.

Murió en Lahore el 21 de mayo del 1938. Algunos instantes antes de morir, con una sonrisa en sus labios, tras haber pronunciado el nombre de Dios, recitó estos versos:

“La melodía huida puede volver o no,
la brisa puede soplar de nuevo en el Heyaz o no
los días del pobre tocan a su fin
otro vidente volverá o no.”

Ud. nos dijo un día que había un paralelismo entre el pensamiento de Iqbal y el de Teilhard de Chardin. ¿Podríamos insistir un poco sobre esta idea?

Iqbal conoció personalmente al Padre Teilhard. No podían más que entenderse puesto que la gran idea de Iqbal es que todo lo se sube converge. Esto les debe recordar otra cosa. Si todo converge, eso quiere decir que si Uds. van hasta la cima de su budismo, de su cristianismo o de su Islam, solo pueden reencontrarse en la sumisión a Dios.

¿Y Ud. misma, conoció personalmente al padre Teilhard?

Si, y tuve el privilegio de hacer la primera emisión de radio que le fue consagrada y de escribir los primeros artículos que se habían escrito sobre él. La Iglesia católica le había despreciado en público, le había prohibido hablar en el Collège de France.

Mi primer artículo, lo había escrito para una revista italiana y, por escrúpulo, antes de enviarlo, fui a ver al Padre d’Oince que había sido su director espiritual. Recuerdo haberle dicho: “Ud. comprenderá, no soy católica y sobretodo no soy teóloga. No desearía dar armas al enemigo para atacar al Padre Teilhard, por quien siento gran estima.” Leyó mi artículo y recordaré siempre la conversación que tuve seguidamente con él.

Hay que decir que había sido educada como una joven sabia en apariencia, pero en absoluto convencional. Tenía 12 años cuando se me ocurrió preguntar a mi confesor si estaba mal creer en la reencarnación. Imaginarán su respuesta. Hacía siempre preguntas que no había que hacer. Pregunté entonces al Padre d’Oince:

“- ¿Cómo explicaría Ud. que el Padre Teilhard no hable nunca del infierno?

- Ud. cree en él?

- No, pero yo no soy una autoridad. Quizá podría uno remitirse a la idea del purgatorio.”

Recordaré siempre la reacción del Padre d’Oince. Me miró con una gentil sonrisa y un poco irónica y me dijo: “Señora, Ud. habla como una monja”. Era adorable.

Puesto que estamos en este tema: a propósito del infierno, ¿Qué se cree en el Islam?

No hay un infierno eterno. Es incluso inconcebible. Todo lo más una purificación, lo que, si Uds. quieren, puede corresponder al purgatorio.

Una palabra más sobre Teilhard. Para nosotros, es un gran personaje.

Para mí también. En todos los prefacios que he escrito, cito con amor a Teilhard de Chardin y esta frase esencial según la cual todo lo que sube converge.

¿Diría Ud. que es un buen musulmán?

Un muy buen musulmán. Nada ha estado más sometido que él a la voluntad de Dios.

¿Entonces este descubrimiento de Iqbal ha sido para Ud. esencial?

Si

¿Se puede decir que este encuentro la llevó a entrar en el Islam?

Ciertamente, en la medida en que estaba preparada. Pero sin embargo, no crean que esto fue tan simple. Me planteé sin embargo preguntas. Me dije que era muy bonito maravillarse por el Islam, pero que no se cambia de tradición como se cambia de camisa. Puede ser, después de todo, que tenía del cristianismo un conocimiento muy mundano, muy aristocrático y de una joven hija de buena familia. Me dije que los cristianos no eran tontos y que había entendido todo al revés. Y por honestidad, me obligué a hacer, antes de decidir lo que fuera, tres años de exégesis.

¿Adónde fue?

A la Sorbona. Seguí cursos de exégesis con Oscar Culmann y también tuve que hacer un poco de teología pues no se puede hacer exégesis sin tener al menos nociones de teología. Pero no seguí cursos de teología propiamente dicho. Oscar Culmann era protestante, profesor en la Sorbona y en la universidad de Basilea. Era un protestante de sensibilidad muy católica. Puesto que así como hay católicos de sensibilidad protestante, hay protestantes de sensibilidad católica. Era perfectamente honesto y sabía muy bien el griego. Trabajamos sobre los Evangelios palabra por palabra e hice esto durante tres años.

Eso no parece haberla convencido de la superioridad del cristianismo.

No. Era apasionante, pero quizá era demasiado intelectual como trámite. No era realmente lo que esperaba.

Naturalmente, aprendí cantidad de cosas, pero no cesaban de aparecerme objeciones.

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, había concilios que, continuamente me molestaban porque decidían de una manera autoritaria. Todo lo que atañe a la Virgen, por ejemplo, esa fórmula de “Madre de Dios”. ¿Qué quiere decir eso? Hay que ser claro en eso. Eso puede querer decir madre del Cristo, madre de Jesús, de acuerdo. Pero Madre de Dios, plantea un problema. Madre de lo absoluto. Eso quiere decir que Santa Ana fue la abuela de lo absoluto. Esta interpretación me parecería muy reductora y manifestaba esta clase de hiatos que hay entre el mensaje evangélico y lo que se ha sacado de ello. Muy frecuentemente se me ha ocurrido decirme, en el curso de tres años de estudio: “Verdaderamente, es ver las cosas de una manera muy exagerada cuando se piensa en los miles de millones de años luz y las galaxias”.

Pronto tuve el sentimiento de que el Islam no renegaba de nada de lo que era esencial. El Corán reconocía el nacimiento virginal de Jesús y tiene un gran respeto por la Virgen María. La Anunciación hecha a María en el Corán, es la del Evangelio de Lucas. Todo esto es claro pero cuando veinte siglos más tarde, la iglesia decide proclamar el dogma de la Asunción y de imponer a sus fieles el creer en ello... es ahí donde me aprieta el zapato.

Me interesó el constatar que hay un Proto-Mateo y que el Evangelio de Mateo está cargado de arameismos....

Pero fue escrito en arameo.

Es verdad pero la traducción griega esta llena de arameismos. Es un poco como alguien que conoce mal el inglés y que traduce: “What is the matter?” por: “¿Qué es la materia?”

Y además me turbó el modo en que se puede datar los Evangelios. Por el hecho de que el manuscrito más antiguo o más bien la muestra de manuscrito más antiguo que poseemos y que se encuentra en el British Museum sea fechada, por el carbono 14, de principios del siglo II. No es más que un pequeño fragmento, el resto es mucho más tardío.

Finalmente, para mí, la exégesis planteó más problemas que no resolvió.

Denos un ejemplo.

Podría dar muchos. Por tomar solo uno: tomen la expresión Hijo de Dios. En griego, se dice: “Uios Theou”. ¿Qué quiere decir exactamente? En hebreo como en árabe, hay dos palabras para la palabra hijo: el hijo por la carne y el hijo por el espíritu. Cuando Uds. dicen a niño: ”Ibni, ve a buscarme cigarrillos”, eso no quiere decir que sea su hijo. El griego, solo tiene una palabra para hijo. Tuvo que elegir pero ¿Quién nos dice que la elección es buena? He aquí el tipo de problema que me interesaba, cierto, pero que no significaba gran cosa.

Debo confesar que San Juan de la Cruz o Rûmî me decían mucho más.

A pesar de todo, Ud. ha hecho un buen esfuerzo.

¡Un esfuerzo meritorio!

Dio tres años de su vida a un escrúpulo. Encuentro que eso es de una honestidad notable.

Ya les dije que tenía una abuela que era muy rigurosa y que me había enseñado a no hacer trampas. Me era imposible, como lo hacen tantos católicos que conozco, de poner lo que sea entre paréntesis.

Me gustaría que profundizáramos un poco. Durante estos tres años Ud. ha estado, por así decirlo, entre el Islam y el cristianismo. Una situación ideal para hacer un paralelismo entre las dos religiones. ¿Son tan irreconciliables, tan antagonistas como nos han enseñado?

Es una cuestión delicada que nos obliga a hablar un poco del problema de las lenguas. Digamos primero lo que me impacto más, es que el Islam no recusa nada, ni reniega nada y acepta toda revelación encarnada en un libro auténtico como la Torah y los Evangelios.

Esta cuestión de los idiomas es muy importante. Se habla siempre de la religión del libro y la religión del libro por excelencia es el Islam, puesto que se basa enteramente en un libro. La tradición ocupa muy poco espacio. Y puesto que no hay iglesia en el Islam, ni clero, ni autoridad encargada de decir la verdad, todo se refiere al libro. La tradición ocupa ya mucho lugar en el judaísmo, mientras que el cristianismo se basa en el mensaje del Evangelio, en los testimonios de las primeras comunidades y, después, en las enseñanzas de la Iglesia.

No es sin embargo fortuito que los tres grandes idiomas de la revelación en el mundo, el hebreo, el árabe y el sánscrito, sean susceptibles de ser leídos en varios niveles. Unos amigos judíos me decían un día que el hebreo y el árabe son como muñecas rusas. Los diferentes sentidos están, en efecto, entrelazados los unos en los otros. Ciertamente, no pueden ser contradictorios sino que cada uno puede leerlos según su propia intuición y su propia inteligencia.

¿Según su grado de evolución?

Eso es.

No comprendo muy bien. Necesitaría ejemplos.

Ejemplos, podría darles cientos. Tome las famosas huríes, esas mujeres maravillosas que esperan los creyentes en el paraíso. Se las puede ver de una manera completamente antropomórfica, como las tres gracias de Proudhon. Pero de hecho, es una palabra que significa también la gracia.

En el Corán, la palabra que designa el agua significa a la vez H₂O pero también la vida, la gracia. Es bien evidente que para un beduino que se muere de sed en el desierto, el agua es a la vez H₂O y la vida, la gracia que Dios le envía.

Entonces las palabras pueden leerse en varios niveles. ¿Pero no pasa lo mismo con los Evangelios?

La diferencia es que en el Evangelio, es la parábola la que tiene varios niveles. No es la palabra y solo la palabra como en la Torah o en el Corán. Esto viene, en mi opinión, porque el Evangelio es un libro inspirado pero no revelado en el sentido en el que la Torah y en el Corán cada letra es revelada.

¿Quiere Ud. otro ejemplo de la importancia dada a la palabra?. Ya sabe, todas las suras del Corán comienzan por: “En el nombre de Dios clemente y misericordioso”. En realidad, es una mala traducción pero no hay otra. La palabra viene de una raíz semítica que quiere decir la matriz. Pues bien, Chouraqui, que acaba de hacer una traducción del Corán, que es un poco galimatías pero que tiene la inmensa ventaja de remontar a las fuentes, lo traduce por “un amor matricial”. Es sin duda exacto pero no muy bello. En realidad, quiere decir que Dios tiene por sus criaturas la misma ternura que una madre que lleva un hijo en su seno.

Todos los capítulos del Corán comienzan por esta fórmula salvo el noveno que es el del arrepentimiento. Numerosos son los comentaristas que se han preguntado por qué. Simplemente porque en la idea de arrepentimiento, hay la idea de proximidad. Así, si uno se arrepiente, no de boquilla sino en estado de perfecta constricción, se estará muy, muy próximo a Dios. Tan cerca que no es necesario decir: “En el nombre de Dios clemente y misericordioso”.

Esta es la única sura que no comienza por esta fórmula. Ven por este ejemplo, que tanto en árabe como en hebreo, cada letra tiene su peso, cada palabra tiene sus sentidos sintéticos y múltiples que cada uno puede leer según su propia inteligencia y su propia intuición.

En estas condiciones, no es fácil leer el Corán. Cada uno puede interpretarlo a su manera.

La regla, si se le puede llamar así, es leer como si hubiese sido revelado en aquel instante a uno mismo. Digo bien al instante porque a veces, en una segunda lectura, se puede leer otra cosa. Es una larga manducación, lo que me recuerda esa frase de varios de mis amigos musulmanes: "El Corán, es nuestra Eucaristía".

¿Se puede decir que los musulmanes comparan a Muhammad con Jesús?

Sería más exacto decir que comparan Muhammad con la Virgen María. Porque el Profeta debe ser un iletrado, un analfabeto, es decir, debe ser virgen de toda cultura para que la revelación se imprima en él como sobre un disco de cera virgen y que sin saber personal, haga de pantalla. En revancha, se compara el Corán a la persona de Jesús que es, él también, portador de una palabra.

Un día nos habló del símbolo de la rueda. ¿No es el símbolo mismo de la tolerancia del verdadero Islam?

Si Uds. quieren, pero para comprenderlo hay que partir de la idea esencial de aceptación. Mientras que las otras religiones llevan el nombre de su fundador o del país donde han nacido, el Islam es la única que se designa por una actitud. Pues el Islam quiere decir aceptación y aceptación en la paz. Es el Salam alaikum "Que la paz sea con vosotros". Dicho de otra forma, la aceptación de la voluntad de Dios.

¿No es el punto común de todas las religiones?

Si, y es así porque, volviendo al símbolo de la rueda, el Islam, es decir, la sumisión a Dios, es el núcleo de la rueda, el centro inmutable. Esto es en efecto común a todas las religiones.)No dijo Dante: "Su voluntad es nuestra paz"?. Si se está en el centro de la rueda, en la sumisión de Dios, se está en la Verdad, ya se sea cristiano, musulmán, budista o lo que se quiera. Es en este sentido que numerosos maestros afirman que todo hombre sometido es un buen musulmán. Al contrario, si permanece en la llanta de la rueda, se es como los mullahs fanáticos o los integristas católicos.

Hay que ir por ello, al centro de esta remisión a Dios y cuando se llega, se encuentra lo otro.

Es el ecumenismo total.

Exacto. En el centro de la rueda, no puede haber mas fanatismo. No se puede tener la insoportable pretensión de ser el único en tener la verdad.

En mi iglesia, me han presentado siempre a Dios como un Padre. Un Padre justo pero severo. He necesitado mucho tiempo para descubrir que también era Madre. ¿Cómo se le presenta a los pequeños musulmanes?

No puede ser ni padre ni madre. Creo incluso que sería un poco sacrílego ver a Dios como un padre como los cristianos o una madre como los hinduistas. Cuando se piensa en Dios, se piensa en lo absoluto. Se tiene la costumbre de traducir: La ilaha ila Al-lah, esta fórmula que es suficiente para hacerle a uno musulmán, por: "No hay más Dios que Dios". Es una traducción un poco simplista. En rigor, habría que traducir: "No hay más realidad que esta realidad". O dicho de otra forma, "todo relativo lo funda un Absoluto"

Esto no hace las cosas simples para los musulmanes. Se puede decir por ejemplo que el cristianismo es un puente que va de la humanidad a la divinidad. Entonces se puede cruzar el puente. En el Islam no hay. El hombre esta "sólo ante el Unico" retomando una formula de Plotino. Se está, ciertamente, en el interior de una comunidad, pero solo delante de Dios con el Corán como todo alimento. No hay antropomorfismo posible, lo que explica la prohibición de estatuas e imágenes. A mis amigos ortodoxos les choca siempre cuando les digo que no soy sensible a los iconos. Los encuentro muy bellos pero no puedo penetrarlos.

Dijo antes que los Evangelios son inspirados mientras que el Corán y la Torah son revelados. Me gustaría volver a esta diferencia.

En la Torah y el Corán, no se puede cambiar una letra. Es en este sentido que son dictados, o si lo prefieren, revelados.

Mientras hacía la exégesis, me sorprendía siempre el hecho de que, fuera del cuarto Evangelio, los

otros tres, los sinópticos, presentaran las mismas citas en circunstancias completamente diferentes. ¿Como era posible? Los exegetas de la escuela de Tübingen concluyeron que debía haber, en los primeros tiempos de la Iglesia, florilegios de citas de Jesús, antologías de las que se servían para la catequesis. Mas tarde, una vez muertos los testigos oculares, no se pudieron recordar con exactitud. Es entonces cuando se intentó fijar un corpus y ello explica por qué la redacción de los Evangelios fue tan tardía.

Una de estas antologías fue descubierta hace mucho tiempo en Egipto. Estoy muy al corriente porque me encontraba entonces en el Cairo por el C.N.R.S.

En 1947, turistas ingleses que circulaban en el desierto cerca del Cairo sufrieron un ataque de nervios al ver campesinos quemar pergaminos para hacer el té. Se lanzaron sobre ellos, los arrancaron de las llamas y se dieron cuenta más tarde de que se trataba de frases de Jesús, pasadas al copto. Frases que no venían acompañadas de ninguna circunstancia. Esta antología fue bautizada quizá demasiado pronto como el quinto Evangelio o Evangelio según Tomás.

Se trataba de pergaminos con un lazo alrededor, un poco como aquellas carteras que tenían hace tiempo los chalanes. Habían sido metidas en grandes jarras en territorio de los cenobitas, quienes habían dejado Jerusalén tras la destrucción del 70 después de Jesús-Cristo. Era en cierta manera la biblioteca de estos monjes que vivían en pleno desierto, en un clima tan seco que estaba en perfecto estado de conservación.

Tuve estos pergaminos en las manos e hice, junto con Henri Puech, mi antiguo profesor del Collège de France, el primer informe para la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Fue realmente apasionante.

Según los recuentos, había 214 o 216 logia, es decir, citas de Cristo. 212 de entre ellas se encontraban en los sinópticos tal cual y sin circunstancias. Dos fueron encontradas en procesos de Cátaros y dos estaban en un pergamino que envolvía un pescado que San Agustín había comprado en Ostia. Se podría decir que es una novela policíaca.

Pueden ver aquí la diferencia entre un libro inspirado y un libro revelado. A excepción de este texto copto que no es más que una colección, los Evangelios son biografías.

Lo que me sorprende, es que estas palabras de lo que se llama Evangelio de Tomas son relativamente esotéricas, en todo caso difíciles de comprender.

Es verdad, pero se las encuentra en casi todos los sinópticos.

Me pregunto si son accesibles al común de los mortales.

¿Cree que Jesús sería accesible al común de los mortales si no se le redujera a un simple mensaje de amor y paz?

Pero las circunstancias que envuelven las palabras las hacen más fáciles de comprender.

Sin duda. En cuanto al Corán, he visto sin embargo algo muy curioso que muestra como fue dictado. Ya le dije, creo, que el Profeta era iletrado y que debía serlo necesariamente, que debía ser virgen intelectualmente como la Virgen María era virgen genéticamente.

Vivía por entonces en el Cairo en casa de unos amigos sufíes adorables. Viví en su casa durante cinco años que fueron sin duda los más felices de mi vida. El Sheij de mi amigo era al mismo

tiempo el guardián de un misterioso tesoro oculto en una mezquita del Cairo. Había en esta mezquita una puerta que excitaba la curiosidad de todo el mundo. Estaba vidriada, pero el vidrio estaba oculto tras un panel de cuero y no se habría, se decía, mas que para grandes personalidades. Estaba lejos de ser una personalidad, pero gracias a su Sheij, mi amigo pudo hacerme entrar. Me quedé estupefacta al descubrir allí uno de los primeros borradores del Corán. Imagine un metro cúbico aproximadamente de pieles de gacela. Sobre estas pieles estaba escrito con pluma, es decir, como en el pirograbado, lo que el Profeta dictaba en el momento mismo en que se le relevaba. Se piensa que el escriba era Alí, pero no se está del todo seguro. Estos pedazos de piel de gacela son mas o menos grandes y se presentan como un gigantesco rompecabezas. Habíamos traído con nosotros un estudiante tunecino que rompió en lagrimas al verlo. Era muy extraño. Los trozos se sucedían sin orden. Teníamos la impresión de que alguien hubiese escrito un numero de teléfono sobre el dorso de un sobre o de un papel. El Profeta decía justo lo que le era dictado en el preciso momento. Solo después es cuando se puso en orden.

¿Era legible para Ud.?

No, porque no sabía suficiente árabe.

También he visto el Corán de ‘Uzman en Estambul. Este es muy conmovedor porque en él hay un poco de sangre en una de sus páginas: ‘Uzman fue apuñalado mientras lo leía. Todavía hay gente que sabe el Corán de memoria. Es difícil porque hay muchos versículos que se parecen mucho. Es bajo ‘Uzman que se establece el Corán tal como lo tenemos actualmente. Es decir, en vida del profeta.

¿No fue Muhammad un canal a través del cual vino la palabra de Dios?

Exactamente, es por ello que los musulmanes no lo adoran. No tiene, como Jesús, la doble naturaleza. Vea a Jesús: él habla a veces como un hombre y a veces como Dios. En el mundo helenístico, la idea de que un hombre pudiese tener una doble naturaleza, divina y humana, no era impensable. En un medio semítico como el medio árabe, era impensable. Los judíos nunca divinizaron a Moisés. Tampoco los musulmanes divinizaron al Profeta.

Si Ud. lee el Corán con atención, se dará cuenta que hay dos tipos de citas proféticas. Unas donde Muhammad habla como un hombre, cuando se le pregunta por ejemplo como hacer la plegaria o como hacer las abluciones y la otra cuando pronuncia palabras sagradas, inspiradas. Por ejemplo: “Yo era un tesoro escondido y Yo quise ser conocido. Es por ello que creé el mundo.” O incluso: “No he creado a los hombres para que me adoren...”. Lo que es curioso, es que incluso cuando él pronunciaba estas palabras inspiradas, nadie nunca tuvo la tentación de atribuírselas. La gente que le era hostil decía que era un impostor pero nunca le pasó la idea de decir que se hacía pasar por Dios. Tiene razón: él no fue nunca nada más que un canal.

Me sorprende a menudo este doble lenguaje de los Evangelios. El Cristo se presenta a veces como hombre y a veces como Dios.

De hecho, no se presenta jamás como Dios. Cuando se le pregunta si él es el Mesías, responde: “Tú lo has dicho”. Chouraqui dice que es un contrasentido y que esto quiere decir: “Eres tú quien lo dice, no yo”.

Algunos piensan que se hace una confusión entre el Jesús histórico y el Cristo universal y que esta confusión es la base de numerosos problemas. Quieren ver al Cristo como un hombre que, poco a poco, fue llenado de Dios al punto de convertirse en divino. Así todas las contradicciones se explican y se resuelven por sí mismas.

Un hombre totalmente realizado como Jesús no es más que el gran Ser. Es así como Al Hallaj pudo decir: “Yo soy Dios”. Él quería decir que estaba hasta tal punto henchido de lo Divino que su vida ya no existía.

¿No podría decirse también que se trataba quizá de una intensa nostalgia: el recuerdo de un estado que hemos conocido y al que aspiramos volver a encontrar?

Como sabe, el *Mathnawî* comienza por un canto muy nostálgico: “Escucha la flauta de caña” en la cual Rûmî se queja de la separación:

“Desde que fui cortada de mi cañaverl natal
aspiro a reunirme con él.
Tengo un corazón desgarrado por la sed,
por la nostalgia...”

Ud. me preguntó cómo el libro de Iqbal había podido desencadenar en mí tal conmoción. Diría que fue un recordatorio. Para mí, el descubrimiento del Islam fue como un reencuentro.

El único país en el que me siento en mi casa, no es París donde no soy más que una turista maravillada. Tampoco es Grecia donde sin embargo me siento como pez en el agua porque amo mucho los pensadores griegos de la Antigüedad y los griegos de hoy en día. El único país en el que me siento realmente en casa, es Turquía. Cuando llego, soy como un gato que encuentra su hogar.

Reconozco los olores y la gente me interpela en la calle para preguntarme por donde ir. Me toman por una turca y tengo aspecto de tonta cuando les respondo. Realmente me siento como en mis país.

¿En Konya o en toda Turquía?

En toda Turquía y en Konya más que en otra parte. Hay una especie de clima... Me pasó una cosa que es realmente rara, aunque no prueba nada. Una de mis amigas egipcias me llevó un día a casa de una vidente. Era una campesina analfabeta que, desde mi llegada, me miraba con aire divertido. No hablaba mucho el árabe entonces, pero pudimos entendernos pues ella sabía algunas palabras en inglés. Tomé nota de todo lo que me dijo. Era más o menos así:

“¡Ah! ¡Qué curioso! La veo en un país donde no hay coches, ni trenes, ni aviones sino caballos o mulas. La veo caminar. Hace grandes rutas a pie. ¡Caramba! ¡Cuánto camina! ¡Y qué nombres tan raros hay en ese país! ¡Espere! Veo Ko, Ko, Ko....”

Le pregunté si no se trataba de Konya y me gritó:

“¡Si, si, es eso! La veo sentada al lado de un maestro y lo que es extraño, es que Ud. oye sus palabras. Las oye aún en el presente, pero es en otro idioma”

Habíamos ido a ver a esta mujer para divertirnos un poco, pero confieso que me sorprendió. Estoy de acuerdo con Ud.: eso no prueba nada. Es posible que sea una inmersión en el inconsciente colectivo o no sé que, pero es realmente curioso.

Lo que es sobre todo curioso, es que ¿No había tenido ya la impresión desde el principio de estar en su casa en Konya y en el Islam?

Estoy dudando en decirle lo que voy a decir ahora, pues le voy a dar la impresión de ser vanidosa

cuando no es nada. Aprendí el persa pero no lo comprendo tan bien como el francés o el inglés. Ahora bien, a menudo en Konya, Ankara o Estambul, he tenido que hacer microfilms de textos de Rûmî. No es fácil pues a veces hay agujeros en el texto. Va bien cuando se puede restablecer el sentido por el contexto, pero no siempre es el caso. Para darle un ejemplo, se puede leer: “El Maestro ha soñado ...” y ahí hay una palabra absolutamente ilegible. El Maestro puede haber soñado lo que sea, flores, ángeles, pescados... Imposible de saberlo. En casos parecidos, he tenido a menudo que pedir consejo a gente iraní, profesores de facultad o especialistas en Rûmî. Y bien, cuando me daban su explicación, frecuentemente, no estaba de acuerdo. No sabía muy bien por qué, pero era así. A veces mis amigos se reían gentilmente de mí. Me decían que era un poco caradura y que, después de todo, no hablaba el persa tan bien como ellos. Me obstinaba sin embargo y muy a menudo les veía volver mas tarde para decirme:

“Ud. tenía razón. Hemos encontrado un manuscrito que lo prueba”.

Una de mis amigas me dijo un día: “Es curioso, tu no sabes el persa tan admirablemente pero hay en ti, una especie de adivinación”. Ella tenía razón: frecuentemente, cuando me prestan un nuevo manuscrito y hay una palabra dudosa, la restablezco. Tengo la impresión de que siempre la he sabido.

Habría que preguntarse si eso no viene de otra vida

¿Quién puede saberlo?

Sería estupendo si Ud. hubiese sido una discípula de Rûmî sentada a sus pies.....

Cuando hice mis primeros pasos en el Islam después de la lectura del libro de Iqbal, piense que no fue fácil. Había sido educada en la religión católica por una abuela de origen anglicano. Tenía un marido judío. Tenía el sentimiento de hacer una locura y a veces estaba desamparada pues no tenía a nadie que me guiara. Pedía en mi oración: ”Dime lo que debo hacer. Envíame una señal...”.

Esta señal, la recibí en forma de un sueño. Soñé que estaba enterrada y, por una suerte de desdoblamiento, veía mi tumba, una tumba como no había visto nunca y sobre la cual estaba mi nombre, Eva, estaba escrito en caracteres árabes o persas, que decían Hawa. Aquello me pareció extraño y, aún durmiendo, me decía: “Pero vaya, no estoy muerta” Para persuadirme mejor, movía los dedos de mi pie.

Al despertar, recuerdo haberme dicho: “¡Bien! Pequeña, pedías una señal y aquí la tienes: serás enterrada como una musulmana”.

Olvidé este sueño y sin más continué mi camino en el Islam. Quince años más tarde, hice mi primer viaje a Estambul. Allí encontré a uno de los derviches giradores que había hecho venir al Teatro de la Ville hacía algunos años con el acuerdo de la U.N.E.S.C.O.

Era arquitecto de profesión, pues, como ya sabe sin duda, los derviches, lejos de ser monjes, llevan la vida de todo el mundo, tienen familia y carreras. Este amigo me dijo: “Ud. que se interesa tanto por Rûmî, debería venir a ver los trabajos que estoy dirigiendo en una antigua mansión de retiro de derviches que ahora es un museo”. Fui y tuve que marchar por un montón de escombros, basura y hierro oxidado. Mi amigo me tuvo que dar la mano y trepamos por todo aquello. La gran verja estaba rota y había al fondo de una especie de patio un pequeño pabellón que los obreros estaban restaurando. Estaba un poco inquieta, confieso que pensaba en no fracturarme los pies o de no torcerme el tobillo, cuando de repente, mi corazón dejó de latir. Justo delante de mí, vi la piedra de la tumba con la que había soñado. Exactamente la misma a aquella salvo que mi nombre no estaba

grabado en ella.

Pregunté al arquitecto: “¿Qué es esa piedra extraña?” y me respondió que era una piedra sepulcral de mujer. “Lo que estamos haciendo aquí es - añadió - retirar el cementerio de mujeres que fueron, en vida, discípulas de Rûmî y que quisieron ser enterradas aquí. Este cementerio fue dejado al abandono durante siglos. Vamos a pasar el bulldozer y poner flores en su lugar.

Algunos años más tarde, este nombre de Hawa visto sobre la tumba fue el mío de una forma oficial. Cuando quise hacer la peregrinación a La Meca, fui a pedir el salvoconducto necesario a la universidad Al-Azhar. Fui a dar con un Sheij que me conocía y me preguntó: “¿Cómo se llama en el Islam?”. Le respondí que no tenía nombre musulmán y él me afirmó que necesitaba tener uno. Era tan autodidacta que ni lo sabía. Estaba avergonzada y fue él quien encontró la solución: “Ud. solo tiene - me dijo - que tomar su nombre Eva islamizándolo. Después de todo, es un nombre coránico.” Es así como de Eva me convertí en Hawa. Hawa, es el mismo nombre que había visto en mi sueño de la tumba.

Ya ve, todo parece conjugarse para hacer de mí una musulmana. Incluso en los principios, tenía el sentimiento de que conocía, sin haberlas aprendido, las costumbres del Islam. Hay una, por ejemplo, que pide no tirar nunca en una papelera un papel sobre el cual se haya escrito el nombre de Dios. Si hay que desembarazarse de él, se quema. Cuando me hice musulmana, yo actuaba así sin saber por qué. Supe más tarde que era la regla.

Hay además sobre este tema una historia sufi muy bonita. Es la historia de un tipo muy malo que pasaba su tiempo bebiendo y persiguiendo a las chicas. Era realmente la vergüenza y el escándalo de la vecindad. Un día que atravesaba el mercado, medio ebrio, vio sobre el suelo un pedazo de papel sobre el cual estaba escrito el nombre de Dios. Lo recogió y se dio cuenta que estaba manchado de barro. Aquello le dolió y, una vez en su casa, hizo lo posible para limpiarlo. Como no tenía agua, lo frotó contra un pequeño trozo de musgo que había recogido. La noche siguiente, tuvo un sueño en el curso del cual Dios le dice: “Has perfumado mi nombre, yo perfumaré tu corazón”. Tras ello, aquel granuja desenfrenado se convirtió en un gran santo.

Bastante antes de conocer esta historia, por instinto, no podía soportar tirar un papel o un periódico sobre el cual estuviese inscrito el nombre de Dios. Y era lo mismo para todo: sabía que había que hacer como si hubiese sido educada en el Islam. Recuerdo que un día, tras una conferencia, unos monjes vinieron a verme para decirme: “Ud. que conoce tan bien los místicos cristianos ¿Por qué ha elegido el Islam?” No pude más que responder: “No lo sé, pero se que no podría ser de otra forma”.

¿No es difícil adaptarse a los ritos de una nueva religión?

Como sabe, en el Islam, los ritos se reducen a su más simple expresión. Ni siquiera he tenido necesidad de hacer registrar mi conversión. Es suficiente con decir ante Dios y con toda sinceridad: “Atestiguo de todo corazón, de todo espíritu que no hay más divinidad que la Divinidad”.

Eso todo creyente puede decirlo, no importa su tradición.

Es verdad, pero hay que añadir además: “Atestiguo que Muhammad es su Profeta”. Insisto en el hecho que no se trata de adorar a Muhammad. Reconociéndolo como profeta, se reconoce de hecho a todos los otros puesto que él es su continuador.

¿Entonces se reconoce también a Jesús?

Si, pero en tanto que profeta y no como hijo único de Dios. Allí esta la gran diferencia entre el

cristianismo y el Islam.

Es una lástima que tantos hombres se hayan matado por ese punto en la doctrina.

Estoy de acuerdo con Ud. Le confieso que, personalmente, reconociendo Muhammad como un profeta, no tuve la impresión de renegar de nada. Puedo continuar creyendo en la misión de Jesús y en la Virgen María. Simplemente tuve la sensación - discúlpeme esta expresión un poco grosera - de poner de lado la "charlatanería teológica".

¿Qué entiende Ud. por eso?

Esa forma que tiene los teólogos de pasar su tiempo hilando muy fino, de discutir sin fin sobre las relaciones entre las tres personas de la Trinidad. Todo eso me exaspera hasta tal punto ... Pero, cómo quieren que reniegue del mensaje del Cristo. No puedo.

Además, si se es sincero, no hay necesidad de convertirse. Todo creyente puede ser musulmán en el sentido más amplio de la actitud de espíritu. Es suficiente con ser sumiso a Dios. Esta sumisión, este abandono de todo el ser a la voluntad divina ¿No es acaso el eje común de todas las religiones?.

Todo cristiano puede decir la primera parte de la fórmula de conversión pero seguramente no la segunda.

No, puesto que implica, sin embargo, reconocer que el mensaje traído por Muhammad es un mensaje auténtico. Un mensaje que no admite que Jesús sea el hijo único de Dios puesto que a los ojos del Islam, Dios no puede tener hijos. Pero en tanto que musulmana, puedo pensar que Jesús es una persona completamente habitada por lo Divino. Si él no es Dios, el Absoluto, creador de las galaxias, sin embargo no por ello él no está menos lleno del Espíritu divino.

Ya sabe, si hay una diferencia de dogma entre el cristiano y el musulmán, hay también malentendidos de lenguaje que son seculares. Es muy importante. Me gustaría volver sobre la famosa expresión de "Madre de Dios" porque me ocurría, cuando era cristiana, que la pronunciaba sin muy bien saber que decía. Si eso quiere decir Madre de Jesús o inclusive Madre del Cristo, sí. ¿Por qué no? Pero si ello quiere decir Madre de lo Absoluto, Madre del Creador, entonces es absolutamente otra cosa.

Tome la expresión: "Hijo de Dios". Se nos dice que es una persona de la Trinidad ¿Pero que hay que entender por la palabra Persona? Se puede discutir hasta el infinito. Una persona, es un individuo, un ser separado, bien distinto de otros individuos. ¿Hay que hablar de personas separadas o de atributos de un mismo Dios?

Lo mismo cuando Ud. dice: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso..."

Eso es. Estas cualidades son atributos del mismo Dios. Pero hablar de personas, eso quiere decir hablar de entidades diferentes y eso, los musulmanes no pueden admitirlo. Como no pueden admitir, en el Credo, que Jesús "está sentado a la derecha del Padre". Cuando se está situado a la derecha de alguien, incluso cuando se toma en sentido simbólico, es que se está separado de la persona cerca de la cual se está. Por lo tanto es distinto.

Todo el problema está aquí, Todo depende del sentido que Ud. le da a la palabra "Persona". Puedo conocerle en tanto que Jean-Pierre, en tanto que escritor, en tanto que mi amigo, esos son atributos de su persona. Eso no quiere decir que Ud. sea tres hombres. Si Ud. dice en árabe: tres personas, quiere decir tres señores. A veces hablo con amigos musulmanes y debo defender esta visión de la

Trinidad, pero inmediatamente, ellos exclaman: “¿Ha visto la fachada de Vézelay?. Está el Dios Padre, el Dios Hijo y el Dios Espíritu Santo. Y mire ciertas miniaturas de la Edad Media: verá en ellas un Dios barbudo con una corona, que sostiene al niño Dios sobre sus rodillas, el cual abraza en su seno una paloma representando el Dios Espíritu Santo”.

Está el icono de Roublev.

Si, pero hay no obstante, antropomorfismo.

Pero eso no es importante.

Si, es muy importante porque con eso se abre su tumba.

Si, pero lo más importante, es que un sufi, un monje cristiano o un lama tibetano tienen, bajo formas diferentes, la misma experiencia de Dios. No puede haber dos experiencias de Dios..

Ciertamente, pero el lenguaje que separa es un lenguaje inútilmente separador.

Es un lenguaje inútil a secas.

Si Ud. quiere, pero cuando se dice: “No hay más dios que Dios”, eso no induce a error. Ud. no puede impedir que para un hombre de una tradición no cristiana, cuando se habla de tres hipóstasis, eso quiera decir tres Dioses. Tanto más cuando se los representa a los tres separados y se les hace actuar de forma diferente. Cuando se dice que Jesús está a la derecha de Dios de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, esto quiere decir que él es distinto a su padre. Esto crea al menos una dualidad.

Y además, lo confieso, la presunción de ciertos teólogos me exaspera a veces. Cuando no sabemos si es realmente un trozo de azúcar o un trozo de pan, ellos disertan interminablemente sobre las relaciones que existen entre las personas de la Trinidad.

Pero todo esto desaparece si se considera que la Trinidad, son tres aspectos, tres atributos de un mismo Dios.

Naturalmente, pero el lenguaje es muy decepcionante porque “Persona” no quiere decir aspecto. Si digo que Rachel es una persona amable, eso no quiere decir que ella es un aspecto. Pienso que hay malentendidos fundamentales.

¿Y Ud. lo ha creído desde un principio?. ¿Todo esto que nos acaba de decir, es que lo sintió muy fuertemente desde su descubrimiento del Islam?

Lo sentía antes. He tratado mucho San Juan de la Cruz quien está muy marcado por el pensamiento árabe y me encontré con su “Nada, nada”, es una teología negativa; pero me aterroriza el riesgo constante de antropomorfismo. Evidentemente, hay la dificultad inversa en el Islam porque el hombre está solo ante Dios. “Solo ante el Unico” como dice Plotino. No hay nada a que asirse y esta soledad de cara al Absoluto puede ser a veces difícil de vivir.

Pero Muhammad ¿No se aferran quizá un poco a él?

Tampoco, porque está prohibido orarle. Además está prohibido rezar a santos. Se reza por los santos o incluso por el Profeta. Se piensa que la santidad de Dios es tan grande que inclusive si el Profeta es un hombre santo, está infinitamente lejos de ser tan santo como Dios.

Pero aún así ¿No se le puede pedir que nos ayude en esto o en lo otro?

Sin duda se hace en la práctica. Hay una superstición para todo. En la oración ritual, se puede rogar por el Profeta: “Oh mi Dios, bendice a tu servidor Muhammad...” pero jamás, jamás, se debe orar al Profeta. La santidad de Dios es tan inconcebible que un hombre, por muy santo que sea, no se le acerca. En el Islam ortodoxo, no hay intercesores.

Ud. habla con tal tranquilidad de espíritu, es tan tranquilizador estar cerca de Ud. sin embargo, ha debido tener dudas e incluso luchas en el momento de su entrada en el Islam.

Ya le dije: hice tres años de exégesis para decidirme con todo conocimiento.

Incluso fui a ver a un obispo. Un día, Louis Massignon, a quien considero como mi maestro, me dijo: “Si tal es su elección, apruebo su entrada en el Islam, pero desearía no obstante que antes de hacerlo, fuese a hablar con mi amigo Monseñor Nédoncelle, quien es obispo de Estrasburgo”.

Todo lo que me decía Massignon era para mí palabra de evangelio y fui a ver a su amigo. Fui tranquilamente, puesto que él era partidario de una reconciliación entre los anglicanos y los católicos. Esto me tocaba en mayor medida ya que mi bien amada abuela era anglicana de origen.

Y aquí me ve delante del obispo que me acogió con mucha bondad. Me escuchó con gran atención y luego me dijo: “Comprendo que, honestamente, Ud. no pueda seguir siendo católica, pero puesto que su abuela era anglicana ¿Por qué no se hace protestante? Es incluso un trastorno menor que hacerse musulmana”.

Le respondí de todo corazón, Ud. sabe, esas cosas que se dicen porque surgen y explican realmente tu pensamiento más profundo. Exclamé: “¡Pero Monseñor, eso sería demasiado fácil!”. Me miró por largo tiempo y me dijo: “Comprendo. Ud. tiene razón: haga lo que desea”. Hace treinta años de eso.

Me pregunté por qué había pronunciado esa frase inesperada. ¿Por qué si hubiese sido más fácil hacerme protestante? Haciéndome protestante, me daba el derecho a elegir, lo que era muy importante en mi opinión, pero al mismo tiempo, me daba la sensación de picotear aquí o allá, de tomar lo que me gustaba y dejar el resto. Así es que entrar en el Islam era realmente un compromiso de todo mi ser.

Esto debió ser un choque para aquellos que la querían, para su marido y sus padres.

Para mi marido no, realmente. Le era indiferente, pero sabía respetar la diferencia. Es más o menos como si yo le hubiese dicho que iba a aprender chino. Mi padre vivía todavía pero las cuestiones religiosas no eran para él muy importantes. Por el contrario, perdí amigos. Sin duda aquellos que no me querían tanto. Los otros siguieron fieles. Mejor para mí.

Si alguien viniese a verla diciéndole que desea convertirse al Islam ¿Le animaría?

No necesariamente. Eso depende. Hace tiempo. Por ejemplo, recibí a un joven que regresaba del Yemen donde era cooperante. Me dijo: “Señora, vengo a verla porque asistí a una de sus conferencias. Adoro el mundo árabe. Yo, que fui educado en un medio de banqueros del distrito XVI, me recibieron en el Yemen en una tienda...”. Me habló del cielo estrellado, del silencio del desierto, de la hospitalidad y terminó diciéndome:

- “Naturalmente, quiero hacerme musulmán. ¿Qué piensa?”

- Puesto que me lo pregunta, se lo desaconsejo vivamente.
- ¿Es Ud. quien dice eso?
- Si. De acuerdo, los yemenitas son encantadores, tocan una hermosa música bajo un cielo estrellado, pero no es suficiente. Entrar en el Islam, significa una larga ascesis. Primero debe prepararse.”

Esta palabra “conversión” que se emplea a cada paso, no me gusta nada. Tanto más cuanto hay tantos caminos como individuos. Para algunos, es un flechazo, para otros, el itinerario con dos pasos adelante y uno hacia atrás que fue el mío durante mucho tiempo.

Tengo unos muy buenos amigos, por ejemplo, que conocieron el flechazo. Cuando llegaron al Cairo, entraron en una mezquita y tuvieron la sensación de que el techo se les caía sobre la cabeza. Aún hoy, son incapaces de decir por qué, los dos juntos, rompieron a llorar. Se convirtieron en fervientes musulmanes

Otros amigos conocieron un itinerario más arduo y a menudo francamente difícil.

Poco importa el camino. Lo esencial es llegar a la meta.

Capítulo 4

Hace ya rato que hablamos y nos sorprende constatar que el nombre de su querido Rûmî no ha aparecido mas que en raros instantes en nuestra conversación. Sin embargo, jugó un gran papel en su descubrimiento del Islam y en su vida interior. ¿Cómo lo descubrió?

Cuando leí el libro de Iqbal, del cual hemos hablado extensamente, me intrigó constatar que citaba sin cesar a aquel que llamaba su Maestro, Djalâl-od-Din Rûmî. Nunca había oído pronunciar ese nombre y me repetía sin parar: “¿Pero quién es este señor?”. Me precipité a la Biblioteca Nacional, a Lenguas Orientales y a las bibliotecas especializadas. Supe que se trataba de un místico del siglo XIII, pero me fue difícil saber más pues no había la menor traducción francesa de sus obras. Descubrí algunos textos en inglés traducidos por Nicholson y algunos poemas traducidos en lengua alemana. Nada más, pero lo que leí me pareció tan sublime que decidí obtener un diploma en persa clásico para poder hacer conocer estos tesoros a Occidente. Tras estos tres años de estudios, me pude poner a trabajar.

Cuanto más avanzaba, más me asombraba por lo que descubría. Rûmî vivió en el siglo XIII, es decir, era un contemporáneo de San Francisco, al cual se le parecía en muchos aspectos, por su amor a la poesía, a la naturaleza, a los animales, a los pobres... Era mal visto por la gente de bien porque iba a consolar a las prostitutas. Decía que su única labor era despertar las almas dormidas. Su inmensa obra poética no tuvo otro fin y su gran obra es, sin duda, el Mathnawî del cual acabo de terminar la traducción íntegra y que es todo un universo.

Fue también un gran pensador. Dese cuenta: en pleno siglo XIII, enseñaba que si se cortaba un átomo, se encontraría un núcleo con planetas girando a su alrededor. Tuvo también la presciencia de la extraordinaria energía contenida en estos átomos, anunciando que había que prestar mucha atención de no provocar un choque que podía reducir el mundo en cenizas. También habló mucho sobre la evolución.

Lo que es aún más extraordinario y que me sorprendió muchísimo, es que decía: ”Sobre este

pequeño planeta Tierra, que no es más que un pequeño rincón del universo (y en absoluto el centro del mundo como se creía en la Edad Media) todos los seres humanos se someten a la influencia de los astros. La luna influye sobre la fecundación de las mujeres, sobre las mareas, mientras que el sol influye sobre la vegetación.”

Se tenía ya, en sus tiempos, una buena idea de la influencia de la Luna.

Si pero él añade, y se lo traduzco literalmente del persa: “Lo que se sabe menos, es que el gesto más ínfimo de un hombre sobre esta tierra se percibe en los sistemas solares pertenecientes a galaxias aún no descubiertas”

Cuando traduje esto, me pellizqué para preguntarme si no soñaba y recordé que un día, mientras tomaba un café en Fez con Olivier Costa de Beauregard, éste me decía: “Sabe, querida amiga, nosotros los físicos de puntera, si dijéramos al público lo que descubrimos, nos tomarían por locos. Por ejemplo, si Ud. toca su taza de café, Einstein afirma que su gesto se percibe en otros sistemas solares.” Tuve un pequeño vuelco de corazón recordando que Rûmî había dicho la misma cosa en el siglo XIII.

Se entusiasmó tanto que consagró una gran parte de su vida a traducir sus obras.

En efecto, creo que he traducido poco más o menos todo. La aparición del Mathnawî es para mí un acontecimiento.

Quizá vamos a ser un poco indiscretos pero nos gustaría comprender mejor la relación que tiene con él.

Es un poco como una relación de discípulo y maestro. ¡Es de tal estatura, de tal dimensión; su mensaje es tan grande!

Pero a un maestro, se le habla, se le pide consejos, directrices. ¿Se puede realmente tener una relación vital con un maestro que vivió hace tanto tiempo?

Esto depende no del maestro sino del discípulo. De la naturaleza misma del discípulo.

¿Irábamos demasiado lejos diciendo que Ud. le consagró su vida?

Le consagué mi vida porque pensaba que su mensaje era tan urgente y tan universal. Un mensaje de amor que retoma los valores más esenciales del cristianismo y del Islam, sin renegar de nada, y dándole una dimensión de hecho, fraternal y ecuménica. Uds. no encontrarán en él el menor dogmatismo y esto me pareció una cosa de una enorme importancia.

¿No se siente un poco huérfana ahora que ha terminado la traducción de sus obras?

Tras este alumbramiento, creo que voy a retomar su lectura con otros ojos. No el de los la traductora.

Sabe, cuando se hace un trabajo de traducción que es bastante difícil, uno se ciñe al texto, uno se pregunta si tal palabra es o no es la palabra justa. Me alegro ahora de poder tomar un poco de distancia y posar en él otra mirada.

¿La mirada del discípulo más que la del traductor?

Exactamente.

No tenemos la intención de contar aquí su vida en sus mínimos detalles. Sin embargo necesitamos señas biográficas, sería solamente saber lo que, en él, le ha sorprendido más.

Nació en Balkh en Afganistán. Su padre era un teólogo tan celebre que se le había apodado “el sultán de los sabios”. También era un hombre de una precognición nada ordinaria, puesto que tras una revelación, dejó Balkh con su familia justo antes de que la villa fuera destruida por completo por los mogoles.

Así pues, helos aquí lanzados a una vida errante que les lleva primero a Nichapur donde conocen al celebre poeta ‘Attar, que Rûmî considerará pronto, como uno de sus maestros.

Tras una estancia en la Meca, llegan a Turquía y se detienen en Konya, la antigua Iconium de San Pablo, que se encontraba entonces bajo la dominación de un sultán seldjuk, mecenas muy abierto y muy liberal. Amigo de las ciencias y de las artes, había salvado de la destrucción numerosas esculturas antiguas que aún hoy en día se pueden ver. Sabiendo que el viajero que acababa de detenerse en su dominio era un gran sabio, le invitó a continuar su trabajo de predicación en Konya y le dio también un colegio donde pudo enseñar hasta su muerte. Como es natural, Rûmî tomó automáticamente el relevo.

¿Ya era un gran místico?

Aún no. Por entonces era más bien un jurisconsulto muy sabio, al mismo tiempo, claro, que un hombre muy piadoso, muy espiritual. Sabemos que tenía muchos estudiantes.

Sin embargo vivió a la edad de siete años una experiencia premonitoria extraordinaria que nos cuenta Aflaki. Cuando estaba haciendo la plegaria de la mañana, leyó el capítulo del Corán que comienza por estas palabras: “En verdad, te hemos dado el Kauzar...”-

“Yo lloraba, contará más tarde, cuando de repente, Dios, en Su misericordia infinita se reveló a mí, de modo que caí desvanecido. Cuando volví en mí, oí una voz misteriosa que me decía: “¡Oh Djalal-od-Dîn! Por la diestra de Nuestro Esplendor, te ordeno que de aquí en adelante no hagas esfuerzos, porque hemos hecho de ti un lugar de contemplación.”

De esta experiencia extraordinaria, Rûmî sacaría más tarde esta conclusión:

“En agradecimiento a este favor, yo rindo servicios hasta el extremo y me esfuerzo en cumplir esta frase del Corán: “¿No seré yo pues un servidor agradecido?”, en la esperanza de poder hacer conseguir a mis compañeros la perfección del éxtasis.”

¿Era entonces, desde su infancia un verdadero místico?

Sin duda ya había aflorado por el éxtasis, pero la gran revelación, aquella que hará bascular su vida, data de su encuentro con Shams de Tabriz.

Un día que salía de su colegio, montado en su mula y rodeado de numerosos estudiantes, fue parado por un derviche errante, un cierto Shams de Tabriz, que le hizo una pregunta al oído, pregunta sin duda tan extraordinaria que Rûmî descendió de su mula, tomó a Shams de la mano y lo arrastró tras él. Los dos hombres se encerraron por un largo retiro a la salida del cual

No nos ha dicho cual era la pregunta.

No se sabe. Hay muchas hipótesis, pero ninguna certeza. Sin duda se trataba de una pregunta de orden completamente místico. Lo cierto es que al salir de su retiro, Rûmî pronunció esta famosa frase:

“Mi vida se ha basado en tres estados: estaba crudo, fui cocido, luego calcinado.”

Una imagen que retomamos mas tarde en Maestro Eckhart y Simone Weil, ya que es cierto que los místicos auténticos conocen la misma intuición fulgurante, la misma transmutación del alma pasada por el crisol del amor divino.

Pues, es en aquel momento, que Rûmî toma consciencia realmente del amor divino.

¿No podría mas bien decirse que es en aquel momento, cuando se instala en él el amor divino?

Si lo prefieren. Este hombre tan sabio se convirtió en el humilde discípulo de este derviche errante del cual nadie había oído hablar. Vivieron juntos mucho tiempo, lo que no gustó mucho a los discípulos de Rûmî que no cesaban de repetirle: ”Pero vamos, tú eres bello, elegante, instruido, cultivado, eres un gran maestro. ¿Por qué estás como un perro pequeño ante este hombre rudo y desaliñado?”. Shams sufría esta hostilidad. Un día, tuvo suficiente y sin decir nada, partió para Damas.

Rûmî se mostró tan desesperado que su hijo, Sultan Valad, se precipitó hacia Damas desde donde se trajo a Shams montado sobre su caballo mientras que él, Sultan Valad, marchaba a pie delante suyo.

La vida volvió a ser como antes pero por desgracia no por mucho tiempo, puesto que, un día, Shams desapareció. Se desvaneció en la naturaleza y nadie jamás encontró su pista. Tenemos motivos para pensar que fue asesinado por los discípulos de Rûmî.

Inútil decir que este último se mostró inconsolable. Sobre la puerta de la celda donde había vivido Shams, cuyo nombre significa “Sol”, escribió este poema:

“Yo era nieve, en tus rayos me fundí;
La tierra me bebió, niebla del espíritu,
Asciendo hacia el sol.”

Un día, finalmente, comprendió que su maestro vivía en él, que él ya no era, que no se separaría jamás de él y salió de su desesperación.

Dice: tenemos motivos para creer que Shams fue asesinado. ¿Sobre qué se basa para afirmarlo?

Es una larga historia y por el momento, tan extraña que dudo en contársela.

Primero es necesario que les hable de la mezquita de Shams en Konya. No es que sea muy bonita. Además, no es de la época. Ahora, en esta mezquita donde hay un túmulo vacío, pasan cosas extrañas.

La primera vez que entré, en 1969, me sentí terriblemente mal, como si fuera a caer en redondo. No comprendía por qué y como soy básicamente materialista, me dije: “Debe ser porque aún no he tomado mi desayuno”. Una vez fuera, tuve la sorpresa de sentirme perfectamente bien. Hice varias veces la experiencia y cada vez, el malestar volvía.

De camino hacia mi hotel, encontré unos derviches que conocía y uno de ellos me preguntó: "¿De donde vienes con esa cara de muerta?". Le expliqué lo que acaba de vivir y no pareció sorprendido. "¡Ah bueno!, me dijo, es algo totalmente normal". No quiso decirme nada más.

Una segunda historia también bastante curiosa, me pasó hace mas o menos seis años. Recibí un día una llamada telefónica del Padre Poncet, un dominicano brusco, gran viajero y que conocía Turquía como la palma de su mano, al punto de organizar viajes para la Procura.

"Mi querida amiga, me dijo, estoy contrariado: debería partir pasado mañana para Konya pero no puedo moverme. Tengo 40 grados de fiebre y nadie puede reemplazarme. ¿Querría Ud. partir en mi lugar?. No tendrá que hacer en absoluto de guía porque ya hay uno previsto. Lo único que le ruego, es que, por la noche, vaya un poco al fondo de las cosas con el grupo que está compuesto sobre todo de universitarios."

Acepté en el acto y ya me ven partiendo con un grupo muy simpático de universitarios mas bien agnósticos, a excepción de una pareja de católicos que, al principio, me parecieron un poco tradicionales. Hacia muy buen tiempo cuando llegamos delante de la mezquita de Shams. No había ni una hoja de árbol que se moviera. Entramos en la mezquita y, de repente, nos pilló una especie de torbellino, un poco como un golpe de mistral sobre la Canbière. Dimos bandazos, nos abrazamos los unos a los otros hasta el punto de que apenas podíamos tenernos en pie. Había realmente de qué tener miedo puesto que no había ninguna ventana abierta. Miré por la ventana y vi que los árboles estaban perfectamente tranquilos.

Tiempo después, recibí una llamada de uno de mis amigos que fue por mucho tiempo el conservador del museo de Rûmî y que era ahora Ministro de Cultura en Turquía. "Sabe, me dijo, hemos encontrado el cuerpo de Shams. Hemos hecho trabajos en la mezquita y, en una excavación muy honda hemos descubierto un esqueleto que no puede ser otro que el suyo". Recordé aquel increíble torbellino que nos había pegado los unos contra los otros encima del mismo lugar donde reposaba el esqueleto.

Ya saben: hay lugares que están cargados sin que se sepa muy bien por qué. El pozo que se encuentra en la catedral de Chartres por ejemplo, el lugar donde vivió el Maharshi, el Balsamo Santo, .. Para gente que, como yo, somos bastante sensibles, a veces nos es difícil ir allí.

El hecho de haber descubierto su esqueleto no nos dice si Shams fue o no asesinado.

No, pero tengo aún otra historia curiosa para contarles sobre este tema.

Hace ya varios años, que me paseaba por Konya, las manos en los bolsillos como una turista cualquiera. Miraba las vitrinas preguntándome que regalos podía llevar a mis amigos, cuando llegué a un perímetro grande como esta habitación, me sentí realmente muy, muy oprimida. Como soy hipoglucémica, tuve miedo de desmayarme, pero una vez salida de aquellos metros cuadrados, me sentí de nuevo bien. Para saber a qué atenerme, hice marcha atrás y me volví a encontrar mal.

Poco tiempo después, aquel mismo amigo, el Ministro de Cultura, me dijo: "Sabe, estamos ahora mas o menos seguros del lugar donde Shams fue atraído hacia una emboscada y luego asesinado.". Me describió el sitio, no lejos del bazar y estaba exactamente allí donde me había sentido mal.

Cuando se reflexiona, no hay que sorprenderse. Creo que las cosas permanecen y que ciertos hechos trágicos marcan los lugares donde se han desarrollado. Podría darle numerosos ejemplos de este tipo y no soy la única.

Háblenos de los derviches giradores y de su danza.

Es Rûmî, quien, en su desespero tras la desaparición de Shams, creó la “Sama”, la danza cósmica sagrada muy característica de la cofradía que fundó. Mas tarde, su hijo, Sultan Valad, la codificó e institucionalizó. El cuenta, en La palabra secreta: “La enseñanza de mi padre era muy esotérica y muy complicada. He intentado explicarla para el gran público.”

Hemos conocido gente que, visitando Turquía, se han decepcionado por la “Sama”. Vieron un espectáculo para los turistas, una danza folklórica.

Desafortunadamente, puede ser el caso. Un día, tras mi llegada a Konya, me precipité a ver una “Sama”. Era un gran gimnasio iluminado por neón y había gente, que, a la entrada, bebía coca-cola mientras que otros intentaban vender pequeños derviches de latón dorado. La “Sama” en sí era muy bella, pero bueno, no era eso. Tenía el corazón oprimido y me fui antes del final.

Cuando entraba en mi habitación del hotel, me sorprendí murmurar, dirigiéndome a Rûmî:: “Realmente, me gustaría ver otra cosa que esta caricatura.” En aquel mismo momento, el teléfono sonó y me dijeron: “Señora, preguntan por Ud.” Dije que no era posible porque no había anunciado sobre mi llegada a nadie, pero la telefonista insistió diciendo que preguntaban por la Dra. Eva. Escuché entonces la voz de uno de mis amigos derviches: “¿Y bien, es así como se nos deja en medio mismo de una “Sama”? Le dije lo que sentía y me respondió: “¿Cree que nos agrada hacer folklore? Venga, vamos hacer una “Sama” para Ud. sola.” Es así como a las dos de la mañana, pude asistir a una “Sama” que era la verdadera danza cósmica querida por Rûmî, la ronda vertiginosa de los átomos y de los planetas.

“Muchos caminos llevan a Dios, decía. Yo he elegido el de la danza y la música... En las cadencias de la música está escondido un secreto. Si lo revelara, conmocionaría al mundo.”

Puede ser que no revelase el secreto pero escribió un cierto número de textos magníficos sobre la danza cósmica. ¿Podría citarnos algunos de los que más le conmovieran?

Hay demasiados. Escuche este poema:

“¡Oh día, despierta!. Los átomos danzan,
Las almas, locamente perdidas en el éxtasis, danzan,
Al oído, te diría hacia donde arrastra su danza,
Todos los átomos en el aire y en el desierto,
Haz de saberlo, son como los insensatos,
Cada átomo, afortunado o miserable,
Está prendado del Sol del cual nada se puede decir”

Nos gustaría pedirle más.

“¿Como no podría el alma emprender el vuelo, cuando de la gloriosa Presencia, una llamada afectuosa, dulce como la miel, llega hasta ella y le dice: “¡Elévate!”?. ¿Cómo no podría el pez saltar inmediatamente de la tierra seca al agua, cuando el ruido de las olas llega a su oído, del océano de ondas frescas? ¿Cómo no podría el halcón echar a volar, olvidando la caza, hacia el puño del rey, cuando escucha el tamborín golpeado por el palillo darle la señal de regreso? ¿Cómo no podría el sufí ponerse a danzar, girando sobre sí mismo como el átomo, al Sol de la eternidad, a fin de que le libere de este mundo perecedero?. Vuela, vuela, pájaro, hacia tu morada natal ya que has escapado de tu jaula y tus alas están desplegadas. Aléjate del agua salobre, apresúrate hacia la fuente de la vida.” (Dîwân).

Vuela pájaro hacia tu morada natal. ¿Hay entonces en el alma del sufi como un recuerdo del Paraíso?

Es un tema muy importante de la mística musulmana y sin duda tendremos la ocasión de volver a ello.

Escuchándola, no nos es difícil comprender su admiración cuando descubrió por primera vez estos textos que, después de ocho siglos, no habían sido nunca traducidos.

La palabra admiración me parece un poco floja. Puedo hablar incluso de estupefacción cuando descubrí que Rûmî conocía el número de planetas que, en Occidente, fue ignorado hasta nuestro siglo. Es, por otra parte, sobre el número de planetas en el sistema solar que determinó el número de los danzantes que tomarían parte en el oratorio espiritual. Siempre son nueve o un múltiplo de 9.

La “Sama” es entonces más que una danza. ¿Podría decirse una liturgia?

Totalmente. Y no solamente la “Sama”, sino la música. Aflâki cuenta que, estando Rûmî escuchando un instrumento que amaba mucho, la llamada a la plegaria se retrasaba. El amigo que estaba con él tuvo que presionarlo para que interrumpiera el concierto.

“No, dijo el Maestro, porque esto también es una oración. Ambas se dirigen a Dios. El desea una exteriormente para su servicio, y la otra interiormente para Su amor y Su conocimiento”.

Dijo también hablando del rebab: “No es solo cuerda seca, madera seca, piel seca sino que es en cierta forma, la voz del Bien Amado.”

Todo le servía de pretexto para ponerse a danzar: el tic-tac de los batidores de oro, el canto del agua sobre la rueda del molino... Estaba siempre al borde del éxtasis, de esa última unión que así cantaba:

“En el origen, mi alma y la tuya estaban unidas,
Ellas eran tu apariencia y tu secreto, mi apariencia y mi secreto.
Sería vano decir “la mía y la tuya”
Porque no hay ni yo, ni tú, entre tú y yo.”

Podría citar lo durante horas.

¡Oh sí! Que quieren, he vivido y vivo con él con tal familiaridad. Piense que he traducido poco más o menos todo lo que él escribió: Las Odas místicas; un libro de enseñanza al cual le di el título de: El libro del interior, los cuartetos y sobre todo los 50.000 versos del Mathnawî, una muy vasta y muy bella teodicea en la cual se siente su inmensa calidad de filósofo, pensador, místico, poeta y de comentador esotérico del Corán.

Ud. insiste mucho sobre su ecumenismo.

Si, porque pienso que en ello, es increíblemente moderno. Sin saberlo muy claramente, es lo que yo buscaba: un ecumenismo que no sea un sincretismo. Pues siempre es fácil tomar un poco del Islam, del cristianismo, del budismo o del hinduismo para hacer una amalgama. Pienso que el verdadero ecumenismo no es en absoluto eso y que cada uno debe ir hasta el fondo de su tradición. Entonces y solo entonces solamente, cuando Ud. haya llegado al centro, encontrará a los otros.

¿Al centro de la rueda?

Exacto. Este símbolo de la rueda es el gran símbolo de los místicos del Islam. Volvamos, para comprenderlo mejor, a esta palabra: aceptación. Si es un lugar donde todas las tradiciones se encuentran, es en la aceptación. ¿No dijo Dante: “Su voluntad es nuestra paz”? Numerosos musulmanes hablan de “sumisión a Dios”. Esta actitud fundamental de abandono, de aceptación, es el centro inmutable de la rueda. Si Ud. se queda en el exterior de la circunferencia, se queda con todos aquellos que creen ser los únicos en poseer la verdad y que, por consecuencia, están prontos a imponer esta verdad por todos los medios. Pero si Ud. va hacia el centro de su propia tradición, entonces llega por fuerza al centro de la rueda y se da cuenta de que este centro, es justamente la aceptación, la sumisión a Dios. Y en su aceptación, Ud. encontrará todos los otros, venidos de todas las tradiciones.

Capítulo 5

Me gustaría que hablásemos un poco de los maestros de Rûmî. Tuvo su padre al principio, tuvo a Shams de Tabriz con el cual mantuvo esa relación mística, pero del cual no sabemos nada más ya que parece haber poco escrito sobre él y no parece haber tenido otros discípulos. A parte de estos ¿Rûmî reconoció otros maestros?

Decía: “Attar fue el alma del misticismo y Sanâ’î fue sus ojos. Yo no hago mas que seguir sus huellas.”

¿Quiénes eran?

Los dos eran maravillosos poetas, lo que no debe ser por azar. ‘Attar, a quien Rûmî conoció en Nichapur cuando huía con su padre de la invasión mogola, es sobretodo conocido por haber escrito El Memorial de los santos donde cuenta la vida de setenta y dos santos y santas sufíes. También escribió El lenguaje de los pájaros que Peter Brook puso recientemente en escena. Toda la historia corre sobre un juego de palabras:

Un día, los pájaros deciden ponerse a buscar un rey. Dicen: “Todos los pueblos de la tierra tienen un jefe o un rey y nosotros, no lo tenemos.” Celebran entonces una solemne asamblea y deciden ir a buscar el Simorgh y darle todo el poder sobre ellos. El Simorgh quiere decir el Fénix. El juego de palabras del que les he hablado, es que en persa, “Si” quiere decir treinta y “morgh”, ave.

He aquí pues, que nuestras aves están en camino. Atraviesan países enteros, valles, entre los cuales está el celebre valle del Amor. Un poco por todas partes van dejando las plumas y algunos muertos tras lo que muchas de entre ellas se descorazonan y abandonan. Al final del cuento, cuando llegan al umbral del Simorgh, no son más que treinta.

Llegan al objetivo después de todas estas pruebas. Se encuentran con el chambelán de la eternidad y le solicitan ver al Simorgh pero el chambelán les pasa un espejo y en ese espejo, ellas se dan cuenta que son treinta aves, es decir, que son ellas mismas ese Simorgh que tanto habían buscado. Y la historia termina así: “y desaparecieron entonces como el resplandor de una vela en la claridad del sol.”

Toda enseñanza de Rûmî, como también la de los místicos de todos los tiempos, se encuentra en esta historia ejemplar. Este rey de los pájaros, es decir, la meta de toda búsqueda espiritual, aquella que unos llaman Dios, otros Al·lah, otros el Absoluto o el Atman, está en nosotros, es en lo más

profundo de nosotros donde la debemos buscar. Y cuando la hayamos encontrado no habrá nada más. Todo el resto se desvanecerá.

¿Y Sanâ`i?

Sanâ`i es un gran poeta iraní que vivió aproximadamente un siglo antes que Rûmî. Primero fue poeta de la Corte, se estableció en el Jorasán donde conoció maestros sufíes y escribió poemas místicos que están entre los más bellos de la literatura persa.

Luego se convirtió en un maestro, describiendo su camino así:

“Si preguntas, ¡Oh hermano!, cuales son los indicios de la Vía, te responderé claramente y sin ambigüedad. Debes mirar la verdad y romper con lo falso; debes volver tu rostro hacia el mundo viviente, abandonar las dignidades, eliminar de tu pensamiento toda ambición de gloria y de reputación; inclinarte a Su servicio, purificar tu alma de males y reforzarla con la razón, pasar de la residencia de aquellos que hablan en abundancia a la de aquellos que guardan silencio, viajar de las obras de Dios a Sus atributos y de Sus atributos a Su conocimiento.

“En ese momento, pasarás al mundo de los misterios para llegar al umbral de la pobreza y cuando seas el amigo de la pobreza, tu alma oscura se volverá un corazón arrepentido. Enseguida Dios retirará la pobreza misma de tu corazón y cuando la pobreza no esté más, Dios permanecerá en él.”

Como ven, estamos aquí en el corazón de todo místico. Sanâ`i es igualmente quien, en *El Jardín de las verdades*, escribió esta frase extraordinaria: “Si tu alma no pasa por el viernes de la crucifixión, no llegará jamás al domingo de la resurrección”

¿No es esto acaso la pura doctrina tanto de los maestros sufíes como de los místicos cristianos?

Eso nos lleva a decir lo que es ser sufí.

Las definiciones no faltan.

Hay aquella - célebre - de Abûl-Hasan Nurî: “El sufí es aquel que no tiene nada en su poder y quien a su vez no es poseído por nada”

Está la de Abû Saïd ibn Abîl Khayr a quien se le preguntó en que consistía el sufismo: “Lo que tienes en la cabeza, abandónalo; lo que tienes en la mano, dalo, lo que te suceda, no lo esquives”.

Está aquella de un maestro anónimo: “Aquel que es purificado por el amor, es puro y aquel que es consumido por el Bien-Amado y ha renunciado a todo lo demás, es un sufí”.

De hecho ¿El sufí no es aquel que se ha vaciado totalmente de sí mismo para hacer lugar a Dios? Entonces, él está habitado por entero.

Así es.

Teresa de Avila y Juan de la Cruz no dijeron otra cosa.

Cierto. Pero no hay que olvidar lo que Rûmî repite a menudo: “En realidad, es Dios el que busca”

En el fondo, como he escrito antes, todo se basa en el amor. Dios, se dice en el Corán, está más cerca del hombre que el hombre lo está de su propia vena yugular. Si el místico sabe amar, Lo

descubrirá en su corazón. Dios declara por la boca del Profeta:

“Mi tierra y Mi cielo no me contienen, pero me contiene el corazón de Mi fiel servidor”.

De hecho, para volver a la definición del sufí, puedo, ya les he dicho, darles muchas pero prefiero decir, como Rûmî que es indefinible.

Rûmî ha ilustrado maravillosamente por la parábola del elefante que Uds. quizá conocen, pero que no me resisto al placer de citársela:

“El elefante se encontraba en una casa oscura; unos hindúes lo habían traído para exhibirlo. A fin de verlo, varias personas entraron, una por una, en la oscuridad.

Dado que con los ojos era imposible, cada uno tanteaba en la negrura con la palma de su mano.

La mano de uno se posó sobre la trompa, y dijo: “Esta criatura es como una manguera de agua.”

La mano de otro tocó su oreja; y le pareció que era como un abanico.

Otro, habiendo agarrado su pata, declaró: “Encuentro que la forma de un elefante es como la de una columna.”

Otro puso la mano sobre su lomo y dijo: “En verdad, este elefante es como un trono.”

De la misma manera, cada vez que alguien escuchaba la descripción del elefante, la comprendía según la parte que la mano había tocado.

Según el lugar “visto” sus afirmaciones diferían, un hombre lo llamó “dal”, otro “alif”

Si cada uno de ellos hubiese tenido una vela en su mano, la diferencia habría desaparecido de sus palabras.”

Esto quiere decir que no puede explicar más que lo que ha sentido él mismo y que existen tantas vías como peregrinos.

En otras palabras, que hay tantas definiciones del sufismo como sufíes.

Lo ha comprendido.

En esas condiciones, se puede al menos buscar cuales son los puntos comunes a todos los sufíes e incluso a todos los místicos.

Me gustaría responderle con dos citas extraídas de cartas de Rûmî:

“Aquel que se abandona a Dios, Dios le basta”.

Y:

“No me satisfaría una gota de agua,
es necesario que me lances en tu arroyo”

El abandono entonces. ¿Es lo que los cristianos llaman: el abandono a la divina Providencia?

Si, el abandono, al cual hay que añadir la alabanza que es la consecuencia natural.

Es muy importante dar las gracias. Escuche lo que escribió Rûmî sobre este tema:

“Cuando el Dios, elevado sea, desea hacer descender Su gracia, Su favor, Su liberalidad, Su felicidad de una manera duradera sobre un servidor de entre Sus servidores, le concede la fortuna de devolver la gracia. Si le llegan cien hechos amargos y uno solo de dulzura, él celebra esta dulzura única cien veces, en cien lugares, mientras que no censura ni una vez los cien hechos amargos, a excepción de la amargura producida por la separación de los compañeros de la fe...”

Todo esto nos lleva poco a poco al corazón del sufismo que es, creemos, la búsqueda constante de la Unidad.

Rûmî dijo: “Nuestro *Mathnawî* es la tienda de la Unidad y todo lo que tú veas allí, salvo el Único, es un ídolo”

Podría citarles, en la única obra de Rûmî, cientos de textos sobre la Unidad, sobre la fusión del sufismo y de su Dios. Se trata de hecho de una nostalgia que desgarrar, que provoca al enamorado de Dios querer, por encima de todo, volver a encontrar la Unidad perdida. Fuera de esta Unidad, vivimos en la ilusión.

Me parece escuchar a un lama budista.

¿Y por qué no?. Ellos también conocen esa nostalgia y su lama podría aplaudir a dos manos escuchando recitar este texto de Rûmî:

“Cuando el hombre y la mujer se vuelven uno, Tú eres ese Uno; cuando las unidades se borran. Tú eres esa Unidad.

Tú has moldeado ese “Yo” y ese “Nosotros” a fin de poder jugar al juego de la adoración contigo mismo.

A fin de que todos los “Yo” y “Tú” se vuelvan una sola alma y estén al fin inmersos en el Bien-Amado”. (*Mathnawî*)

También, siempre del *Mathnawî*, estos dos versos admirables:

“Si tú bebes, sediento, agua en una copa, es Dios a quien contemplas en el fondo del agua. Aquel que no está enamorado de Dios, ve en el agua su propia imagen.”

Todos somos como el famoso pilar de la mezquita de Medina. El profeta tenía por costumbre predicar apoyado en ella. Un día, se colocó un púlpito en la mezquita. Al verlo, el pilar se puso a llorar. El Profeta lo rodeó con sus brazos y le preguntó que es lo que deseaba tanto y el pilar respondió: “Mi alma está rota por la separación de ti.”

¡Qué hermoso! Nos gustaría pedirle mas citas e historias. Creo que podríamos escucharla días enteros.

Es verdad que uno no se aburre con Rûmî. Para responder a su petición, aquí tiene dos textos que ilustran perfectamente lo que es para él esta Unidad a la cual aspira con toda su alma.

El primero es del *Fihi-ma-fihi*:

“En la presencia de Dios, dos “Yo” no pueden ser contenidos. Tu dices “Yo” y El dice “Yo”. ¡Bien! O tú mueres ante El o El muere ante ti, para que no haya dualidad. Pero es imposible e inconcebible que Dios muera, pues El es el Vivo, El Inmortal... Entonces como es imposible que El muera, tienes que morir tú a fin de que El se revele a ti y que la dualidad desaparezca.”

¿Y el segundo texto?

Es del *Mathnawî*:

“Una amante pregunta a su amado: “A quién amas tú más: ¿A ti o a mí? “ El respondió: “Estoy muerto para mí mismo y vivo por ti; me he vuelto sin existencia en lo que concierne a mi mismo y a mis atributos y existo por ti, he olvidado mi propio conocimiento y me he vuelto conocedor de tu conocimiento, he perdido toda idea de mi propio poder y me he vuelto poderoso por tu poder...”

Se podría continuar durante mucho tiempo.

¿Es Ud., sin duda, quien ha traducido estos textos?

Si. Todos los textos que les he citado ya están en mis libros, pero me agrada compartirlos con Uds.

Rachel y yo, nos repetimos a menudo este verso del Dîwan:

“Soy tu laúd, eres tú quien toca sobre cada una de mis cuerdas y quien las hace vibrar”.

Les he hablado del papel que jugaron la música y la danza en Rûmî. Continuamente, se compara a un instrumento de música sobre el cual toca el Bien-Amado:

“Somos el arpa y Tú eres quien tocas nuestras cuerdas...”

“Somos la flauta, nuestra música viene de Ti...”

La danza misma, la “Sama” de la cual hemos hablado, no es para el derviche mas que un medio de fundirse con su Dios. Danza como los átomos de la creación.

Confieso que no nos lo creíamos cuando Ud. nos habló de su conocimiento sobre los átomos.

Hay en efecto de qué sorprenderse. Rûmî es el hombre de las intuiciones fulminantes. Todo lo que dice, por ejemplo, sobre la evolución es sorprendente.

¿No lo haría un precursor de Darwin?

Ciertamente él no se explica de la misma forma, pero no deja de tener por ello una visión muy clara de la cadena de la evolución que pasa del mineral al vegetal, del vegetal al animal y del animal al hombre. Que yo sepa, nadie antes que él dijo cosas tan sobrecogedoras sobre este tema. Confieso que me sorprendió descubrir este texto:

“Desde el momento en que vienes al mundo de la existencia, una escala es colocada ante ti para permitirte huir.

Primero, fuiste mineral, después fuiste planta; enseguida te convertiste en animal ¿Cómo lo podrías

ignorar?

Después fuiste hecho hombre, dotado de conocimiento, de razón, de fe;

Considera este cuerpo, sacado del polvo, ¡Qué perfección ha adquirido!

Cuando hayas trascendido la condición del hombre, serás, sin ninguna duda, un ángel;

Así, habrás acabado con la tierra, tu morada estará en el cielo.

Sobrepasa inclusive la condición angélica; penetra en este océano a fin de que tu gota de agua pueda convertirse en un mar...”

En cierta forma, va mas allá de la tesis evolucionista. No se detiene en el hombre. La meta de la evolución para él, si no comprendemos mal, es llegar a un punto en el que nos perdamos en el Infinito ¿Podemos creer en algo así? ¿Cómo podemos tomar consciencia que tal maravilla nos está reservada al final de nuestra ruta?.

El ha previsto su objeción o, si lo prefieren, su incredulidad. El imagina un embrión en el seno materno a quien se le quiere describir el mundo exterior y sus maravillas. Naturalmente, el embrión no podría creerlo. Este poema es ciertamente uno de los más sorprendentes y de los más bellos de Rûmî:

“Si alguien dijese al embrión en el seno materno: Fuera de aquí se encuentra un mundo muy bien ordenado. Una tierra agradable, larga y ancha, llena de delicias y de cosas para comer. Con montañas, mares, planicies, vergeles perfumados, jardines y campos sembrados, un cielo muy elevado y lleno de luz, el sol, los rayos de la luna y de cientos de estrellas; el viento del sur, el viento del norte, el viento del oeste, dando a los jardines la apariencia de banquetes de nupcias y de fiesta.

Estas maravillas están más allá de toda descripción: ¿Por qué permaneces miserable en esa oscuridad? ¿Por qué bebes la sangre en ese lugar estrecho en el seno de la prisión, de los desechos y del sufrimiento?

El embrión, en razón de su presente estado, mostraría incredulidad, se apartaría de ese mensaje y no lo creería.

Diría: “Eso es absurdo, es una equivocación y una ilusión.”. Porque el juicio de los ciegos carece de imaginación.

Siendo que el embrión no ha percibido nada de eso, su incredulidad no escucharía (la verdad).

Lo mismo, en este mundo, el Santo habla a los hombres ordinarios de ese otro mundo, diciendo: “Este mundo es una fosa extremadamente sombría y estrecha; afuera hay un mundo sin olor ni color”.

Ninguna de sus palabras ha entrado en los oídos de ninguno de entre ellos, pues el deseo sensual constituye una barrera enorme y sólida.

El deseo tapa la oreja e impide oír; el apego así mismo tapa el oído y le impide contemplar.

Lo mismo es en el caso del embrión, el deseo de la sangre que es su alimento en esa vil morada le

impide prestar oídos a las noticias de este mundo.”

Esta alegría del más allá, Rûmî no cesa de hablar sobre ella. Es para él el desenlace y no hemos sido creados mas que para conocerlo un día. No para de maravillarse y sus meditaciones le conducen a veces por extraños caminos. Por ejemplo aquel que evoca la gota de esperma que no tiene ni oído, ni inteligencia y a partir de la cual, sin embargo, nace el cuerpo humano tan complejo y tan armonioso. Ayuda al desarrollo de los órganos y al fortalecimiento de la inteligencia. Esta increíble evolución no puede no tener un propósito y ese propósito, no cesa en afirmar, es llegar al cielo cuya “naturaleza es dilatar el alma en el gozo”.

Es así como ve su misión: despertar a los hombres, hacerles comprender que su destino va más allá de esta tierra, que son llamados al Conocimiento y a un futuro radiante del cual no pueden tener ni la más mínima idea.

No hay tiempo que perder y el maestro espiritual está allí para incitar a los hombres a ponerse en marcha sin esperar.

“Si nos dejamos ir hacia el sueño, decía evocando su misión ¿Quién traería remedio a todos esos infortunados dormidos? Siempre los he tomado a mi cargo a fin de pedir a Dios de hacerles llegar a la perfección.”

Pues el hombre está hecho para ser perfecto. Es sin duda ésta la intuición fundamental de Rûmî. Saber que el hombre asciende infinitamente al hombre y que el papel del Maestro, en el fondo, consiste en convertirlo en lo que es. Es un partero que debe poner en el mundo este hombre perfecto que somos todos llamados a ser.

Comprendo ahora por qué nos dijo un día que era el Maestro espiritual perfecto.

Lo era y lo es aún. Retomando una de sus imágenes, él se ve como el servidor que viene a agitar el suero de leche en la mantequera para que el Yo escondido que está en nosotros, que está en todo hombre, pueda liberarse como la mantequilla, o más bien para que la gota de mantequilla se libere del suero.

Capítulo 6

La muerte debió ser para Rûmî como una apoteosis.

Lo fue, En toda Turquía, su aniversario es llamado “La noche de bodas”. Algunos días antes de su muerte, en efecto, a cualquiera que venía a desearle que le volviera la salud, Rûmî le preguntaba:

“Cuando debo reunirme a la eternidad, la noche de mis nupcias ¿Por qué quiere que me quede aquí?”

Dijo también al Scheij Sadr-ud-Dîn quien vino a su cabecera:

“Cuando entre el Amante y el Amado no hay más que una camisa de crin ¿No querría Ud. que la luz se uniese a la luz?”

Murió el 17 de diciembre del 1273 a la puesta de Sol. En Konya, todos los años por esta fecha, tiene lugar una gran danza de derviches, que desafortunadamente, en los últimos tiempos, se ha

convertido en algo un poco folklórico.

Sus funerales debieron ser grandiosos.

Magníficos. Los conocemos bien porque fueron narrados por Aflâkî. Todos los habitantes estaban allí, los musulmanes, pero también los cristianos y los judíos, pues todos se reconocían en él. Todos lloraban, gritaban, desgarraban sus ropas. Quien conoce los tumultos de Oriente no tiene dificultad en imaginarse ese día. Los judíos avanzaban en el cortejo cantando salmos, los cristianos proclamaban el Evangelio y nadie pensó en separarlos.

No se había visto jamás un ecumenismo tan universal. Al punto que el sultán se sorprendió e hizo venir a los jefes de los cristianos y de los judíos para preguntarles las razones. ¿Por qué celebraban así a un musulmán?

Aflâkî narra así su respuesta: “Al verle, comprendimos la verdadera naturaleza de Jesús, de Moisés y de todos los profetas, hemos encontrado en él la misma conducta que la de nuestros profetas perfectos tal como lo hemos leído en nuestros libros. ¿No dijo: “Nosotros somos como una flauta que, en un solo mundo, se afina en doscientas religiones?”

Para nosotros que hemos podido leer gracias a Ud. a Rûmî, es sobre todo: la tolerancia absoluta nacida de la certeza de que no hay más que un Dios que ama a todos los hombres y que la experiencia profunda que tienen de este Dios es la misma para todos los místicos.

Es por ello que me atrajo tanto cuando me fue dado descubrirle.

Al punto de consagrarle su vida

Cierto. ¿Qué podría haber más importante? Cuando estoy en Konya, pienso a menudo en las exequias de Rûmî, en la multitud, en las llamadas del muezzin, en los cantos fúnebres ...

Y entre todos sus poemas, me gusta repetir este, que escribió al final de su vida:

“Nuestra muerte, es nuestras bodas con la eternidad.
¿Cuál es su secreto? Dios es uno.

El sol se divide cuando pasa por las ranuras de la casa;
Cuando estas ranuras se cierran, la multiplicidad desaparece.

Esta multiplicidad existe en los racimos;
No se encuentra ya en el zumo que brota de las uvas.

Para aquel que vive en la luz de Dios,
La muerte de este alma carnal es un beneficio,
En cuanto a él, no digas ni mal ni bien,
Pues ha pasado más allá del bien y del mal.”

Imagino que el lugar donde fue enterrado es aún un sitio de peregrinación.

Ciertamente y es más que eso: es el corazón de Konya. Se ve de lejos la cúpula de su mausoleo cuyas tejas esmaltadas reflejan el sol. Es un verdadero lugar de paz con sus árboles y su fuente que no para nunca de cantar.

En el interior la tumba aparece inmensa. Se encuentra sobre un estrado rodeado de una balaustrada de plata y recubierto de una suntuosa cobertura bordada de letras de oro trazando versículos del Corán. Los fieles no besan directamente la tumba sino los dos escalones que llevan a ella. La luz es muy dulce, dada por las lámparas que cuelgan del techo.

Rûmî no está solo en el mausoleo. Cerca de él está su hijo, Sultan Valad, quien fue el continuador de su obra y de su padre que, según la tradición, quiso morir de pie por respeto al Profeta cuando viniese a recibirle en el umbral del Paraíso. Hay también un tesoro formado por ricos manuscritos iluminados del Corán y del Mathnawî, tapices de Anatolia, instrumentos de música, ropas pertenecientes a Shams y a Rûmî así como un tapiz que le fue ofrecido para su matrimonio.

En la corte hay dispuestas células, porque hubo allí un convento hasta el 1925, fecha en la que Mustafa Kemal suprimió las cofradías. Se ve aún el refectorio y la vasta sala comunal donde, cada viernes tras la plegaria, los derviches se libraban a la danza cósmica. Todo ello es ahora un museo pero sigue siendo extremadamente emotivo.

¿Todo el mundo puede entrar, también los “infieles”?

Naturalmente, siempre admiré en Rûmî ese universalismo que no era por lo demás del gusto de todo el mundo. En el frontón de su mausoleo está inscrita esta invitación fraternal: “Ven, ven, seas quien seas, es aquí la morada de la esperanza.”

Además estoy persuadida que no fue por azar que vino a instalarse a Konya en su juventud y permaneció allí toda su vida.

Ud. ha escrito un libro sobre Konya.

Si porque no es una ciudad como las otras. Puedo decir que fue la primera ciudad evangelizada. Parece sorprendido. Sin duda no sabía que Konya es el Iconium de San Pablo.

Recuerde; tras su iluminación de camino a Damas, fue acogido por Ananias quien lo escondió en su casa, una casa que visité en Damas, en la calle Derecha. Ananias lo hizo también huir cuando las cosas comenzaron a ir mal para él. Pablo huyó con Bernabé quien era originario de Iconium. Fue entonces natural que se dirigieran hacia esta ciudad. He aquí por qué les digo que fue la primera ciudad evangelizada. Mas tarde fue también allí donde Timoteo comenzó su carrera de misionero.

La leyenda dice que Pablo había predicado en la morada de un cierto Onesiforo. Justo delante de esta casa vivía una bella joven llamada Tecla. Según Los viajes de Pablo y de Tecla, un cuento popular de la primera mitad del siglo segundo, la madre y el novio de Tecla habían denunciado a Pablo al gobernador de Iconium. La joven había dado todas sus joyas para obtener la liberación de aquel que se había convertido en su padre espiritual. Condenada a ser quemada en la plaza pública, se había salvado milagrosamente y había partido tras Pablo.

Se puede ver aún hoy, en los alrededores de la ciudad, la iglesia de Santa Tecla que debe ser una de las iglesias más antiguas del mundo.

Permítanme una pequeña digresión; poca gente sabe que las epístolas de Pablo son anteriores en 20 a 25 años a las primeras redacciones de los Evangelios. ¿Y saben como se las pudo datar? Es una historia muy curiosa; en la epístola a los Romanos, Pablo dice: "El onceavo año del cuarto triunfo de Claudio, fui a ver a los hermanos en Jerusalén...". Desafortunadamente, no se sabía en que fecha había tenido lugar el cuarto triunfo de Claudio.

Hace unos veinticinco años, un arqueólogo inglés escribió a una sociedad científica de Londres que acababa de encontrar en Chipre una estela votiva del cuarto triunfo de Claudio. Esta estela ha permitido por ello, tras cálculos científicos, fechar la epístola a los Romanos por la Pascua 56, es decir, 24 años antes de la primera versión del evangelio de Marcos.

Ya ven, Konya es una ciudad importante para los cristianos. Estos la redescubrieron más tarde gracias a Jean du Plan Carpin, embajador de San Luis, cuando la atravesó para ir en misión a ver al gran Khan de los mongoles en Karakorum. La describió como "la bella Iconie", una ciudad tan bella como Colonia con multitud de campanarios.

Poco después, fue la Konya de Rûmî, si bien durante dos siglos, Konya conoció un periodo de simbiosis de religiones absolutamente extraordinario. No se trata de tolerancia.... No me gusta esta palabra porque evoca siempre una cierta condescendencia. Se trata realmente de un universalismo fraternal el cual, señalo de paso, es lo esencial del verdadero Islam.

Que ello no sea vivido en el mundo actual no tiene que ver con la esencia misma de las cosas.

Uno se podría preguntar por qué este universalismo a dado lugar a la intolerancia.

Eso pasa gradualmente. Saben, el colonialismo no ha hecho nada de bien. Cuando hay violencia por una parte, hay siempre una respuesta.

Pero este universalismo debió detenerse antes del colonialismo.

No en el plano del pensamiento. Hay quizá una especie de esclerosis, de anquilosamiento. Saben, el colonialismo no fecha de la conquista de Argelia o de Indochina. Ya, en el 18 de mayo del 1190, los cruzados habían tomado Konya por asalto sin, no obstante, haber podido apoderarse del palacio del sultán. Y tras ello, una vez terminadas las cruzadas, estuvieron todos esos misioneros que creían hacer bien, los pobres, intentado convertir a los musulmanes y que en realidad, hicieron mucho mal.

Los musulmanes no fueron a la zaga. ¿Cree que no intentaron convertir a los cristianos?

Sin duda. Y cuanto más pasaba el tiempo, las cosas más se endurecían. Eso pasa siempre ¡Es una lástima! El cristianismo de los primeros tiempos se endureció, concilio tras concilio, para luchar contra las herejías.

El Islam debió hacer lo mismo.

Si así lo piensan. Pero fue menos espectacular pues la palabra "herejía" no existe en el Islam. Se habla más bien de "innovaciones desafortunadas", lo que es quizá, sin embargo, más elegante.

Rûmî, se encuentra exento del más mínimo germen de intolerancia. Eso se siente todavía por poco que se viva algún tiempo en Konya. Amaba mucho su ciudad y su hijo nos cuenta que la bendecía a menudo en estos términos:

"De hoy en adelante, dad a Konya el sobrenombre de "Ciudad de Santos", pues todo niño que venga a la existencia será un santo. Mientras que el cuerpo bendito de Bahâ-od-Dîn Valad y el de aquellos de sus descendientes estén en esta ciudad, estará al abrigo de la arena; su enemigo no logrará sus fines y finalmente perecerá. Estará segura contra los males del fin de los tiempos. Y aunque una parte esté en ruinas y borrada y su importancia disminuya, sin embargo, no será demolida totalmente, pues si ella estuviera en ruinas, nuestro tesoro quedaría enterrado."

Eso nos recuerda a San Francisco bendiciendo Asís.

Pero como saben, podría citar numerosos episodios de la vida de Rûmî que recuerdan irresistiblemente a los "Fioretti".

Cuéntenos al menos algunas de estas historias. Irán directo a nuestro corazón pues estamos enamorados de San Francisco.

Se cuenta que San Francisco hizo callar un día a los pájaros que impedían a sus auditores escuchar su sermón. Bien, Rûmî hizo la misma cosa con las ranas. Un día que había reunido a sus discípulos en las proximidades de un estanque, las ranas armaron tan alboroto que les gritó con voz poderosa: "¿Qué es este escándalo? ¿Sois vosotras quienes tenéis que hablar o nosotros?". Las ranas se callaron inmediatamente y permanecieron silenciosas hasta el momento en que, con un signo, Rûmî les permitió retomar su concierto.

Como San Francisco, vivía en una armonía total con la naturaleza. "Los árboles, decía, me reconocen y responden a mi saludo". Como San Francisco, sentía un amor loco por todas las bestias. Preocupado un día por la mirada que le hizo un buey al que conducían para matar, lo compró para salvarlo de la muerte.

Otro día, un discípulo quedó muy asombrado al escuchar a Rûmî pedirle que fuera a comprar una gran cantidad de golosinas. No era ciertamente una petición habitual pues el Maestro, era, Uds. ya se imaginarán, de una extrema sobriedad. El discípulo fue a comprar las golosinas y se las dio a Rûmî quien, sin decir palabra, las tomó, las cubrió con una servilleta y se puso en marcha. Intrigado, el discípulo no pudo evitar seguirle. "Marchaba tranquilamente detrás de él, nos cuenta, fue hasta unas ruinas donde vi a una perra que había parido. El Maestro le dio toda la provisión como alimento para esta perra. Me quedé asombrado de esta compasión, de esta piedad. "Hace siete días" me dijo "que esta desafortunada no ha comido nada porque, a causa de sus pequeños, no podía ausentarse. Es Dios quien transmitió sus lamentos a mis oídos y quien me ordenó consolarla".

¿No es una historia típicamente franciscana?

De todas las ciudades que conozco, tres se parecen por la atmósfera de dulzura y de fé que les baña. Lo han adivinado: son: Konya, Medina y Asís.

Saben, los grandes santos impregnan las ciudades donde han vivido. Siglos y siglos después de su muerte, se siente aún su presencia y ocurre, por poco que se esté atento, que se siente esa sed de lo Absoluto que estuvo a lo largo de toda su vida.

Esta sed Rûmî la describió así:

"Levántate, oh enamorado,
muestra cierta impaciencia;
el ruido del agua,
estando tu sediento
(y duermes)".

Capítulo 7

Es extraño: la primera vez que conocimos musulmanes para escribir "Profetas hoy en día", estábamos muy inquietos. Nos resonaban aún en los oídos los vaticinios del Imam Jomeini y he aquí, que Ud., que se ha hecho musulmana, no nos habla mas que de universalismo y de amor.

Les hablo de Rûmî y de los maestros sufíes de ayer y de hoy, que son seres de ternura y apertura. Tengo decir que al leerlos, al traducirlos, he ido de admiración en admiración. De su universalismo les podría citar ejemplos por centenas.

Continuando con Rûmî, él escribió un día en *El libro del interior* que los caminos que conducen a la Meca son ciertamente diversos. Se puede ir por tierra y por mar, pasar por Bizancio o por Siria, recorrer grandes o pequeñas distancias. Pero ¿Qué importan los caminos? ¿No es lo esencial el terminar en aquel lugar donde, de golpe, cesan las discusiones y las controversias, en ese lugar donde los corazones se abren y se unen?. "Esa arremetida del corazón, dice, no es ni la fe ni la infidelidad, sino el amor."

Recibía a todos los hombres que venían a él sin preguntarles a que religión pertenecían. También tenía una amistad muy fuerte con el obispo de Konya. Tras la muerte de su primera mujer que le había dejado dos niños de poca edad, se volvió a casar con una cristiana recientemente convertida al Islam.

En el curso de los años, esta tradición de universalismo no se ha debilitado en la cofradía. Uno de sus miembros, Assûr Didi, fue, en el siglo XVII, un gran especialista de la Torah y del Evangelio. Además, la tariqa siempre destacó por esa ausencia de fanatismo que atraía hacia ella discípulos de otras confesiones cuyas creencias eran respetadas.

No me gustaría abusar con las citas, pero ésta, sacada de una carta de Rûmî, me parece que ilustra perfectamente lo que acabo de decir:

“Así, como los profetas se reconocen el uno al otro, si vosotros no admitís uno de entre ellos, es como si no admitierais ninguno. De hecho, es una sola luz que aparece a través de diferentes ventanas y que os llega a través de la persona de cada profeta. Si rechazas una parte de esa luz, esto demuestra que tú eres como un murciélago que dice: “Me opongo al sol de este año, pero acepto el sol del año pasado”. De hecho el sol del año pasado y el de este año no son dos, sino el mismo. Pero la diferencia, es que tú no has experimentado lo que fue el sol del año pasado.”

Lo que Ud. dice me afecta particularmente... Cuando era pequeño, los padres de mi colegio nos decían sin cesar que había que creer y eso me llenaba de confusión y malestar, porque, creer, no es tan fácil como eso. No se puede forzar a creer. No se puede, en todo caso, creer solo de puertas hacia afuera, creer porque nos han dicho que creamos. Era un trámite que me parecía imposible, como si presintiese ya que la creencia, la fe si Ud. prefiere, debe venir del interior, de una Presencia que está en nosotros.

Exactamente. Quizá soy demasiado intelectual, pero no soy capaz de saber como es Dios. No puedo representarlo y no quiero. Pero se que hay un Absoluto que está más allá de todo lo que se puede saber o imaginar. Cuando Uds. ven que un espermatozoide puede llegar a ser Mozart o Einstein, Uds. no pueden no pensar que hay una inteligencia detrás de todo ello. Hay pues, un Absoluto, pero se revela o no se revela.

Si no se revela, Uds. tienen una religión del tipo budista en la cual, a fuerza de purificaciones sucesivas, ascienden los escalones de una escalera en lo alto de la cual solo pueden comenzar a

tener una pequeña idea. Cuando el Buda respondía a sus discípulos que le interrogaban sobre la inmortalidad del alma, lo hacía como un padre a su pequeño de seis años que le hubiese preguntado que es la relatividad de Einstein: “Hablaemos de ello cuando hayas hecho matemáticas superiores”. Así como ese padre, el Buda respondía escuetamente a sus discípulos: “Hablaemos cuando hayáis conseguido un nivel de consciencia suficiente.”

A la inversa, las tres religiones abrahámicas concuerdan en decir que Dios se revela al hombre. Esta revelación nos enseña que El es misericordia. Pero no puede revelarse de una manera fundamentalmente diferente a los chinos, hindúes o árabes. El es necesariamente el mismo para todos. El mensaje fundamental es el mismo y es El, el Esencial. Todo el resto no es más que reflexión sobre una información revelada que puede interpretarse de diferentes formas.

¿Quiere decir que en el Esencial, más allá de las interpretaciones, todos se encuentran?

Ciertamente.

¿Pero se encuentra ese sentido de universalismo en el Corán?

Me contentaría con dos citas:

El Corán dice: “Si eres cristiano, judío o sabeo (los Sabeos eran los grandes idólatras de la época) y si haces el bien, no tienes nada que temer de tu Señor.”

El Corán dice también: “Si Dios lo hubiese querido, habría hecho de vosotros una sola comunidad religiosa. Quiso iluminaros a través de vuestras diferencias. Así pues, haced el bien, ayudaos los unos a los otros y Dios os iluminará un día sobre vuestras divergencias.”

¿Debemos entonces volver siempre a lo que es fundamental?

Así es. Lo que es fundamental, es decir desde el fondo del corazón y del pensamiento, que no puede haber más divinidad si no es la Realidad suprema. Eso, todos los creyentes de todas las tradiciones pueden afirmarlo. Como decía Simone Weil, el politeísmo, no es creer o no en Júpiter o en otros dioses sino profesar un culto al dinero, al poder, a una autoridad, a un pensamiento...

Por lo tanto, no puede haber más que esta Verdad, esta Realidad. El resto, son historias humanas. Bien, de acuerdo, no se bebe vino, hacemos Ramadan o la cuaresma... ¡Y está bien que se haga! No bebo vino porque no me parece necesario no ajustarme a una prescripción de mi comunidad pero esto no es lo esencial.

Creo que un día, en Argelia, choqué con ciertos musulmanes cuando dije: “Encuentro que es más grave (perdónenme la expresión) decir una grosería sobre alguien que no ayunar durante Ramadan”.

Sin embargo los ritos son necesarios.

Si, pero el ritual debe servir sobre todo para cimentar la comunidad. Es particularmente necesario en el Islam pues, sin ello, correría el riesgo de convertirse en un teísmo un poco metafísico, algo como la “Weltanschauung”, una visión del mundo muy universalista, muy ecuménica pero un poco floja. Hacía falta este ritual para formar la comunidad. Las 5 plegarias por día, el Ramadan, etc...

Lo que encuentro extraordinario, es que la plegaria del Islam es una plegaria cósmica. Se enlaza con las estaciones, con la luna, el sol... Es una comunión con un cosmos sacralizado. La Fatiha que es para nosotros el equivalente al Padre Nuestro, es una plegaria muy cósmica porque se hace de pie

como un árbol, arrodillado como un hombre y prosternado como una piedra. Se toma en las manos la creación entera para ofrecerla en nombre de la humanidad. Es la única plegaria que se hace de pie, la única que se dice en plural. Es la primera que se dice al oído del recién nacido y la última que se murmura al moribundo. Acompaña todas las circunstancias un poco graves de la vida. Y cuando se la termina, se vuelve la cabeza hacia los cuatro puntos cardinales y se pide la paz sobre el mundo.

El beduino en su desierto sabe que es la hora de la plegaria mirando las sombras, la fecha del Ramadan está condicionada por la luna... Diría que la plegaria en el Islam es una misa al diapason de un cosmos sacralizado.

No siempre es fácil por el hecho de que no hay antropomorfismo posible. Es más fácil contemplar el rostro del Cristo que estar solo de cara a lo Absoluto.

Sin embargo está el Profeta.

A quien no se le puede orar jamás. No se nos permite orarle.

Hemos oído muchos relatos de gente que sueña con el Profeta. Nos han dicho que cuando él venía en sus sueños, era una gracia.

Si, pero no mas que si Ud. sueña con San Francisco de Asís. Ya les dije, para un verdadero musulmán, no hay culto a los santos.

Hay sin embargo gente que va a las tumbas de los morabitos.

Hay, pero es un culto no reconocido por las autoridades. Evidentemente, la gente tiene necesidad de consolarse, de tener algo más próximo pero el morabitismo está mal visto. Es un poco como rezar a San Antonio de Padua para encontrar un objeto perdido.

Además, estos cultos no tienen la posibilidad de cuajar, de tener solidez, por el hecho mismo de que no hay en el Islam autoridad suprema. No hay Papa ni concilios.

Esto permite una gran libertad en lo que hace falta o no creer.

¿Por ejemplo?

Tomemos el problema de la reencarnación, de las vidas sucesivas.

No me diga que el musulmán es libre de creer en ello o no.

¡Ciertamente! Saben que los primeros Padres de la Iglesia solían creían en ello, principalmente Orígenes, después hubo el golpe de timón dado por la Iglesia, en el 560 creo, en el Concilio de Mácon donde se declaró que la gente que creía en la reencarnación merecía ser excomulgada.

En el Islam, al no haber concilios, no se puede prohibir creer en la reencarnación. Hay ciertas ideas las cuales se puede decir que no son muy ortodoxas, pero no puede haber noción de herejía puesto que no hay quien designe lo que es o no herético. Si alguien afirma por ejemplo, que el hombre puede pasar a un cuerpo de animal, supongo que en un Islam sanamente ortodoxo, se le dirá que desvaría un poco y que no parece posible que después de haber llegado al nivel humano, un alma pueda reencarnarse en el cuerpo de un pato o de una hormiga. Se le diría entonces que desvaría pero, si persiste, no se le excomulgaría.

Hubo sin embargo en el Islam mártires por causa de herejía.

Si, pero muy pocos. Me dirá que aún así fue demasiado y Ud. piensa sin duda en Al Halladj. Hay que decir que, desde hacía mucho tiempo, se llevaba a matar con su visir y que, estando ebrio de Dios, se paseaba por las calles de Bagdad proclamando: “¡Yo soy Dios! ¡Yo soy Dios!”. Pienso que no importa en que religión un poco ortodoxa, eso no se habría podido tolerar.

Fue también por la misma razón que se crucificó a Jesús.

Si. Rûmî escribió unas bellas páginas sobre ello: “Se considera que es supremo orgullo cuando de hecho, es una suprema humildad, puesto que Al Halladj quería decir: ”Yo no soy nada. Solo Dios es.” El hombre que declara: “Yo soy el servidor de Dios” afirma que dos existen; él y Dios. Pero aquel que dice: Yo soy Dios” se aniquila. El dice: “Yo soy Dios”, es decir: “Yo no soy. El lo es todo, nada tiene existencia mas que Dios”.

Al Halladj habría podido escapar al suplicio retractándose de lo que decía pero lo rechazó. Lo que es extraño es que su mayor amigo, Chubli, que era también un gran teólogo, asistió al proceso sin pronunciarse en contra de la condena. Cuando se le reprochó esto, declaró: “Estoy afligido por él pero ¿Por qué este idiota ha tenido que desvelar el secreto de los corazones?”

Creo también que si algunos de sus amigos dejaron hacer, fue porque tal actitud era susceptible de tornarse claramente en sacrilegio. Otros habrían podido proclamarse Dios sin haber vivido, como Al Halladj, la unión transformadora.

Entiendanme: no quiero decir que los musulmanes son blancos como la nieve y soy la primera en saber que en nuestra época sobre todo, no se puede decir eso. Pero, en fin - y me remito a los hechos - se puede contar con los dedos de una mano los musulmanes que sufrieron suplicio por su fe. No tengo necesidad de recordarles que, ajusticiados, ha habido decenas, por no decir cientos de miles en el mundo cristiano. Nunca hubo hogueras en el Islam.

Hay un paralelismo extraordinario y sorprendente entre la crucifixión de Al Halladj y la de Jesús.

Es verdad y a propósito de Jesús, me gustaría citarles unas palabras de Ibn ‘Arabî quien, stricto sensu, se le puede considerar como el más ortodoxo de los ortodoxos del Islam. Ibn ‘Arabî dijo: “Creo que Jesús es Dios, pero no creo que Dios es Jesús”. Quiso decir con ello que Jesús fue Dios porque estaba despojado de sí mismo a tal punto que estaba totalmente habitado por El. Esta es la unión transformadora de la que les había hablado ahora mismo.

Añadiría, aunque creo ya haberlo dicho, que los místicos del Islam comparan el libro del Corán a la personalidad humana de Jesús. Los dos son medios de transmitir el mensaje: el Cristo por su personalidad humana y por su palabra, el Corán por la escritura. Ya saben además que no se puede ser musulmán si no se reconocen ni la Torah ni el Evangelio como libros sagrados.

Nos hemos alejado de la reencarnación y sin embargo no hemos agotado el tema. ¿Podría decir si hay hoy en día musulmanes que creen en la reencarnación?

¡Naturalmente que hay! Muchos sufíes creen en la reencarnación, pero individualmente.

Los sufíes quizá sean....

Pero los sufíes son musulmanes.

Cierto, pero...

No se puede ser sufí sin ser musulmán, pero se puede ser musulmán sin ser sufí. Es muy importante señalar esto porque, muy a menudo, con un pequeño juego de racismo espiritual, la gente que encuentra que los musulmanes son horribles añaden enseguida: “¡Ah, los sufíes, es diferente!. Les consideramos como unos marginales.” Sería como decir que Teresa de Avila era católica pero que no era cristiana. El sufismo no es en absoluto marginal. Es, dentro del marco del Islam, una interiorización vivida. Evidentemente con una gran libertad de pensamiento que es además la característica del Islam esencial.

Si hay una regla, es esta: cada uno debe comprender el Corán como si a éste le hubiese sido revelado en ese mismo instante.

¿Podría darnos un ejemplo?

El Corán dice: “De etapa en etapa los hombres se transforman, pero no lo comprenden pues son olvidadizos”

¿Esto quiere decir una evolución puramente espiritual en el marco de una sola vida? ¿Quiere decir el Letheo? ¿El olvido entre dos encarnaciones? Uds. lo pueden comprender como quieran.

Una vez más ¿Conoce Ud. musulmanes que crean en la reencarnación?

Naturalmente que conozco y no pocos. Ya les he dicho que puesto que no hay jerarquía eclesiástica en el Islam, no hay tampoco una autoridad suprema pero hay, no obstante, gente a los que se les considera más instruidos que otros. Es el caso del antiguo rector de la prestigiosa universidad de Al Azhar, en el Cairo, muerto ya. Es él quien me invitó a Egipto y fue un gran amigo, como lo fue también del gran maestro hindú Krishna Menon. Bien, me dijo que él creía firmemente en la reencarnación y que la encontraba en el Corán.

Sin duda habrán oído hablar de Amadou Hampaté-Bâ quien fue embajador de Mali en la U.N.E.S.C.O., al mismo tiempo que gran maestro de la mayor cofradía sufí de Africa Negra. Le conocí cuando ya estaba enfermo y recuerdo que un día que había ido a verle al hospital, le pregunté, tras muchos circunloquios, que pensaba de las vidas sucesivas. “Naturalmente que creemos, me respondió. Lo enseñamos también en nuestras cofradías pero a un nivel muy restringido para que los discípulos no se digan que teniendo toda la eternidad ante ellos, pueden hacer en esta vida todas las tonterías posibles e imaginables. No se lo decimos más que a un pequeño número de discípulos.”

Tenga en cuenta que en la India, se dice fácilmente: “Si este pobre tipo muere de hambre, es que ha sido muy malo en una vida anterior.” Es para evitar tal razonamiento que los maestros se mantienen en la discreción.

Comprendemos ahora por qué se siente tan bien en el Islam; si Ud. puede tomar el Corán como si le hubiese sido revelado en el instante mismo, se encuentra en cierta manera con ese libre examen tan querido de su abuela protestante.

Tiene razón; encontré la misma libertad.

En cuanto al versículo: “De etapa en etapa los hombres se transforman pero no lo comprenden pues son olvidadizos”. Amadou Hampaté-Bâ veía el Lethe, el olvido entre dos encarnaciones, mientras que otro podría decir: “¡En absoluto! Eso quiere decir que el hombre tiene una evolución espiritual

en el curso de una sola vida, pero que la olvida siempre” Ninguno de los dos cometería herejía.

Escuchándola hablar, tenemos a menudo la impresión de reencontrar el sabor de las palabras del Sheij Ben Tounès. Lo conocimos por nuestro libro “Profetas hoy en día” y nos sorprendió su proyección así como por su sentido del universalismo. ¿Le conoce?

Naturalmente y desde hace tiempo. Me alegra que me den la ocasión para hablar de él porque tengo por él y su tariqa una muy antigua amistad, mucho respeto, admiración y deferencia. Encuentro que es un hombre extremadamente abierto. No tenía en absoluto la idea de ser un día el jefe de esta tariqa y, parece ser, vivió momentos terribles antes de aceptar serlo. Toda la gente que le he enviado han quedado impresionadas por su luz y por la bondad que irradia.

Uno de sus discípulos me comentaba que alguien le había dicho: “Soy católico y desde que conozco al Sheij soy mucho mejor católico que antes”. Cuando supo esto, el Sheij exclamó: “¡Ah que alegría!”. Así es él. La tariqa del Sheij a la cual me incorporé en Marruecos está muy relacionada a la del Sheij Ben Tounès y si tengo necesidad de un consejo de dirección espiritual, se lo pido a este último antes que a mi propio Sheij que está lejos y que no habla nada de francés.

Debe ser triste, lo mismo que para los otros sufíes, asistir al ascenso del integrismo en Argelia. ¿Cuáles son las relaciones de los sufíes con estos movimientos extremistas?

Los sufíes siempre han detestado los integristas. Además, han sido a menudo perseguidos por la gente conformista. Como todos los místicos de otras religiones. ¿San Juan de la Cruz no estuvo en prisión?

Al encontrarnos por primera vez con el Sheij Ben Tounès, esperábamos encontrar un anciano barbudo envuelto en una chilaba. Nos encontramos con un hombre joven y muy moderno.

Es muy luminoso, sereno y al mismo tiempo, es cierto que se ha comprometido con su tiempo. Introdujo el Corán en el ordenador para que los niños pudiesen a la vez estudiar su religión y la informática. Tiene mucho discernimiento. Le presenté a varios de mis amigos que deseaban entrar en el Islam y, cada vez, insistía mucho en que no fueran demasiado rápido. “Estad seguros de lo que hacéis, les repetía sin cesar, y no os comprometáis mas que con pleno conocimiento.”

A veces, cuando me venía la morriña - no muy a menudo afortunadamente - me sorprende diciéndome “Si el Sheij Ben Tounès estuviese en París, tomaría un taxi y le iría a ver”.

Lo que nos sorprendió es que hay bastantes occidentales en su tariqa y sobre todo jóvenes.

Es verdad, y me alegra. Es maravilloso que haya todavía gente como el Sheij Ben Tounès. Le veo como un contra-veneno de cara a los integristas.

De hecho, él nos recuerda continuamente que solo cuenta la Presencia.

Uds. me hacen recordar unas palabras de Rûmî:

“Todo lo que se dice no es más que vano parloteo en comparación con la visión; todas estas palabras no hacen mas que suplir la visión, no son para aquel que está presente, sino para el que está ausente.”

Yo que hablo tanto con Uds. ahora, deseo insistir sobre el hecho de que hay que desconfiar de las palabras. Son ellas las que engendran los errores y las contradicciones.

Recuerden la parábola de las cuatro personas de nacionalidades diferentes que querían uva y que no llegaban a ponerse de acuerdo sobre lo que querían porque le daban nombres diferentes. No paraban de pelearse. Sin embargo su deseo era el mismo.

Capítulo 8

Me gustaría hacer de abogado del diablo. Estoy de acuerdo al cien por cien con Ud. en lo que nos dice desde hace dos días y soy muy feliz de oír lo que oigo pero aún así, estoy obligado a hacer constatar que esto no corresponde en absoluto, pero nada, con la idea que tenemos sobre el Islam. Sin duda porque hablamos aquí del Islam ideal que es el de los sufíes.

De Rûmî, d'Iqbal, del Sheij Ben Tounès... La lista es larga.

Es el Islam que amamos, abierto a lo universal. Está muy bien, pero no es seguramente el Islam de la guerra santa, de la famosa "Djihad"

Ciertamente que no.

¿Que vemos en el Islam actual, como a lo largo de toda la historia? Es una religión intolerante, violenta, con conversiones forzadas. Una religión apremiante, puritana al extremo y que reduce a las mujeres a la esclavitud. Es al menos la idea que la mayoría de la gente se hace aquí en nuestro país. ¿Están completamente equivocados?. En otros términos, me gustaría que me respondiese por adelantado a todo lo que la gente va a decir y en particular a aquellos que nos acusaran, a Ud. y a nosotros, o de actuar de mala fe, o de ser unos inocentes y de vivir en una nube rosa.

Es muy importante. Déjeme volver a Iqbal cuyos ancestros eran brahmanes y que nació en el Pundjab de padres musulmanes. Comenzó a estudiar filosofía en la India, después en Alemania y en Inglaterra. Sus estudios fueron tan brillantes que algunos de sus maestros tradujeron ellos mismos algunas de sus obras. Es así como Nicholson tradujo su *Mysteries of the Self*. Iqbal no pretendía aportar un mensaje personal. El quería solamente exponer la concepción que se puede hacer del Islam un musulmán moderno. Escribió:

“El Islam no enseña la renuncia al mundo de aquí abajo, sino que condena el apego al materialismo. Estima que el hombre puede aspirar al bienestar en esta vida y al bienestar en el más allá.”

En *El Ala de Gabriel* escrita al final de su vida, Iqbal intenta mostrar que la consciencia del sí mismo y la acción son los dos polos esenciales. El quiere que su filosofía tenga una aplicación en el orden de lo humano y que sea de alcance universal...

Perdónenos pero no responde a la pregunta que le hemos hecho. Se la acusará de describir un Islam absolutamente ideal y no del Islam tal como se vive y practica.

Tiene razón, pero ¿No se puede decir la misma cosa de todas las religiones? Ciertamente, el Islam tal como se ve desde el exterior, parece no estar a la altura de sus principios, pero ¿No pasa lo mismo, por ejemplo, con el cristianismo? ¿No es su tarea la de transmitir un mensaje de amor y paz universal? Entonces se puede hablar del cristianismo en sus principios, del cristianismo de los místicos y santos auténticos, pero se puede hablar también de la intolerancia, de la masacre de los Cátaros, de la de San Bartolomé y de los integristas de hoy en día.

Como no hacemos un estudio sociológico, debemos basarnos en los principios. Y los principios del Islam, como aquellos del cristianismo, hacen llamada al amor, a la ternura y al universalismo.

¿Podría darnos ejemplos?

Hablemos si quieren de la suerte de la mujer en el Islam.

Un caballo de batalla para todos los que critican el Islam.

Precisamente. Para ser justos, hay que poner de un lado los principios y de otro lado las realidades sociológicas.

Me sorprendió ver, por ejemplo, la libertad de las mujeres en el Pakistán. Conocí hace poco a dos jóvenes de Mali que venían de hacer la peregrinación y tuve la desdicha de decirles, un poco hipócritamente: "Cuando les elijan sus padres un marido..." me saltaron a la cara como dos gatos encolerizados y me dijeron: "Cuando traigamos a nuestros padres un chico que nos guste para pedir su conformidad, entonces, hablaremos." Ellas podían hablar así y vivir lo que ellas vivían porque la sociología de Mali no es la de Arabia Saudita.

En el Cairo, las estudiantes indonesias eran mucho más libres que las estudiantes libanesas, sudanesas o incluso las argelinas. Es evidente que la sociología magrebí no es en general muy feminista. ¿Pero creen que es muy diferente de la sociología de Sicilia o de Cerdeña?. La "mamma" italiana con sus innumerables chiquillos y su pañuelo negro en la cabeza ¿Es entonces tan diferente de la "mamma" de Africa del Norte?

Creo que hay que comparar las cosas comparables, las clases sociales comparables, los medios culturales comparables. Una catedrática de Derecho del Cairo es tan diferente de una campesina cabileña como una catedrática de Derecho de Milán lo es de una campesina de lo más recóndito de Sicilia. Además, si nos sumergimos en estas comparaciones sociológicas, no saldríamos nunca.

En mi opinión, no es que el Islam esté esclerosado o que esté rezagado. Son las sociologías las que no siguen. Hay en el derecho musulmán, por citar un caso concreto, cantidad de posibilidades concedidas para las mujeres y que tienen perfecto derecho a utilizar y hacer incluir en su contrato de matrimonio. Es verdad que, a menudo, no lo hacen...

¿Por ejemplo?

Por ejemplo, aunque ellas sean encerradas en un asilo de enajenadas, su marido no tendrá derecho de tomar una segunda mujer. Está escrito con pelos y señales. La desgracia es que, en los medios poco evolucionados, no se conoce el derecho y las posibilidades que ofrece. El gran Sheij de Al Azhar me dijo un día: "Me gustaría que enseñase a nuestras hijas a estar un poco más al corriente de sus derechos. Seguramente serían más felices."

Sufren por desgracia el peso de las costumbres, de las supersticiones, de las tradiciones que existen y que son también apremiantes, en los pueblos perdidos de Grecia, del sur de Italia o de España. Es el mundo mediterráneo que es así.

Lo que hay que ver es lo que se encuentra en los textos.

Ud. no puede sin embargo impedir que en una época en la que se habla un poco a tontas y a locas de la "renovación" del Islam, ya sea en Irán, Argelia y quizá mañana en Marruecos, sin hablar de

Arabia Saudita, Ud. no puede impedir, digo, que en el espíritu de la gente, esta “renovación” del Islam no sea asimilada a una mayor intolerancia, violencia, integrismo y esclavitud de las mujeres.

Desgraciadamente, pero tengo que repetir, porque muchos no quieren entenderlo, que es un problema de sociología. Uds. ven los hechos que son religiosos en apariencia pero que, en realidad, no tienen nada que ver con lo esencial de la religión.

¿Pero como se ha llegado a esto? Ud. dice que el Islam tiene la suerte de no tener jerarquía, pero parece que es la jerarquía la que está en el origen del neo-integrismo.

No hay jerarquía, pero hay instigadores, gente de corto entendimiento que reprueba en bloque y sin tener en cuenta una sociedad que ha nacido del colonialismo. Esta gente ve a la mujer occidental como una prostituta, o casi. Son incapaces de ver que una buena familia burguesa francesa puede tener una hija que no se conduzca como una perdida.

Es una lástima, pero ¿Qué ven ellos de Occidente?. Las películas porno, cierta literatura, minifaldas, senos desnudos en las playas... Todo esto que no es muy grave, pero que choca con sus principios.

Los líderes políticos se adueñan de esto, pero el Islam que ellos reclaman es un Islam de oposición, no el Islam en sí.

Es inquietante, estoy de acuerdo, pero es el hecho de ambiciosos o iluminados que hacen hablar mucho de ellos pero que están lejos de tener la importancia que Uds. les dan. Tengo amigos argelinos, marroquíes, egipcios que son perfectamente feministas en el buen sentido del término. Para ellos, el feminismo no consiste en ponerse desnuda en una playa, sino en ponerse un bañador como todo el mundo.

Me gustaría ir mas a fondo en las cosas; el gran problema del Islam hoy es que el Derecho coránico está, por así decirlo, incluido en el Corán. Esto hace las reformas difíciles.

La Iglesia católica conoce, me parece, el mismo tipo de dificultades. La ley sobre los divorciados vueltos a casar me parece terriblemente dura e injusta. Conocí una chica de la aristocracia francesa que perdió a sus padres cuando era aún muy joven. Fue educada por su abuela para la cual el único temor era morir antes de que su nieta estuviese “casada”. La casó entonces con un señor que parecía estar muy bien pero que la abandonó sin decir palabra para irse a América desde donde no ha vuelto a dar señales de vida. Esta desafortunada se encontró de la noche a la mañana sin dinero, sin trabajo y con cuatro criaturas en los brazos. Y bien, si hubiese encontrado en su camino un buen tipo deseoso de ser un buen marido y un buen padre para sus hijos, ella hubiese tenido que renunciar a ello o renunciar a su práctica religiosa. Es impensable y cruel.

Es un caso semejante ¿Qué se hace en el Islam?

Uno se puede volver a casar.

¿Se admite entonces el divorcio?

Naturalmente. El divorcio puede ser solicitado por las dos partes sin que ninguno de ellos tenga el sentimiento de ofender a Dios. Quiero ser clara. Dejemos los problemas sociológicos y volvamos al texto. En la norma, a la mujer no se la considera como inferior. Cuando el Corán habla de los derechos fundamentales, dice siempre: “los creyentes y las creyentes... los musulmanes y las musulmanas...”. La mujer tiene sobre su marido los mismo derechos que el marido sobre su mujer.

No en lo que se refiere a la herencia.

Es verdad; la herencia de la hermana es la mitad solamente de la del hermano. Recuerdo que al principio, esto me horrorizaba hasta que comprendí por qué era así. Tenga en cuenta que no se puede sacar una prescripción jurídica de su contexto y dejarla en el aire. Hay que saber que, en el derecho musulmán, el matrimonio se hace siempre bajo el régimen de separación de bienes. Si el marido se arruina, la mujer no está obligada a contribuir. Si ella trabaja, si ella recibe herencias o regalos, puede hacer lo que quiera con ello. En cierta forma, es incluso más independiente que el hombre, porque es él quien está obligado a mantener a su mujer, su hermana o sus parientes próximos.

Por ejemplo: los padres mueren dejando una hija y un hijo. La hija no tendrá más que la mitad de lo que recibirá su hermano. Pero ella podrá disponer de su parte como quiera. No estará obligada a nada. Su hermano, por el contrario, deberá pasarle una pensión. Deberá igualmente ayudar a los otros miembros de la familia que tengan necesidad de ello. No es por lo tanto injusto que tenga una parte doble de la de su hermana.

Lo que Ud. dice entonces puede ser válido para una sociedad tradicional, pero incluso los musulmanes viven cada vez menos en estas sociedades tradicionales. Las familias estallan en sus casas como en las nuestras y los chicos son sin duda mucho menos solidarios que sus familias de antaño. En esas condiciones ¿Esta ley, en su principio, no sería injusta en los hechos?

Hace algunos años, cuando representaba a Francia en un seminario sobre el pensamiento islámico, hice esta pregunta a tres eminentes juristas: al hijo de Iqbal que es el presidente del Tribunal Supremo de Lahore, al maestro Ben Djelloun que era decano del Colegio de Abogados de Marruecos y a un muy celebre abogado egipcio.

Les dije: “Todo esto, es muy bonito. Está bien en una sociedad tradicional, pero tomemos una hipótesis de trabajo: los dos padres mueren en un accidente de coche. La hija se queda sola en el Cairo o en Argelia. Tiene un hermano que dejó la familia a la edad de 15 años y que se hizo rico porque se instaló en Chicago donde se caso con una millonaria. Después de mucho tiempo, no da señales de vida. ¿Le enviarían Uds. el doble de la parte de la herencia y dejarían a la chica morir de hambre en Argelia o en el Cairo?

Los tres estuvieron de acuerdo en responder que sería una iniquidad y que un versículo del Corán no puede provocar una iniquidad. En el plano práctico, no pudiendo abrogar un versículo del Corán, se sentirían obligados a enviar al hermano el doble de la parte de la hermana, pero esta parte, no la enviarían más que acompañado de un acuerdo estipulando lo siguiente: el hermano no podría tocar este dinero más que a condición de comprometerse a ingresar todos los meses una pensión alimentaria para su hermana.

Es justo y es perfectamente conforme al espíritu del Corán.

El derecho musulmán es un derecho apasionante porque, como en el inglés, los jurisconsultos tienen una gran libertad de interpretación. Hay, claro, el riesgo de que el juez sea limitado de entendimiento pero nada es perfecto bajo el sol.

Díganos alguna cosa sobre el testimonio. El del hombre parece ser, vale más que el de la mujer puesto que el Corán dice:

“Si no encontráis dos hombres, elegid un hombre o dos mujeres”.

Es verdad y eso me irritaba mucho. También pregunté a mis tres jurisconsultos que no tuvieron necesidad de concertarse para ponerse de acuerdo. Estuvo justificado quizá en otro tiempo, en los tiempos pre-islámicos, cuando las mujeres estaban encerradas en sus casas. Pero es una regla, que ella misma cae en desuso.

Saben, soy una mujer y no me gustan los machistas, pero machistas, los hay no solo en el Islam. También hay muchas mujeres maltratadas en Francia, Irlanda, en Estados Unidos...

Sin embargo si no se puede cambiar ni una línea del Corán ¿Cómo puede el derecho musulmán cambiar y adaptarse a su tiempo?

Gazzali, que es un poco el Santo Tomás de Aquino del Islam hace esta distinción:

Hay en el Corán tres clases de versículos:

- Aquellos que conciernen a la religión ontológicamente. No hay más que un Dios que es amor, misericordia, etc.. Estos no hay que tocarlos;
- Aquellos que establecen el rito. En principio, no se les debe tocar pero puede haber derogaciones. Por ejemplo, el ayuno dejar de ser una obligación para las mujeres en cinta, los enfermos, los viajeros...
- Aquellos que se refieren a las relaciones personales, ya trate del estado personal, asuntos comerciales, etc.

Gazzali que murió en el 1111, dijo a este respecto: “Es evidente que esto debe cambiar con las épocas.” Es aquí sobre todo donde se sitúa el trabajo de los pensadores y de los juristas cuya razón de ser es, por retomar el título del libro de Iqbal, “reconstruir el pensamiento religioso del Islam”.

Denos un ejemplo de lo que puede ser revisado

La usura está prohibida en el Islam. Es evidente que en la edad Media, el usurero era un patrono avaro y malo que prestaba dinero a sus campesinos en tiempos de malas cosechas y que, en consecuencia, les hacía vomitar hasta que no pudiesen más.

Pero en nuestros días ¿Se puede decir que se trata de usura cuando se funda, por ejemplo, una compañía de aviación con acciones, obligaciones, intereses? Seguramente no. El dinero puede y debe ser retribuido. No es usura porque hay una contrapartida de riesgos que no había antes.

Todos los jurisconsultos musulmanes que he podido conocer están al menos de acuerdo con este punto. El derecho islámico debe tener en cuenta la evolución de los tiempos.

¿Y la poligamia? Hemos conocido el año pasado a mujeres marroquíes que nos explicaron lo siguiente: el Profeta, viviendo un tiempo en el que era una institución respetada, no pudo abolir la poligamia. Tampoco Jesús, en su tiempo, pudo dar a las mujeres el lugar que, manifiestamente, les daría hoy en día. El Profeta hizo lo posible para reglamentar esta costumbre. En consecuencia, los hombres musulmanes son quienes fueron en contra del profundo pensamiento del Profeta.

Estoy de acuerdo. Ya sabía que Uds. me harían esta pregunta. Aquí también hay que volver al texto y a la época en la que fue escrito.

Lo que no sabe la gente que habla a tontas y a locas de la poligamia, es que está extremadamente restringida. Antes de la venida del Profeta, las mujeres de Arabia no eran mas que objetos y la poligamia era practicada sin límites. El Profeta no podía abolirla de la noche a la mañana y sin duda tampoco tuvo esa idea, pero la limitó considerablemente.

Hay que decir que al principio del Islam, había cantidad de hombres que eran muertos en la guerra. La Meca era un puerto donde florecía la prostitución y donde las huérfanas y viudas no tenía ningún medio para ganarse la vida. Debían morir de hambre o prostituirse. Les valía mas ser la segunda mujer de un señor. Es lo que deja entender este versículo citado tan frecuentemente:

“Si teméis no ser equitativos en materia de huérfanos, entonces desposad a quien os guste de entre las mujeres, con dos, tres o cuatro. Pero si teméis no ser justos, entonces solamente con una”.

¿Qué quiere decir esto exactamente? Quiere decir que la poligamia era una medida excepcional para casos excepcionales pero que la regla era la monogamia, que también está este versículo:

“No desposéis mas que una, esto es mejor para los dos.”

Mas tarde claro, los hombres, machistas como son, no tuvieron en cuenta el espíritu mismo del Corán. Además, tengan en cuenta, todos los países islámicos no tienen la misma actitud vis-a-vis hacia la poligamia. En Turquía, país laico, está estrictamente prohibida. Las mujeres turcas han votado o pilotado aviones antes que las francesas. Son libres como el aire. No digo que sea verdad en el fondo las campañas, pero entonces, esto depende del dominio de la sociología.

En Túnez, no se admite tampoco la poligamia.

Pakistán tiene una actitud intermedia que me parece bastante conforme con el derecho musulmán: el hombre que quiere casarse con una segunda mujer debe dirigirse a los tribunales y dar sus razones. Si él dice: “Estoy casado desde hace 25 años pero me he enamorado de mi secretaria y quiero casarme con ella”, no le darán jamás permiso. Pero tendrá este permiso si tiene una mujer enferma en cama o encerrada en un asilo.

Por regla general y resumiendo, se puede decir que la poligamia no es buena nunca y que no se puede acudir a ella mas que en casos muy particulares.

Si Ud. hubiese tenido un marido musulmán ¿Habría aceptado que trajera una segunda mujer a la casa?

¡Ah no! ¡Le habría arrancado los ojos! En todo caso, me habría divorciado. Saben, el Profeta era mucho mas liberal de lo que se cree. Se cuenta que un día, una mujer joven fue a buscarle y tuvo lugar este diálogo entre ellos:

- Quisiera divorciarme.
- ¿Tu marido no es amable contigo?
- Si, lo es
- ¿Te da todo lo que necesitas?
- Si, me consiente mucho
- ¿Entonces, que es lo que marcha?
- No le amo. Son mis padres quienes me casaron y yo no estaba de acuerdo.
- Si es así, eres libre.

Esto fue impensable mas tarde, pero esta pequeña historia tiende a probar que son los hombres los

que, endurecieron la enseñanza en su provecho.

Hablenos de la guerra santa, esa famosa "Djihad" que da tanto miedo a los occidentales.

Es un contrasentido. Djihad quiere decir lucha y lo que es ortodoxo en el Islam es considerar que esta lucha debe ser llevada contra nuestros pecados y contra nosotros mismos. Se trata sino de una lucha interior.

Volviendo de una expedición, el Profeta dijo un día a sus compañeros:

“Volvemos de la pequeña guerra. Ahora, debemos liberar la gran guerra contra el pecado”. Eso es la Djihad.

Son los políticos que han hecho la guerra santa de la que Uds. hablan. Las religiones, desafortunadamente, no son conducidas por santos. Son frecuentemente los políticos los que dirigen el juego y que se sirven de la religión. Cuando quieren conquistar las tierras o hacer crecer su poder, dicen que es una guerra santa. Pero la idea de cruzada no pertenece solamente a los musulmanes.

Póngase en el lugar del francés medio que ve lo que ha pasado en Teherán. Hoy, mucha gente tiene la impresión que hay un peligro musulmán.

No hay que olvidar que hubo un colonialismo occidental y les salió el tiro por la culata. No son los argelinos venidos a Francia, sino los franceses que invadieron el Magreb, después Indochina. Son los europeos quienes masacraron los aztecas, los mayas, los incas y destruyeron estas civilizaciones que fueron grandes civilizaciones. ¿Y que hemos hecho de Africa? Todo esto es relativamente reciente. La abolición del servilismo en Rusia no data mas que del siglo pasado. Encuentro que en Occidente, nos justificamos muy fácilmente.

No me gustan los integristas y detesto lo que se hizo en Irán pero hay que reconocer que es la consecuencia. Fui a Irán en tiempos del Shah; no era muy agradable.

Tras él no ha mejorado la situación.

No y es lo que se llama salir de las brasas para entrar en la hoguera. Incluso entre aquellos que detestaban al Shah, muchos sienten hoy en día que el Shah ya no esté. En aquellos tiempos, encontré un Irán bastante desagradable. Había un tipo de occidentalización a ultranza que terminó por engendrar un movimiento de rechazo. Recuerdo haber pedido un día una ensalada en el restaurante. Me la sirvieron con tocino. Dije que no comía cerdo y me respondieron que la ensalada era así. Otra vez, fui invitada al Grand Hôtel de Shiraz. El menu estaba compuesto por hamburguesas y cosas de ese tipo. Todo envuelto en una música pop extremadamente difícil de soportar. A las 4 horas de la mañana, hombres de negocio americanos entraron borrachos dando portazos. Era una jaula de monos, una caricatura de América. Esperaba sin embargo, en Shiraz, tener una buena comida persa y un poco de música bonita!

Naturalmente que Jomeiny y sus excesos eran abominables, pero encarnaban el rechazo.

Al punto de imponer el tchador.

¡Hablemos del tchador! No es en absoluto islámico. El Corán impone a las mujeres ir decentemente vestidas pero no les ha dicho jamás de ponerse un velo en el rostro. Cuando fui en peregrinación a la Meca, vi mujeres yemenitas llegar con el velo sobre el rostro. Se les hizo quitárselo. ¡Las pobres! Me dieron la impresión de sentirse tan desafortunadas como yo me hubiera sentido si me hubiesen

obligado a quitarme mi blusa.

No hay que confundir el velo en el rostro y el pañuelo.

Hay en relación a esto una historia encantadora que muestra bien que en tiempos del Profeta, las mujeres no estaban veladas. Hacia el final de su vida él marchaba con un joven compañero cuando una chica le paró diciéndole: “Oh enviado de Dios! Mi padre es muy anciano y él hubiese querido hacer la peregrinación. ¿Puedo hacerla yo en su lugar?”. El Profeta le dio permiso, después se volvió hacia su compañero que debía tener unos 17 o 18 años y le preguntó: “¿Crees que es realmente el momento de mirar el rostro de las chicas bonitas?”.

Saben, los periodistas cuentan cantidad de cosas a propósito de lo que sea. Tomen por caso la lapidación. Un día, Henri Fesquet me pidió que escribiera para “Le Monde” un artículo sobre las lapidaciones de mujeres adúlteras en Irán. Consulté todas las autoridades competentes y todas estuvieron de acuerdo en afirmar que la lapidación no era en absoluto islámica.

Ya es difícil, por no decir imposible, probar que el adulterio ha tenido lugar. Perdonen si escandalizo sus castos oídos pero el Sheij de Al Azhar que es un hombre como se debe ser, muy encompetado, me recordó un día que, para constatar un adulterio, hacía falta cuatro testigos a condición que no fuesen ni parientes ni amigos del marido.

Tomemos un caso típico: un marido parte de viaje diciendo a su mujer que no volverá en algunos días. El vuelve la misma noche y se encuentra con su mujer en brazos de un señor. ¿Qué puede hacer? Puede pegarle una paliza al amante, pero eso es todo. Si se quiere divorciar pretextando adulterio, deberá aportar cuatro testigos y testigos que realmente hayan visto el acto. “Es necesario que no pase un hilo entre los dos cuerpos”, me precisó el Sheij de Al Azhar. Ya ven que no es fácil.

Admitamos no obstante que sea así, el castigo nunca fue la lapidación. Hay un versículo del Corán: “Incluso si han cometido un adulterio, si se arrepienten, perdonadlos”. Si lapidan a una mujer adúltera, se privan de la posibilidad de perdonarla y por ello ya no se sigue el hilo del Corán. Terminé mi artículo para “Le Monde” contando esta historia: El Profeta recibió un día en Medina a una mujer que estaba atormentada por los remordimientos y que le dijo: “Oh Profeta, he cometido adulterio” ella lo repitió tres veces y él terminó por decirle: “Vete ahora”. Puse este texto en paralelo al de Jesús donde dice a propósito de la mujer adúltera: “Aquel de vosotros que no haya pecado que tire la primera piedra”.

No digo que no haya lapidación en Irán pero, si la hay, afirmo que es abominable y que no tiene nada de coránico.

Pero me parece que hablamos demasiado de sociología pues, lo repito, todas estas cuestiones, el velo, la herencia, la poligamia, las lapidaciones.. son problemas sociológicos que no tienen nada que ver con el Islam en su profundidad, ese Islam de los místicos y de los santos a los cuales he consagrado mi vida.

Entre estos místicos y santos, hubo muchas mujeres que tuvieron a menudo numerosos discípulos, la hija de Sultan Valad por ejemplo y otra mujer de Konya, ‘Arifa Hosklika. Y después hubo la más célebre de todas, Rabî’a.

Esta me encanta particularmente porque estaba llena de amor y humor. ‘Attar habló mucho de ella en *El memorial de los santos*. Fue también una mujer de buen sentido como lo testimonia la respuesta que dio a un hombre que vino a acusarse ante ella de haber cometido numerosos pecados. “Si me arrepiento, le pregunta él: ¿Dios se volverá a mi?”. ”No, le respondió ella, pero si El se

vuelve a ti, tú te arrepentirás”.

Vivió en el s. IX y fue la primera gran sufi del Islam. Era una antigua cantante, no una cortesana, como se ha dicho a menudo, sino mas bien un poco como una geisha. Fue esclava, pero su señor la liberó después de haberla oído orar. Ella escribió bellos poemas algunos de los cuales han sido traducidos por Massignon.

Ella me hace pensar a menudo en Teresa de Avila. Recuerdo esa historia en que un día, Teresa viajaba para ir a ver uno de sus monasterios en uno de esos horribles carricoches de su tiempo. Pasó por un vado y cayó al agua, estaba empapada hasta los huesos y dijo al Señor: “Si es así como tratáis a vuestros amigos, comprendo que tengáis tan pocos”.

Rabî'a expresó un día el mismo sentimiento. Estaba en su pequeña célula y había decidido ayunar todo el día. Sobre un estante, había dispuesto un bol de agua, una candela, un vaso de aceite y un trozo de pan. El trozo de pan embebido en aceite debía ser su cena para la noche, el agua debía calmar su sed y la vela le permitiría leer el Corán antes de dormirse. Al final del día, cuando esperaba con cierta impaciencia el momento de beber y de comer, el gato saltó sobre el estante y tiró el agua que apagó la vela y mojó el pan. No teniendo nada más, ella como Teresa, se puso a murmurar contra su Señor. Entonces escuchó una voz preguntándole: “¿Qué prefieres, mi amor o tu comida?” Naturalmente, Uds. se lo figurarán, respondió enseguida: “Vuestro amor, Señor!”.

Me gusta la familiaridad de estas dos mujeres con lo divino.

Rabî'a era muy conocida en su tiempo. Los hombres celebres, grandes sufíes no tenían vergüenza en acudir a consultarla. Joinville hablará de ella, algunos siglos mas tarde, diciendo que corría por las calles llevando en una mano un cántaro de agua y en la otra una antorcha encendida. El cántaro de agua, dice, era para apagar las llamas del infierno y la antorcha para prender fuego al Paraíso.

Ella quería tanto que su plegaria fuese desinteresada que repetía sin cesar: “¡Oh mi Dios! Si te adoro por miedo al infierno, quémame en el infierno; si te adoro en la esperanza del Paraíso, exclúyeme del Paraíso; pero si te adoro por Ti solo, no me escondas Tu belleza imperecedera” realmente ella fue la primera en cantar el amor puro.

Volvemos al Esencial.

Si. Como todos los místicos, Rabî'a quiso ir hasta la renuncia total, al vacío, pasividad del espíritu que Rûmî un día ilustró con aquella parábola en la que compara como se dirigen hacia Dios los estudiantes de teología y los místicos sufíes:

“Un día, cuenta, un rey llamó a su palacio pintores venidos unos de China y otros de Bizancio. Se entiende, que chinos y griegos pretendían ser los mejores. El rey les encargó decorar de frescos dos muros que estaban uno frente al otro. Una cortina fue colocada entre los dos grupos que competían rascando cada uno un muro sin saber que hacían sus rivales. Pero mientras que los chinos empleaban todo tipo de pinturas y desplegaban grandes esfuerzos, los griegos se contentaron con pulir su muro y lijarlo sin descanso. Cuando la cortina fue retirada, se pudo admirar los magníficos frescos de los pintores chinos reflejándose en el muro opuesto que brillaba como un espejo. Todo lo que el rey había visto y admirado en el muro de los chinos parecía mucho mas bello en el muro de enfrente.”

Y Rûmî explica:

“Los griegos son los sufíes, no tienen estudios, ni libros, no tienen erudición.

Pero ellos han pulido sus corazones y los tienen purificados del deseo, de la codicia, de la avaricia y del odio.”

Se trata siempre, en el fondo, del eterno diálogo entre el filósofo y el místico, entre aquellos que hablan de Dios y aquellos que lo viven. Un diálogo que no cesará nunca y que será siempre un diálogo de sordos. El razonamiento lógico se compara a menudo con el bastón de los ciegos. Solo un corazón abierto puede conseguir lo esencial del Esencial y comprender en su profundidad esta maravilla distica de Rûmî.:

“Lo que Dios dice a la rosa y que hizo expandir su belleza
él se lo dijo a mi corazón y lo ha hecho cien veces mas bello”.

El místico es ante todo, un vidente de lo invisible. Toda su vida no es vivida mas que para eso.

Un día preguntaron a Bayazid que edad tenía y respondió: “Cuatro años”. Le dijeron: “¿Cómo es eso posible?” y respondió: “Durante setenta años, este mundo me ha disimulado a Dios, pero Le he visto durante los últimos cuatro años; el plazo durante el cual se está velado no pertenece a la vida.”

*Me parece que aquí, nos encontramos con el Evangelio y la famosa conversación con Nicodemo:
“En verdad, en verdad, te digo: a menos de nacer en lo alto, nadie puede ver el Reino de Dios.”*

Es eso, y es el por qué este hombre perfecto, que es la culminación última de todos los que buscan, es definido así por los sufíes: el hombre que nace por segunda vez y que es plenamente consciente de su unidad esencial con el Ser divino a cuya imagen está hecho.

Es lo que Rûmî llama la resurrección espiritual: reconocer esta semejanza esencial con la Realidad última una vez transcendida la ilusión de la dualidad.

Perdóneme si la cito pero fue Ud. quien escribió en "Mística y poesía en el Islam":

"El hombre perfecto es, pues, la razón de ser del cosmos, porque es el eslabón intermedio entre lo divino y las cosas creadas; y porque Dios quiso que "el tesoro de Su amor y de Su generosidad fuese desvelado", El se sirve del santo como del medio a través del cual El se revela a sí mismo y se revela a las criaturas. De aquí resulta el doble papel del hombre perfecto.

Es exactamente eso. Conocerse a sí mismo, dijo Rûmî, es descubrir Dios en uno mismo. Esto me recuerda la famosa parábola del pobre de Bagdad:

Había malgastado toda su herencia y se encontraba en la indigencia. Después de que hubiese dirigido a Dios ardientes plegarias, soñó que escuchaba una voz que le decía que había en la ciudad del Cairo un tesoro escondido en cierto lugar. Partió entonces y llegó al Cairo sin dinero, resolvió mendigar pero tuvo vergüenza de hacerlo antes de la caída de la noche. Como erraba por las calles fue aprehendido por la patrulla que lo tomó por un ladrón y lo apalearon antes de que pudiera explicarse. Tuvo al fin la ocasión y contó su sueño con tal tono de sinceridad que convenció al teniente de policía. Este le gritó: "Veo que no eres un ladrón, sino un hombre valiente, pero ¿Cómo has podido ser tan estúpido para hacer un viaje tan largo basándote en un sueño?. Yo, he soñado muy a menudo con un tesoro escondido en Bagdad, en cierta calle, en la casa de Untel y no me he puesto en ruta por eso. "Ahora, la casa que mencionaba era la del viajero. Este último dando las gracias a Dios que la causa de su fortuna fuese su propio error, volvió a Bagdad donde encontró el tesoro enterrado bajo su propia casa.

Es una bella historia y como todas las historias sufies, va mucho más lejos de lo que parece. ¿Por qué ir a buscar tan lejos, cuando Aquel que buscamos con todo nuestro ser se oculta en nuestro propio corazón?.

Cuanto más la escuchamos hablar, mas nos fascina. Ud. ha aprendido tanto y sabe tantas cosas para enseñar. Sin embargo ¿El hecho de ser una mujer le impide ser recibida como debería serlo?

No es molesto en absoluto. Cuanto más avanzada en la vía espiritual sea la gente que conoces es mas fácil.

Me pasó un día una cosa bastante rara. Un día, cuando estaba en la universidad del Cairo, recibí una llamada telefónica de un Sheij que no conocía y me preguntó: "¿Está Ud. libre el viernes próximo?. La necesitaría en la mezquita de Heliopolis". Heliopolis, es el barrio elegante del Cairo, un poco como Neuilly. Hay una gran mezquita donde debía encontrarme después de la plegaria del viernes.

Llego puntualmente delante de la puerta y pregunto al guardián donde se encontraba la entrada de las mujeres. "Es por aquí, me dijo, pero Ud. señora, a Ud. se la espera en la entrada de los hombres". Me vuelvo a poner los zapatos, vuelvo por donde vine y llego delante de una asamblea de aproximadamente doscientos hombres que estaban sentados en tierra. La plegaria acababa de terminar. Estaba sentado delante de una pequeña mesa un anciano Sheij con barba gris que no conocía. "¡Ah doctor! me dice "Venga a sentarse a mi lado." Le pregunté la razón y me respondió que ya lo vería. Me senté, sintiéndome muy torpe, no comprendiendo lo que quería de mí. Tomó al fin la palabra: "En fin, me dijo, le he pedido que viniera porque quería que todos estos hombres, algunos de los cuales son hostiles a la educación de las hijas, sepan que, todo y siendo una madre de familia, una occidental, una universitaria, se puede llegar al Islam por el estudio. Así pues, ¿Querría Ud. contarnos su trayectoria?"

Dije que mi árabe no era suficientemente bueno pero me pidió que hablara en inglés afirmando que lo traduciría. Narré entonces mi itinerario y cuando descendí del estrado, todos estos hombres quisieron estrecharme la mano. Fue extraordinario. Estoy segura que algunos de esos hombres vieron fundir, el tiempo de una charla, prejuicios que alimentaban desde su infancia.

Esos prejuicios, además, no están siempre tan establecidos como se podría creer. Hace algunos años, visitaba la medina de Argel con el conservador de monumentos históricos de Argelia. Quería enseñarme como, durante la guerra, se podía pasar de terraza en terraza para escapar de los paracaidistas. Había tenido además un hijo que había sido muerto bajo tortura, pero no guardaba amargura por ello porque había sabido perdonar.

En un momento dado, me dijo: "Es la hora de la plegaria, pero si debemos ir hasta la gran mezquita, la plegaria ya habrá acabado cuando lleguemos. Hay allí una pequeña sala de oración pero está reservada a los hombres. No puedo, sin embargo, dejarla fuera". Delante de la puerta había en efecto un hombre que llamaba a la oración. Mi guía le expuso su problema y el hombre respondió: "¡Que venga!". Era una pequeña sala de muros blanqueados con cal. Me puse discretamente en el fondo pero me hicieron lugar entre ellos. Al final de la plegaria, como se hace a menudo, se colocan en circulo. Aproveché para decir a esos hombres que les agradecía mucho haber derogado, por mí, su costumbre. Entonces un anciano obrero me dijo maliciosamente: "¡Ah señora! Ud. nos ha dado una distracción. ¡Estábamos tan contentos! Nos decíamos: ¡Vaya! he aquí una mujer, una francesa, que viene a orar así con nosotros. Estábamos tan contentos, no pensábamos más que en eso.

Capítulo 9

Leí el otro día, preparando nuestras conversaciones, un poema de Rûmî que me chocó mucho. Permítame que se lo lea antes de hacer mi pregunta:

"Todos nosotros hemos sido parte de Adam, hemos oído las melodías del Paraíso.

Aunque el agua y la arcilla (de nuestros cuerpos) hayan hecho caer sobre nosotros la duda, algo de esas melodías nos vuelve a la memoria.

Pero mezclados como están en esta tierra de aflicción ¿Cómo esos sonidos agudos o graves podrían procurarnos las mismas delicias?

Es por ello que la "Sama" es el alimento de los amantes de Dios, pues contiene la imagen de la paz."

En este poema, Rûmî, parece decir que hemos conocido el estado paradisiaco y que, una vez en la tierra, no cesamos de sentir la nostalgia.

No solamente Rûmî, pues es uno de los temas esenciales de la poesía y de la mística musulmanas. Iqbal valoró muy bien esto.

Se dice que el sufí es el hijo del instante y añado de paso, que esto condiciona una cierta estética.

Por ejemplo?

Tomemos un poema sobre el otoño. Si fuese un poema japonés, tendría cuatro líneas. Diría:

"Llueve
El cielo está gris
Mi corazón está triste
Las ranas croan"

Si fuese un poema romántico, sería:

"Los largos sollozos de los violines de otoño..."

Hay un comienzo y un final, mientras que en un poema de la cultura musulmana, habría una yuxtaposición de dísticos que tiene un sentido completo cada uno por sí mismo, dísticos que se yuxtaponen e intercambian sobre un hilo que se llama el "Hal", una palabra que no se puede traducir. De hecho, el poema expresa el estado espiritual del momento. Así pues un poema sobre el otoño nunca será muy alegre. La tonalidad, como una clave de sol, será cierta melodía y los dísticos, repito, serán intercambiables. Es como un collar de perlas cuyo hilo sería la tonalidad general y las perlas los diferentes dísticos.

Esta insistencia en el instante presente condiciona también cierta visión del mundo. Lo que importa, es la instantaneidad, todo lo que puede ser contenido en una intemporalidad. Es por ello que se dice que toda la noción cuántica de la física estaría ya en germen en los árabes porque tenían esta noción del tiempo que, en última instancia, podía incluso ser reversible si así le place a Dios. El valor de esto fue muy defendido por pensadores como Iqbal quien, él mismo, quedó muy marcado tras su encuentro con Bergson.

Volvemos a tocar una vez más la noción del recuerdo.

Exacto. Además el Corán es un recuerdo en lengua clara. Podría multiplicar las citas para probarlo. De sura en sura, la palabra "recuerdo" vuelve y vuelve sin cesar. El recuerdo de lo que es eterno y que puede ser apercibido instantáneamente por el alma. Recuerdo que se manifiesta por lo demás puntualmente puesto que, según el Islam, Dios no deja nunca un pueblo sin una revelación. San Pablo no dice otra cosa: "En diversos tiempos, en diversos lugares, Dios ha hablado a los patriarcas y a sus profetas."

Los hindúes dicen más o menos lo mismo.

Es normal puesto que es fundamental. Digo a menudo que el Islam es algo así como el denominador común de las grandes religiones. El rito, por ejemplo, se implantó sobre lo que Uds. llaman justamente el recuerdo. Se vuelve siempre a él en todos los textos sagrados, sea cual sea su origen. Dios dice sin cesar al Profeta: "Lee y repite, recuerda, renueva, vuelve a la consciencia lo que ha sido dicho tan a menudo y tan a menudo olvidado."

La palabra griega en los Evangelios "Pleromaï" quiere decir: dar la plenitud de sentido. Es una bella palabra. En el fondo, ya saben, este recuerdo es continuamente necesario porque siempre el gran riesgo de las religiones ha sido convertirse en legalistas, ritualistas, gente gélida. Hay que hacer recordar siempre el Esencial a los pueblos y a las comunidades religiosas, así como a los individuos.

Pero entonces también podemos imaginar que el hombre tal como es ha tenido el conocimiento de la plenitud antes de su nacimiento y que tenía también un recuerdo en ese sentido.

Habla como un muy buen musulmán, querido amigo. Río porque es una excelente pregunta y que agradezco tanto más por habérmela planteado porque yo debería ya haberlo respondido.

Ya les he dicho cuanto me gustaba Platón. Bien, encuentro continuamente en el Corán cantidad de cosas que pertenecen a Platón y en particular a la noción de la reminiscencia. El recuerdo interior en cierta forma, la noción de testimonio que es tan fundamental en el Islam puesto que no se hace uno musulmán más que testimoniando que no hay más Dios que la Divinidad.

¿Por qué el hombre es testigo? Justamente porque recuerda la plenitud vivida antes de su nacimiento.

Hay en el Corán un versículo muy misterioso y que naturalmente ha sido objeto de volúmenes y volúmenes de exégesis. Dios interroga a los hombres aún no creados, o sea, que están en los riñones del Adam primordial. Les pregunta: "¿No soy Yo vuestro Señor?". Y estos seres, que están todavía en el pensamiento de Dios, responden: "En verdad, Tú lo eres."

Así, antes de nacer, o más bien de encarnarse, esas almas han prestado juramento de alianza a Dios, su Creador reconociendo su soberanía sobre ellos. He aquí por qué los místicos musulmanes dicen a menudo: "Si sentimos nostalgia por lo divino, es que lo hemos conocido antes. Si amamos la música, es que nos recuerda cosas ya oídas. Si amamos la belleza, es que hemos visto a Dios y cual era su Belleza..."

Entonces, hay cierta noción de testimonio. Y el mejor testimonio que el hombre puede dar, es someterse a Dios. Fíjense que es una actitud supra-confesional. Muy a menudo, los musulmanes dicen: "Este budista es muy buen musulmán porque está totalmente sometido a Dios." Insisto sobre el hecho de que esta remisión a Dios no es posible más que porque ella ya había tenido lugar más allá del tiempo, en lo que es nuestro "yo" superior, el "Ser uno mismo" como dirían Rûmî e Iqbal.

Rûmî decía siempre que entre el pequeño "yo" de la vida cotidiana y el gran "Ser", hay una distancia mas grande que el mar. Es muy hindú, eso, es muy vedanta.

Una distancia inmensa entre el pequeño "yo" y el gran "Sí mismo" pero al mismo tiempo una posibilidad de fusión en una supra-consciencia. O si Uds. prefieren, en la psicología y el psico-análisis occidentales, se habla del inconsciente, del subconsciente y del consciente. Es como una casa con un desván y una planta baja. En el sótano bullen los ratones y arañas. Si no son demasiado molestos, todo va bien pero si suben a la planta baja, aparecen las neurosis o las psicosis.

Sin cuestionar las adquisiciones del psico-análisis, en la cultura musulmana se cita una supra-consciencia a la que se llama el "Sirr", es decir, el secreto del hombre. El secreto, esa chispa divina que está en él, el hombre lo olvida a menudo pero, a veces, lo recuerda.

Hay una encantadora historia de Sohrawardi, un gran místico del Islam que ilustra muy bien lo que acabamos de decir, es la historia del pavo. Un príncipe criaba pavos en un bello jardín. Ellos vivían felices, bien alimentados y no tenían otra ocupación que desplegar sus alas y sus colas. Un día, no se sabe muy bien por qué, el príncipe cogió un pavo y lo hizo meter en un saco de cuero atado de modo que solo dejaba una apertura para que pudiese comer y respirar. El pavo al principio se sentía muy desgraciado, después, tras cierto tiempo, comenzó a sentirse bien en la calidez de su saco. Pasado un tiempo todo iba bien, se había habituado a su nueva condición.

De vez en cuando, sin embargo, la brisa le trae el perfume de las flores. Escucha de lejos el grito de sus congéneres en el jardín maravilloso y se siente preso de una extraña nostalgia que no sabe definir. Comienza a sufrir como sufre el hombre que conserva un recuerdo del Paraíso perdido. Afortunadamente, el príncipe decide pronto que la prueba ha durado bastante. Rompe el saco de cuero y el pavo puede retomar sus juegos en el jardín.

Es una bella historia que nos concierne a todos y como les he dicho, ilustra perfectamente el gran tema de la mística musulmana que es el del retorno. Todos somos como el pavo. Escuchamos a veces una bella música y nuestro corazón se agita. No es realmente un recuerdo. Es la anamnesis de Platón, la reminiscencia.

En el Islam, las almas preexisten a los cuerpos, por lo tanto recuerdan. Hay esa noción del Léthé, del olvido. El Corán, como les dije, pone acento frecuentemente en el hecho de que el hombre es olvidadizo, no solamente de Dios, sino de lo que él mismo es en realidad. Todo tiende a una toma de consciencia que, por definición, debe ser espontánea. Se vuelve a encontrar esta noción de intemporalidad, de momento privilegiado.

Es entonces, para recordar, que se practica el Dhikr?

Eso es. En el Corán, Dios dice: "Recordadme, y yo os recordaré." El Dhikr es pues una rememoración. Se recuerda acallando la mente por la repetición. Es lo que hacen los Hindúes con los mantras, los católicos con el rosario o los ortodoxos con la plegaria del peregrino ruso.

Si no hubiese esta nostalgia en el fondo de nosotros, este recuerdo continuo, ¿Por qué iríamos a buscar más lejos? Viviríamos en lo concreto y eso nos bastaría.

Hay quien lo hace.

Sin duda, pero estoy persuadido de que todos los seres humanos tienen en ellos esa nostalgia. Simplemente, algunos la proyectan sobre otra cosa.

Cierto.

El Sheij Ben Tounès nos decía que ser sufi, era recordar constantemente a Dios.

Así es, y no insistiré nunca lo suficiente sobre la importancia de esta noción del recuerdo. En cierta manera, en el Islam, el pecado contra el Espíritu, es la dejadez.

Por ejemplo cuando uno se equivoca en la plegaria o cuando se pone uno a pensar en los impuestos, o en la carta a la que no se ha respondido, se debe hacer una plegaria suplementaria que se llama la plegaria del olvido. Es de hecho, una petición de perdón por nuestra dejadez.

Esta noción de dejadez, de olvido es esencial. Cuando se lee la Torah, el Evangelio o el Corán, hay siempre alguien que te tira de la manga y que te dice: "Despierta! ¡Duermes! ¡Te quedas atrás!". Es tan simple: ser creyente para un musulmán, es creer en Dios, en sus ángeles, en sus enviados, en su revelación y en la vida eterna. Es todo. El resto es ritual.

En esas condiciones, me siento musulmán.

Confío en que, en ese sentido, todos somos musulmanes. Dios envía Su palabra.

En los cristianos, se habla del Verbo.

Esto me recuerda algo bastante divertido: un teólogo católico me contó que cuando se quiso traducir el Evangelio de Juan en chino, no se encontraba una palabra para "Verbo". No había mas que la palabra "Conjugación", que, naturalmente, no convenía. La cuestión quedó en suspenso durante mucho tiempo y finalmente, la comisión romana de ritos permitió traducirla por "La Vía."

Se puede decir, en el fondo, que en todas las tradiciones, el propósito de la vida espiritual es el despertar?

Rûmî decía ya en el siglo XIII: "Yo no he venido a la tierra mas que para despertar las almas dormidas." Esa es la tarea del Maestro: provocar esta especie de gatillo que hace que el pavo recuerde haber vivido en un jardín principal.

Se podría decir, para simplificar, que las capacidades espirituales de los hombres difieren según la medida en la que se acuerdan. A este propósito, Rûmî cuenta esta parábola:

"Se trajeron esclavos negros de los países de los impíos al país de los musulmanes. Se les vendió, unos a la edad de cinco años, otros a la de diez años, otros a la de quince. Aquel que fue traído a edad mas temprana, que pasó numerosos años en casa de musulmanes y que envejeció en ella, olvida por completo el país donde nació, no queda ningún rastro de ese país en él. Pero si era un pequeño de más edad, permanece en él un pequeño recuerdo y ese recuerdo es mucho mayor si supera en edad a los otros dos. Así, las almas han estado en la presencia Dios... Su alimento y su substancia eran la palabra de Dios, sin letras y sin sonidos. Después, se les trajo a este mundo como niños. Cuando oyen esta palabra, no la recuerdan. Les es extraña. Es la descripción de aquellos que están velados y que son engullidos en el extravío; están aquellos que recuerdan un poco y en ellos surge el ardor por ese otro lado, son los creyentes. Y hay también hombres quienes, cuando oyen esta palabra divina, su estado anterior reaparece: los velos caen y se encuentran en la unión.

El sufi es pues aquel que se encuentra en la unión?

Si, a menos que prefieran esta definición fulgurante de Al Halladj: "¿Qué es el sufismo? Que tu

aniquilación sea tal que no tengas nada que negar, ni que afirmar."

Una definición que San Juan de la Cruz no habría rechazado. Lo que prueba, si hubiese aún necesidad de ello, que en la cima, todos se reúnen.

¡Bien entendido! Es por ello, que al entrar al Islam, no tuve el sentimiento de renegar de nada. Les confieso que no tengo ningún problema en recitar el Padre Nuestro que es una plegaria realmente universal.

En el fondo, ya lo hemos dicho, el escollo, para la armonía entre las religiones, es la afirmación de que Jesús-Cristo es el hijo único de Dios.

Es cierto. Si Uds. son cristianos, no pueden ser musulmanes en la institución, pero nada les impide serlo en el amplio sentido remitiéndose a Dios.

Se podría discutir siempre sobre la Trinidad, sobre María madre de Dios ,etc...

Si¿Pero de qué serviría?

Podemos en todo caso cesar de discutir, vernos, amarnos y ver lo que tenemos en común que es enorme.

Es verdad. Si se quiere entrar en detalle en los problemas, nos arriesgamos a perder el tiempo.

Tomemos por ejemplo la idea de la redención. Es imposible para el Islam. Uds. recuerdan sin duda ese cántico de Navidad en el que se cantaba: "... y de su Padre calmar la ira...." Se lo recordé el otro día a un Jesuita y me dijo que eso le hacía reír.

Que Jesús haya sido un mártir por amor, los musulmanes nunca lo han negado. Evidentemente, hay un versículo del Corán que ha sido extremadamente discutido y que dice: "Ellos no le han matado, no le han crucificado, eso es solo lo que les ha parecido." Hay sobre este versículo una explicación que no es admitida por los místicos en general, saben, la idea según la cual es un fantasma que habría sido crucificado en lugar de Jesús. Eso no parece muy convincente.

Debe haber sin embargo una doctrina oficial.

No realmente. Los musulmanes están divididos en este punto. Unos dicen que no murió en la cruz, que fue descolgado cuando todavía no había muerto. Argumentan que no recibió el golpe de gracia como los dos ladrones a los cuales se les rompió las piernas. Y también que cuando se le atravesó con la lanza en el costado, salió sangre, lo que probaría que no estaba muerto. Otros, y evidentemente, me inclino más bien por esos, afirman que el hombre fue crucificado pero que lo esencial es que su mensaje queda vivo. Reconozco que es un poco cogido por los pelos, pero ¿Lo esencial no es que él fuese un mártir del amor?

Y también un mártir de la Verdad. Rechazó edulcorar el mensaje para dar gusto a unos y a otros y por ello, le mataron.

Cierto. Saben, Jesús y María son personajes muy importantes para los musulmanes. Es mucho más profundo de lo que se cree. En Irán, cuando una niña pequeña hace tonterías, le dicen: " Vas a apenar a la Santa Virgen."

Tenía razón al decir que tenemos tanto en común.

Naturalmente y no olvido nunca lo que me dijo el Padre Abad del que les he hablado: "Lo bueno, es que todos digamos la misma cosa". Es tan cierto. Lean a los místicos y verán con que profundidad, más allá de las instituciones a las que pertenecen, viven todos la misma experiencia.

Capítulo 10

Constato que Ud. habla muy poco de sus Maestros. Creo que Ud. tiene un Sheij en Marruecos.

Es verdad, pero no quiere que se hable de él. Es un gran espíritu y tiene muchos discípulos. Me ha dado mucho, pero no puedo decir nada más.

Al menos puede hablarnos de Louis Massignon quien jugó un gran papel en su búsqueda.

Es un hombre que me ha aportado muchísimo. En todos los planos. Un gran sabio que me hizo el honor de hacer el prefacio de mi primera traducción de Iqbal. Me ayudó a descubrir muchas cosas que ignoraba completamente.

¿Cuándo le conoció?

Muy poco tiempo después de la guerra. Volviendo de la resistencia, como les dije, ingresé en el C.N.R.S. Estuve muy enferma durante cuatro años, una anemia muy grave, tenaz. Sin duda porque había pasado mucha hambre durante toda la guerra. En ese entonces conocí a Massignon.

Era un hombre extraordinario. Se que en el mundo musulmán, ha sorprendido muchísimo que conociendo tan bien el Islam, no se hubiese convertido. En realidad, era un místico que estaba más allá de dogmatismos y teologías. Y además tenía un espíritu muy curioso. Era bretón y vivía un poco en un mundo de premoniciones.

Estando a mi lado mi marido murió en unos segundos de un infarto. Se inclinó, creí que jugaba con los niños y cayó. En mi angustia, es a Massignon a quien primero llamé por teléfono. Un poco más tarde, en su casa, cuando hablábamos de mi marido, le pregunté: "Es bello creer en la vida eterna pero ¿Encontraremos allí al menos una sonrisa?" El me respondió: "Mi pequeña (es así como me llamaba porque tenía exactamente la misma edad de mi padre) cuando mi madre murió, me hice exactamente la misma pregunta. Me paseaba un día en Bagdad pensando en ella cuando un pequeño me ofreció una paloma. A estas palomas, se las llama aquí "Haqqi" porque "Haqq" quiere decir "Haqq, Haqq, Haqq". Bien cuando este pequeño me ofreció su paloma, pensé que era la respuesta de mi madre."

Debo confesar que no soy sensible a tales signos pero para un espíritu como el de Massignon, era una premonición. Fue, por lo demás, un hecho de este tipo el origen de su conversión. Lo contó en *Palabra dada*. Agnóstico, había estudiado árabe con Maspéro, lo que naturalmente, cuando tuvo que hacer su servicio militar, le llevó a Irak donde fue encargado de hacer apuntes topográficos para el servicio geográfico de la armada.

Era sobre el 1914. Le tomaron por un espía y le condenaron a muerte. Cuenta, y es muy bello, como se encontraba enfermo en una especie de cueva esperando que vinieran a buscarlo para fusilarlo. Por el respiradero percibía el reflejo de un río, no se si se trataba del Tigris o el Eúfrates. El, quien decía, no creer en nada, pensó en su madre que había muerto hacía poco y grito a Al Halladj del

cual ya había escrito la biografía: "Al Halladj, sálvame!" "En aquel momento, nos cuenta, me sentí muy pequeño y temblaba en la mano de Dios como un zorro del desierto". Estaba ahí cuando golpearon a su puerta para anunciarle que era libre; la gente con la que vivía alojado habían atestiguado a su favor y en aquella época turbulenta, hicieron peligrar su propia vida.

Toda su vida se trastocó de la noche a la mañana. Estaba obsesionado por la idea del huésped que simbolizaba la gente que le había salvado con peligro de sus propias vidas.

Evidentemente, cuando volvió a Francia, se precipitó a ver a todos los reverendos que conocía. Quería ser monje pero le aconsejaron que era mejor que se casase. Decía a menudo: "(Yo que quería ser monje!", lo que, todo sea dicho, no era muy amable para la Sra. Massignon. Ella no se molestaba: "Sabe mi pequeña amiga, me dijo un día, mi marido es un santo. "Dio un gran suspiro y añadió: "No siempre es divertido estar casada con un santo." Hay que decir que este hombre excepcional era de una generosidad algo loca: daba todo lo que tenía en la casa.

Volvió pues a su catolicismo de origen conociendo muy bien la mística musulmana y toda su vida, vivió como una deuda a pagar, la idea del huésped. La idea de que el Cristo era el huésped del tabernáculo fue muy importante para él. Era un hombre comprometido, se tendió delante del primer carro que partía para la guerra de Argelia. Un hombre también que no hacía cuentas. La Sra. Massignon me contó que, durante la guerra, como buena madre de familia, hacía auto-stop para ir a buscar provisiones en Bretaña a fin de alimentar sus cinco niños y a su marido pero, éste, en su ausencia daba todas las provisiones de la casa a aquellos que pasaban.

Iba a menudo a su casa y un día que estaba sentada en la biblioteca que daba al salón por una puerta vidriada, escuché no unos gritos, porque era gente muy cortés, sino como un murmullo de disputa. En fin, Massignon había abierto la puerta y gritaba levantando los brazos al cielo: ¡Ah hija mía! ¡Las mujeres, las mujeres! Mi querida esposa me ha puesto de todos los colores porque en su ausencia, he dado mi mejor traje a un prisionero que pasaba y que tenía gran necesidad de él. Mi mujer me dice que no tendría que haberle dado el mejor". Parecía estupefacto de tanta ceguera. "Mas en fin, mi pequeña, añadió, no obstante no podía darle otra cosa". Le pregunté por qué este hombre había ido a prisión. El sabía que era por razones políticas pero no era capaz de decirme si pertenecía la F.L.N. o al O.A.S. Es cierto que dar sus trajes no le pesaba nada porque era completamente indiferente a lo que se llevaba. Siempre le he visto con el mismo viejo impermeable.

Es a él a quien fui a ver cuando quise entrar en el Islam. Fue también él quien me envió a ver a su amigo el obispo de Estrasburgo. Le conté nuestra conversación y se emocionó mucho. Tenía una inteligencia muy aguda y, al mismo tiempo, ahogaba sus respuestas en una marea de otras cosas al punto de dar a veces una impresión de locura.

Tenía 40 años en aquella época. Me decía siempre: "Venga cuando quiera" pero no osaba, sabiendo que trabajaba enormemente. Entonces buscaba pretextos, le decía que no había comprendido tal o cual cosa y le pedía que me lo aclarase. El me hablaba entonces durante dos horas. Me decía que era muy interesante pero que no respondía mi pregunta. Al día siguiente, de repente, me daba cuenta de que había respondido de una manera extremadamente pertinente. Simplemente, había sido necesario extraer la respuesta de todo lo que me había dicho. La gente que vive en un universo de premoniciones son frecuentemente así.

Vivía un cristianismo un poco extraño, dolorista. Quizá porque había descubierto a Dios a través de la pobreza de los desheredados. Sobre todo se sentía atraído por el Cristo sufriente. Tenía una vida extremadamente austera, llevaba un cilicio y llegó a flagelarse.

Eso no le corresponde a Ud. en absoluto.

En absoluto pero eso, no lo supe mas que después de su muerte leyendo una tesis que le había consagrado. Todo en él se basaba en una participación, por el ayuno y la plegaria, en las desgracias de unos y otros. Es sin duda por eso que sintió tan atracción por Al Halladj el crucificado.

¿Cree que Al Halladj se mortificaba?

No lo sé. Quizá para luchar contra ciertas tendencias, para llegar a cierta purificación, a cierto desprendimiento. Pero en conjunto, el Islam no es sufriente. No veo a Rûmî entregándose a la disciplina. Los grandes santos tenían ciertamente una vida austera, pero no buscaban el sufrimiento. Uno de entre ellos adoraba los dátiles y se privó de ellos toda su vida. Otro santo de entre sus amigos le dijo un día: "Habrías hecho mejor comiendo los dátiles que diciéndote toda tu vida: Ah mi Dios! No es necesario que coma dátiles!"

El gran pecado en el Islam, es no amar las cosas de la vida. No, el pecado de los pecados, empleando una bella formula de Mounier, es: "la avaricia del alma".

Capítulo 11

Me gustaría que nos hablase de la peregrinación a la Meca.

He ido dos veces, para la gran peregrinación y para aquella a la que se llama una simple visita.

Debe ser bastante raro que una occidental haga la peregrinación.

No es tan excepcional como parecen creer, pero en fin, es cierto que es bastante raro.

La norma dice que un musulmán debe hacer la peregrinación al menos una vez en su vida?

Si, pero a condición de que no sea un problema para su familia. No hay que arruinarse para ir a la Meca, no hay que arriesgarse y privar a la mujer y a los hijos de lo necesario.

La fecha de la gran peregrinación varia como la fecha de Pascua varia en los cristianos. Cuando es en verano, evidentemente es muy duro porque hace un calor tórrido. Yo la hice en enero y ya hacía un calor terrible. Y después está la pequeña peregrinación que se la llama "la visita" y que se puede hacer cuando se quiera.

Los no musulmanes no tienen realmente el derecho de ir?

Es así desde el Profeta. Sin duda por el miedo a un turismo ciego o al vandalismo

Una vez en la vida, no es mucho.)Cómo se decide uno a partir y por qué en tal o cual momento?

Los hindúes dicen: "Cuando el discípulo está listo, el Maestro aparece." Es un poco la misma cosa para la peregrinación. Cuando el momento viene, se sabe. Llegan siempre las cosas que te facilitan partir.

Puedo contarles la historia de uno de mis amigos que es abogado en Fez. Había decidido partir en el

1971 porque su madre, que era mayor, quería a toda costa hacer la peregrinación antes de morir. Desafortunadamente era un año en el que no se podía sacar mucho dinero de Marruecos. Mi amigo consiguió encontrar divisas extranjeras, pero en el último momento, dos días antes de partir, le faltó cierta suma. Furioso, dejando su consulta, subió en su coche y partió sin más. Iba tan lanzado que se metió en un sentido prohibido. Lo paró un agente y sacando sus papeles de la guantera, tiró un sobre. Lo abrió y se dio cuenta, que céntimo más o menos, contenía la suma que le faltaba. Una pequeña nota de su secretaria estaba junto al dinero: "No se como encontrarle y he pensado que Ud. abriría por fuerza, en un momento u otro, la guantera de su coche. Estaba cerrando la consulta cuando un cliente llegó y me dijo que se había acordado que le debía esta suma."

Ya ven, las cosas como ésta llegan siempre cuando hay que partir para la peregrinación.

Para Ud. como ocurrió?

Quería hacer la peregrinación desde hacia tiempo, pero una amiga muy querida no cesaba de repetir que no podía partir sola. Ella tenía una prima y un primo que se preparaban para partir pero que no tenían todavía el permiso. Porque en Egipto también había problemas de divisas, aunque hacia falta solicitar la autorización al ayuntamiento. Esta no les era concedida mas que para los que partían por primera vez.

Yo, que no tenía necesidad de autorización, amargaba la existencia de mis amigos telefoneándoles sin cesar y me desolaba ver que las autorizaciones no llegaban nunca. Una noche, me acosté de muy mal humor diciendo a Dios: "Realmente, si tengo que hacer la peregrinación, haz lo que sea necesario". Me dormí y soñé con un hombre que no conocía de nada. Estaba vestido como un egipcio, un traje con rayas negras y blancas. Me hizo una sonrisa gentil y me dijo: "Se bienvenida. Vas a partir para Medina".

Le respondí refunfuñando: "Pero no puedo ir a Medina". El me sonrió nuevamente y me dijo: "Si, ven a Medina". Estaba por preguntarme lo que esto quería decir cuando el teléfono sonó. Era el primo de mi amiga. Me dijo: "Ya está! Tenemos la autorización. Corra rápido a la embajada de Arabia Saudita para obtener su visa."

Salté dentro de un taxi, llegué a la embajada que está en las afueras del Cairo y ví en la puerta un inmenso nubio al que pregunté donde se encontraba la oficina para el Hadj. Me dijo: "Pero tú no puedes hacer el Hadj". Le dije que si y me preguntó si era turca. Le dije que no pero que quería igualmente hacer el Hadj y terminó por indicarme el camino.

Llego y el consejero de la embajada, un hombre muy cortés, coge mis papeles y dice: "Señora, lo siento mucho: tenemos una nueva reglamentación. Hay tantos pobres que vienen a buscar su visa y que, luego, no pueden partir porque no tienen suficiente dinero que ahora, no damos la visa mas que a la vista del billete de avión. Vaya rápido a la United Arab Airline, coja su billete y tendré el placer de darle su visa".

Volví a saltar en mi taxi, corrí a la United Arab Airline donde me dijeron: "Si Ud. no tiene su visa, no podemos darle el billete".

Di vueltas en este círculo vicioso durante tres días al cabo de los cuales, furiosa, volví a la embajada de Arabia Saudita. ¡Cielos! La verja estaba cerrada y había una cola de un kilómetro formada por gente que esperaba que se abriera. Fui directa a la verja y el inmenso nubio, habiéndome reconocido, me la entreabrió. Me deslicé como una serpiente y subí a ver al funcionario que ya me había recibido. Me atendió con una gran sonrisa y me dijo: "Ah señora, aquí tiene su pasaporte con la visa. Felicidades. Rece por mí en el Hadj". ¡Sin duda debía haber olvidado lo me que me había

dicho la vez anterior y me cuidé bien de recordárselo! Corrí como una ladrona, recorrí toda la embajada y me dejé caer, temblando, sobre los cojines de mi taxi.

Así partí para la Meca.

Era el momento de la gran peregrinación?

Si, en enero de 1971. Confieso que, desde la llegada, quedé estupefacta de ver tal muchedumbre. Creo recordar que aquel año, éramos más de dos millones. Es tanto más impresionante cuanto toda esa gente está vestida de la misma manera. A partir de la llegada, uno se debe sacralizar con las abluciones, luego se pone uno un "hiram", es decir, una vestimenta de sacralización de color blanco. Esta uniformidad impuesta tiene por objetivo borrar las diferencias. En la Meca, oficialmente, no hay ni ricos, ni pobres. Solo hay musulmanes todos iguales ante su Dios.

Se tiene realmente la impresión de encontrarse en un lugar sagrado?

Desde luego. No olvide que es la Meca, según la tradición, donde fue erigido por Abraham el templo más antiguo al Dios único. Abraham vino allí con su mujer Hagar y con su hijo Ismael.

Todos los lugares recuerdan una historia. Se ve el lugar donde Hagar, muriendo de sed, encontró finalmente agua. Mas tarde, en tiempo de las tribus pre-islámicas, este lugar se convirtió en un centro de idolatría pagana. El Profeta Muhammad, quien como ya sabe, era originario de la Meca, hizo de ella el centro de la nueva fe purificándola de toda idolatría y entregándola al culto del Dios único.

Si Uds. quieren, la Meca representa para la sensibilidad musulmana un poco lo que era el Omphalos de Delfos para los griegos, el centro de la rueda hacia la cual todo converge. Es como un eje vertical que atrae a los hombres unidos de todos los puntos del mundo.

Hizo la vuelta a la Ka'aba?

Naturalmente, siete veces. Es la famosa circunvalación. Les aseguro que es algo digno de ver, esa inmensa muchedumbre girar lentamente en el lugar. Pensé en Rilke: "Todo alrededor de mi Dios, gira a lo largo del tiempo".

Cuál fue para Ud. el punto culminante de la peregrinación?

La última gran reunión en Arafat, allí donde se ora desde la salida hasta la puesta de Sol. Es una gran planicie con colinas alrededor. Colinas de color tierra de Siena pero que están tan cubiertas de personajes en blanco que uno cree estar bajo la nieve. Cuando la gente se va, es como si la nieve se fundiese.

Al final de esta última jornada, se compra un cordero que debe ser sacrificado y cuya carne servirá para alimentar a los pobres.

Confieso que no tenía en absoluto ganas de degollar un cordero. Durante la guerra, me quedé medio muerta de hambre ante un pollo que merodeaba en mi casa porque simplemente no podía matarlo. Así es que Uds. pensarán, un cordero...

Cumplí con todos los ritos precedentes al sacrificio, rehice simbólicamente el trayecto que hizo Hagar buscando agua. Esto se hace tres veces. Tenía los pies desnudos, creyendo que era obligatorio y, en la muchedumbre, un inmenso negro me piso el dedo gordo, lo que me hizo un daño terrible.

Casi me desmayé. Me quisieron conducir hasta el hospital pero lo rechacé. Me pusieron un gran apósito, me dieron antibióticos y me prohibieron marchar. He aquí por qué no fui a ver degollar mi cordero. Estaba contenta aunque lo único que me desagradó, fue que tuve un gran dolor en el pie durante mucho tiempo. Veinte años después, todavía me duele.

Fue a Medina?

Es la segunda parte de la peregrinación. Me gustó mucho Medina, que, como les dije, me recuerda por muchas cosas a Konya y a Asis.

Ahí estaba en la mezquita. Quería acercarme a la tumba del Profeta, no para orarle porque no se le ora sino para verla lo más cerca posible. Había un guardián barbudo quien, con ayuda de un gran bastón, impedía a la gente acercarse demasiado. En el momento en que nos iba a hacer circular, mi amiga, una doctora egipcia le dijo: "¡Déjela pasar, es una francesa!". Vi los rasgos del guarda convulsionarse por el horror "Una francesa en el Hadj!" gritó. Le miré directamente a los ojos y le recité, en árabe, la oración sobre el Profeta: "Oh Dios! Bendice a tu Profeta..."

De golpe, dejó caer su bastón, me tomó por la mano, me pegó contra la tumba y me dejó allí tanto tiempo como quise.

Ya ve, el hombre que Ud. vio en sueños tenía razón al predecirle que iba a ir a Medina.

Ya lo pueden decir pues me pasó a este propósito una historia bastante sorprendente.

Este hombre que vi en sueños era un señor normal, pequeño con una barbita gris. Hice mi peregrinación y lo había olvidado un poco. Algunos años mas tarde, en Egipto, tuve una gran amistad con una anciano Sheij medio ciego. Cuando fue operado de cataratas, hice expresamente el viaje de París para estar cerca de él. Saliendo de la anestesia, me dijo: "En fin, mi pequeña, voy a poder verte".

De vuelta al Cairo, iba a menudo a su zawiya. Un día, vi que había sobre el muro un cuadro tan cubierto de polvo que no lo había notado hasta entonces. Un discípulo que se encontraba allí y que era, como yo, profesor en Al Azhar, preguntó al Sheij que era aquel cuadro. El Sheij lo hizo traer, sopló por encima y durante un instante, mi corazón dejó de latir. Era, rasgo a rasgo, el retrato del hombre que había visto en mi sueño.

El discípulo preguntó al Sheij quien era y éste le respondió: "Un hombre muy amable, el guardián de la mezquita de Medina. Murió hace 10 años."

Acababa de morir cuando se me apareció en sueños.

De aquí la importancia de recordar tus sueños.

Este sí. Saben, hay dos tipos de sueños, los extravagantes y aquellos que vienen de lejos.

Me gustaría que añadiese aún algunas palabras, que nos hable del viaje interior que representa la peregrinación.)Cómo lo vivió y que le aportó?

Tienen que haberse dado cuenta de que no me gusta hablar de mis sentimientos profundos.

Lo que puedo decir, sin embargo, es que tuve la sensación de una comunión extraordinaria. El sentimiento de ser una célula en un cuerpo inmenso, la abeja en la colmena, el glóbulo en el flujo

sanguíneo. Es también una toma de consciencia asombrosa. La certeza de una gran fraternidad que un millón de hombres y mujeres orando de la misma forma, dirigidos en la misma dirección. Un poco, aunque más fuerte, lo que se siente cuando se hace el Ramadan.

El Islam que Ud. ama?

Si. He intentado hablar con Uds. un poco del Islam tal como lo comprendo, tal como lo viven y comprenden la gente como el Sheij ben Tounès, mis amigos sufíes, todos aquellos que tiene cierta apertura de espíritu y corazón.

Así es también ser en el Islam: tener el sentimiento de pertenecer a una comunidad física y mística.